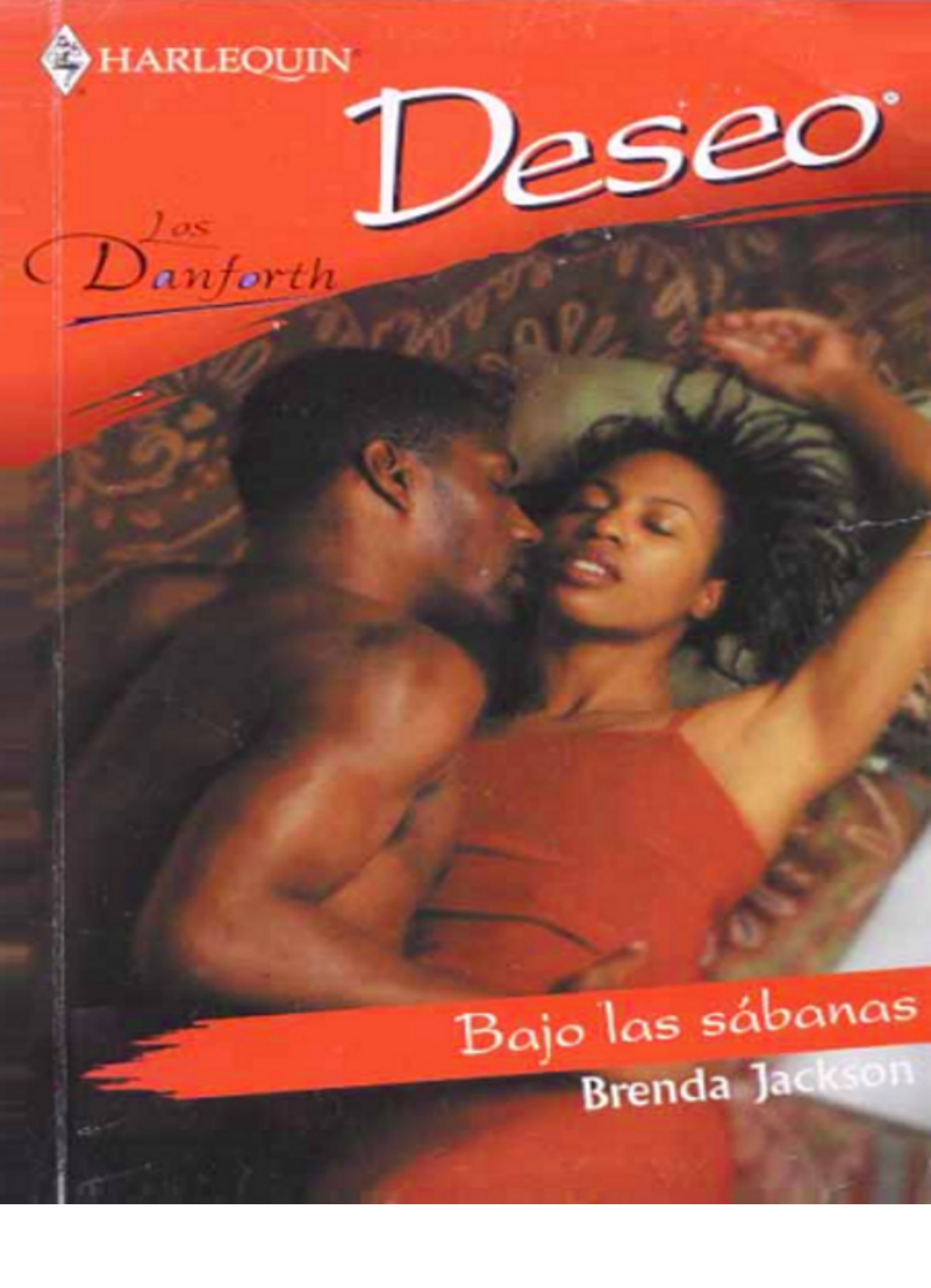


HARLEQUIN
Deseo
Los Danforth
Bajo las sábanas
Brenda Jackson

Tenía dos opciones: confiarle todos sus secretos o arriesgarse a perderla para siempre..

Cuando la periodista Jasmine Carmody empezó a investigar a aquella respetable familia en busca de una historia, Wesley Brooks se apresuró a advertirle que no debía hacerlo. Jasmine podía sentirlo día y noche vigilando sus movimientos y despertando en ella un deseo insospechado…

Wesley sería capaz de cualquier cosa con tal de evitar que Jasmine sacara a la luz los secretos de su familia adoptiva… incluso de seducirla. Pero no sospechaba que fuera virgen, ni que despertara tanta pasión en él…

Capítulo Uno

Decidiendo ir a investigar el ruido que lo había despertado, Wesley Brooks se levantó de la cama, dando un enorme bostezo mientras se ponía los pantalones vaqueros. Echó un vistazo al reloj despertador que tenía sobre la mesilla de noche y vio que era más de la una de la madrugada.

Su vuelo de Dallas a Savannah se había retrasado debido a la tormenta, y cuando finalmente había llegado a casa se había dado una ducha rápida, y había caído rendido en la cama.

Al despertarlo aquel ruido le había llevado un buen rato recordar dónde estaba. Se había mudado a aquella casa sólo una semana antes de salir de la ciudad por un viaje de negocios de dos días, y después de haber compartido casa durante los últimos años con su mejor amigo, Jacob Danforth, todavía no se había hecho a ello.

Jake, que siempre había sido un juerguista, tenía ahora una esposa y un hijo, un chiquillo adorable llamado Peter. Queriendo dar a los recién casados un poco de intimidad, se había mudado a una casa propia en una pequeña pero elegante urbanización de las afueras de la ciudad.

De pronto se escuchó otro ruido. Sin molestarse en calzarse, Wesley bajó sigilosamente las escaleras, seguro ya de que no era su imaginación. Cuando llegó al rellano inferior de la escalera, volvió a oírlo otra vez, y le pareció que provenía del exterior, de la parte delantera de la casa.

Empujó lentamente la puerta corredera del jardín trasero y salió. Era abril y no hacía demasiado frío. La luna llena brillaba en el cielo, iluminando la noche con su tenue luz.

Wesley recordó que se había olvidado de cerrar la verja, y se dijo que probablemente se tratara de un perro o un gato callejero que se había colado por ella, pero aun así lo mejor sería asegurarse.

Rodeó la casa, y recorrió, pegado a la pared, el pasillo de césped que conectaba la parte trasera con la delantera. Cuando llegó a la esquina asomó la cabeza con precaución y escudriñó el jardín, para encontrarse con que había una figura inclinada revolviendo en sus cubos de basura.

Sintió una punzada de compasión como le ocurría siempre que veía a alguien necesitado. El éxito que había cosechado con su compañía de Internet lo había hecho millonario, pero siempre había mantenido los pies en la tierra y jamás olvidaría sus orígenes humildes.

Siendo un bebé de tres meses lo habían dejado en un capazo a la puerta de un orfanato, y durante su infancia había ido pasando de un

hogar de acogida a otro. A los catorce años se había escapado y había estado viviendo en la calle durante tres días hasta que la policía había dado con él.

Durante esos tres días un vagabundo llamado Al Lombard lo había acogido bajo su ala a modo de protegido. Al no había sido siempre un vagabundo. Tiempo atrás había sido profesor en un instituto, pero había perdido a su esposa en un trágico incendio del bloque de pisos donde vivían, y sumido en el dolor, sin familia, sin amigos, y sin un seguro, había acabado recorriendo las calles.

Aquel hombre había compartido con él su comida, había compartido con él sus mantas por la noche para que no pasara frío. No había olvidado su generosidad, y en cuanto hubo empezado a ganar dinero contrató los servicios de un investigador privado para que lo encontrara, pero por desgracia ya era demasiado tarde, porque había muerto de neumonía un año antes.

Volviendo al presente Wesley decidió en ese mismo momento que no podía dejar que aquella persona que había hurgando en sus cubos de basura se fuera sin darle algo de dinero para tomar una cena decente y pasar la noche bajo techo.

Silenciosamente volvió a rodear la casa, corrió al piso de arriba y sacó unos cuantos billetes de su cartera, esperando que el vagabundo siguiera allí cuando bajase.

«Dios, soy patética», se reprendió Jasmine Carmody mientras rebuscaba en los cubos de basura del millonario Wesley Brooks, «me he convertido en uno de esos periodistas que harían lo que fueran con tal de conseguir una noticia».

Decían que se podían averiguar muchas cosas por lo que se encontraba en la basura de una persona, pero por el momento lo único que había averiguado sobre Wesley Brooks era que le encantaban los espaguetis de microondas. No sabía como la gente podía comer esas porquerías industriales. ¿No le habría descubierto alguno de sus ligues que no costaba tanto hervir una cazuela de agua con sal y hacer un poco de salsa de tomate?

Al fin y al cabo su tía Rena siempre le había dicho que a los hombres se les conquistaba por el estómago.

Claro que, si los rumores eran ciertos, Wesley Brooks no era como la mayoría de los hombres… y desde luego no como la mayoría de los millonarios. Larissa había leído en una revista de economía en la que lo habían entrevistado que era huérfano, y que había pasado de un hogar de acogida a otro hasta que cumplió los dieciséis años. Fue entonces cuando empezó a estudiar en el instituto, donde conoció a Jacob Danforth, del importante clan de los Danforth de Savannah.

Se hicieron muy amigos, y cuando iban a mandar a Wesley a otro hogar de acogida, ks padres de Jacob, Harold y Miranda Danforth le ofrecieron ir a vivir con ellos, convirtiéndose así en una verdadera familia para él.

Además, gracias a su habilidad para los deportes y a su talento para las matemáticas consiguió una beca para ir a la Universidad Politécnica de Georgia. Jacob Danforth se matriculó allí también, y fueron compañeros de habitación durante los cuatro años que estudiaron allí.

Jasmine suspiró mientras continuaba revolviendo en el cubo de basura. No parecía que hubiese mucho más que averiguar acerca de Wesley Brooks que no supiera ya, incluido el hecho de que hacía unos años había creado un negocio de abastecimiento a restaurantes a través de Internet, y que le había dado millones de dólares. No en vano a la edad de treinta años era considerado uno de los hombres más ricos de Savannah... además de uno de los solteros más cotizados.

Lo que a ella le interesaba era su estrecha relación con la familia Danforth, y ésa era la razón de que estuviera revolviendo en su basura a aquella hora intempestiva.

De pronto Jasmine se quedó muy quieta. Por un instante le había parecido oír algo, pero pasaron los segundos y no volvió a escuchar nada, así que continuó con lo que estaba haciendo.

Según Verónica Strongman, o Ronnie, como todos la llamaban, una compañera del periódico en el que trabajaba además de una de sus mejores amigas, quedarse en casa un sábado por la noche sería algo impensable en un hombre como Wesley Brooks. Estaría con alguna mujer despampanante en un restaurante de lujo o en alguna fiesta de alto copete, le había dicho, haciendo honor a su fama de millonario playboy.

Sin embargo, en ese momento se oyó otro ruido y Jasmine se volvió, y el corazón le dio un vuelco cuando se encontró cara a cara con el millonario playboy en persona. Al verlo salir de las sombras descalzo y vestido sólo con unos vaqueros, se quedó sin aliento y tardó un rato en lograr despegar la mirada de su ancho tórax desnudo para alzarla a sus increíbles ojos de color avellana. Era más alto de lo que lo había imaginado, todo músculo, y su piel era de ese tono castaño que ella siempre había encontrado tan atractivo.

La había pillado con las manos en la masa, y el primer pensamiento que se le pasó por la mente fue el de poner pies en polvorosa, pero, por alguna razón, no podía moverse; era como si se hubiese quedado pegada al suelo.

Wesley, por su parte, se había quedado completamente aturdido. Lo que en un principio había pensado que era un «él» había resultado ser

una «ella». Advirtió el pánico en los ojos de la mujer, y le dio la impresión de que iba a salir corriendo, pero no podía dejar que se marchara sin haberle ofrecido antes algo de dinero.

—¡Espera, por favor!, no te vayas... Quiero ayudarte.

Los ojos de la mujer lo miraron muy abiertos, y Wesley se dijo que nunca había visto unos ojos tan hermosos. Tenía una bufanda enrollada y anudada en torno a la cabeza, y por la abertura que formaba en la parte posterior sobresalía una masa de cabello rizado. A la luz de la luna Wesley escrutó su rostro, y observó que sus facciones eran tan asombrosas como sus ojos. El color de su piel era de un tono oscuro como el chocolate, y no aparentaba tener más de veinticinco años, la misma edad que él había tenido cuando empezó a hacerse rico.

Iba vestida con un chándal bastante gastado, aunque, sorprendentemente, olía muy bien. Wesley, cuyo olfato estaba bien entrenado en lo que a perfumes femeninos se refería, reconoció la fragancia, que no era precisamente barata. Probablemente se habría encontrado un frasco medio vacío en la basura de alguna casa del vecindario, se dijo.

—¿Cuántos años tienes? —inquirió suavemente.

No quería que se sintiese amenazada, que pensase que iba a hacerle daño alguno por haber invadido su propiedad.

—Veintiséis —contestó ella vacilante—. ¿Por qué?

—Sólo tenía curiosidad —respondió Wesley—. Ten, aquí tienes algo de dinero —le dijo, tendiéndole los billetes que había sacado de su cartera—. Hay unos quinientos dólares. Con eso podrás apañarte unos días —añadió. Aunque parecía que no se las apañaba mal, pensó. Tenía mejor aspecto que la mayoría de los sin techo que había visto en su vida—. Y como a estas horas seguramente no encontrarás muchos locales de comida rápida abiertos, si quieres puedes pasar dentro y te prepararé algo yo mismo.

Vio que los labios de la mujer se arqueaban ligeramente hacia arriba en una sonrisa divertida.

—¿Como unos espaguetis de microondas?

Wesley parpadeó confundido, pero rápidamente comprendió a qué se refería. Seguramente habría encontrado varios envases vacíos en el cubo de la basura. Ser el dueño de una compañía no le dejaba mucho tiempo para cocinar, y su nevera es taba llena de alimentos precocinados. Echó la cabeza hacia atrás, riéndose de buena gana... para descubrir cuando volvió a mirar al frente que la mujer había echado a correr. De hecho, lo único que pudo ver fue un destello de su chándal mientras se alejaba calle abajo.

—¡Eh, para! ¡Espera! ¡Te vas sin el dinero! —la llamó.

Sin preocuparse por estar descalzo, bajó hasta la acera para ver qué dirección había tomado, pero era como si se la hubiera tragado la tierra.

Iba a volver a entrar en la casa cuando vio algo relumbrar en el césped junto a la acera. Se agachó, lo recogió del suelo, y lo sostuvo en su palma, observándolo a la luz de la luna. Era un medallón, y sin duda debía habérsele caído a aquella mujer.

Cerrando la mano, se puso de pie y se quedó un instante con la vista fija en el final de la calle antes de volver a subir la pequeña cuesta hacia su vivienda.

En cuanto Jasmine entró en su apartamento se apoyó contra la puerta, tratando de recobrar el aliento mientras el corazón le golpeaba las costillas, y dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Había faltado poco, muy poco para que se metiera en un buen lío.

¿No se suponía que los millonarios no estaban en casa el sábado por la noche?, se dijo irritada mientras se desanudaba y desenrollaba la bufanda de la cabeza, dejando libre su abundante melena rizada. A Ronnie le habían dado un soplo según el cual Wesley Brooks, como entendido que era en la informática y amigo de la familia, había estado reparando recientemente el ordenador de Abraham Danforth, el patriarca del clan Danforth, y a ella se le había ocurrido que tal vez hallase en su basura algo de ese ordenador que hubiese desechado y pudiese serle de interés.

Abraham Danforth había anunciado su candidatura al senado por el estado de Georgia hacía unos pocos meses, y desde entonces ella había estado intentando encontrar algo que pudiera salpicarlo, algo que sirviera para una portada.

Nadie podía estar tan limpio como Abraham Danforth quería hacer creer a todo el mundo que estaba. Tenía que haber algún asunto turbio en su entorno, y estaba resuelta a encontrarlo. Necesitaba desesperadamente conseguir una buena historia si quería avanzar en su carrera de periodista.

Su único consuelo era que Wesley Brooks la había tomado por una vagabunda y que, por poco halagador que fuese, significaba que no sospechaba qué había estado haciendo allí en realidad. Si descubriera que era una reportera, podría demandarla a ella y al periódico entre otras cosas por invasión de la propiedad ajena, sobre todo cuando tenía un cartel que decía claramente prohibido el paso. Suerte que había dejado aparcado su vehículo a la vuelta de la esquina, al final de la calle.

¡Y pensar que le había ofrecido quinientos dólares! Sacudió la cabeza anonadada. Después de todo el millonario playboy tenía su

corazoncito, pensó. O más bien un corazón de oro, se corrigió. Había llegado incluso a ofrecerle compartir su comida con ella.., aunque fueran espaguetis de microondas, añadió para sus adentros con una sonrisa.

Dejó escapar otro suspiro mientras se apartaba de la puerta y soltaba las llaves en una bandeja del vestíbulo. Al no haber conseguido hallar nada que manchara directamente la reputación de Abraham Danforth, había decidido intentarlo con la segunda generación del clan.

Así, el mes anterior había creído que había conseguido la historia que necesitaba con el sobrino mayor del candidato a senador: Jacob Danforth. Había descubierto que había dejado embarazada tres años atrás a una antigua compañera de universidad, Larissa Nielsen, y había querido amenazar a la familia con destapar el escándalo de que tenía un hijo no reconocido. Sin embargo, la mujer, que en un principio había optado por ocultarle a Jacob Danforth la existencia de su hijo y criarlo sola, decidió contárselo antes de que ella pudiera escribir sobre ello. Jacob Danforth, por su parte, había hecho lo honorable, casándose con ella y reconociendo a su hijo... y destruyendo así la gran oportunidad de Jasmine.

Entró en el salón de su apartamento y se detuvo junto a la mesita del teléfono, tentada de llamar a Ronnie para decirle un par de cosas por haberla mandado a la boca del lobo, ya que era obvio que el señor Brooks no respondía exactamente a la etiqueta de playboy si se quedaba en casa un sábado por la noche.

Bueno, tampoco tenía por qué ser así necesariamente, claro. Quizá hubiese regresado horas antes con una «amiguita» y estuviese con ella en su dormitorio cuando la había oído hurgando en los cubos de basura. No, no le extrañaría nada. Después de todo era un hombre muy atractivo.

Había visto fotos suyas en los periódicos, pero no era comparable a verlo en carne y hueso. Era endiabladamente sexy, tenía una constitución musculosa pero no fornida, y su tórax era una masa bien definida alfombrada por una ligera mata de vello negro que se perdía bajo la cinturilla de los pantalones.

No era difícil comprender por qué se había quedado paralizada en vez de haber echado a correr nada más haberlo visto. Todavía sentía un intenso calor por todo el cuerpo al pensar en él.

Nunca le había ocurrido nada parecido. El haberse pasado los últimos años detrás de una noticia, intentando hacerse un nombre en el mundo del periodismo, la había hecho olvidar su condición de mujer y lo que era sentirse atraída por un hombre guapo.

Lástima que el hombre que la hubiese hecho recordarlo hubiese

tenido que ser Wesley Brooks. Se preguntó qué pasaría si volviera a encontrarse con él y se la presentaran como Jasmine Carmody, reportera del Savannah Morning News. ¿La reconocería? Si así fuera, probablemente se enfadaría muchísimo cuando empezase a atar cabos, pero no quería pensar en eso en aquel momento. Lo que necesitaba era una buena ducha e irse a la cama.

Cuando salió de la ducha, Jasmine se lió en una gran toalla y empezó a secarse, agradeciendo que el día siguiente fuera domingo y no lunes. Iría a la iglesia y luego, aunque no le apetecía lo más mínimo, iría como cada domingo a almorzar a casa de su padre, y haría lo posible por no permitir que su desagradable madrastra, Evelyn, y sus no menos antipáticas hermanastras, Alyssa y Mallory, la hirieran.

Se preguntó qué aspecto de su persona criticarían en esa ocasión. ¿Volverían a picarla diciéndole que estaba demasiado delgada y que sus formas no eran nada femeninas?, ¿o se burlarían de su incapacidad para encontrar un hombre sólo porque nunca llevaba a ninguno a almorzar?

El que ni Alyssa ni Mallory llevaran nunca tampoco a ninguno no importaba. Era su vida la que era analizada con microscopio y criticada. Sus dos hermanastras eran unas engreídas y unas malcriadas, pero para su madrastra eran las más inteligentes, las más guapas, y las más encantadoras.

A sus veinticuatro años Alyssa todavía no se había independizado, y Mallory, de veintidós se había mudado hacía poco a un apartamento que Jasmine estaba segura que su padre le pagaba, porque no tenía empleo para poder costeárselo. Ella era la única que se ganaba la vida por sí misma, pero a pesar de ello a su madrastra nunca le parecía que hiciera nada bien.

Su madre había muerto cuando ella tenía nueve años, y durante cinco años habían estado solos su padre y ella, pero de pronto, un día, su padre, el doctor James Carmody, le anunció que iba a volver a casarse, y que su nueva esposa tenía dos hijas más o menos de su misma edad. Le había dicho muy ilusionado que iban a ser una familia muy feliz, como la de la serie La tribu de los Brady… pero se había equivocado de parte a parte.

En cuanto Evelyn, Alyssa y Mallory fueron a vivir con ellos las cosas empezaron a cambiar. Su madrastra se encargó de dejarle muy claro desde el primer momento que sus hijas tenían preferencia sobre ella en todo, excepto en lo que se refería a las tareas de la casa. Ellas habían sido las mimadas, mientras que Jasmine era la que tenía que hacerlo todo, y nunca le había servido de nada quejarse. De hecho, lo único que conseguía quejándose era empeorar las cosas.

Además, por desgracia para ella, al ser médico su padre pasaba mucho tiempo en el hospital, y tardó mucho en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo en su hogar. Sin embargo, quería a Jasmine, y para poner fin a los abusos de poder de su madrastra y sus hermanastras, llegó incluso a amenazar a Evelyn con el divorcio si volvía a enterarse de que trataban injustamente a su hija.

Jasmine sabía que una palabra suya bastaría para que no tuviera que volver a verlas, pero, aunque no les tenía precisamente aprecio, tampoco quería que por su causa acabasen en la calle. Porque, si algo sabía, era que sin el apellido Carmody y sin el dinero de su padre así terminarían a los pocos días. Por eso, aunque siguieron metiéndose con ella y tratándola injustamente, no le dijo jamás nada a su padre.

Al menos no todo eran malos recuerdos en su infancia. Recordaba con mucho cariño a su madre, que había sido una mujer afectuosa y bondadosa, y a su tía Rena, hermana de su madre, que siempre había estado allí para ella hasta que falleciera el verano en que Jasmine cumplió los veintiún años. Ese mismo verano, en su lecho de muerte, su tía le entregó un pequeño cofre con las pertenencias más preciadas de su madre. Eran objetos que su padre le había dado para que los guardara hasta que ella fuera mayor de edad. El doctor Carmody sabía que eran cosas que su primera esposa hubiera querido que Jasmine tuviera, y había temido que si su nueva esposa ponía sus manos sobre ellas se las daría a sus hijas, por lo que se las había confiado a Rena.

Algunas de esas cosas eran piezas de joyería raras y caras que habían ido pasando de una mujer a otra de la familia a lo largo de cuatro generaciones, y la preferida de Jasmine era un precioso medallón-relicario de oro ovalado que su madre había llevado siempre al cuello con una fotografía de ella en su interior. Cuando su tía se lo dio, Jasmine quitó su fotografía, poniendo en su lugar una de su madre, y desde ese día no se lo quitaba para nada.

Instintivamente se llevó una mano al hueco entre sus senos, donde solía descansar, y sus dedos se quedaron muy quietos cuando no lo encontraron allí. Frenética, salió del baño y corrió al cesto de la ropa para buscarlo entre la ropa que se había quitado. Lo había llevado a reparar el año anterior porque se había roto el cierre, y tal vez se hubiese aflojado y se le hubiese quedado enganchado dentro de la sudadera del chándal. Pero no estaba allí.

Buscó por toda la casa, y al no lograr encontrarlo se puso una bata y salió fuera para mirar en el coche. Tampoco estaba allí.

El otro único lugar donde podía estar era en la propiedad de Wesley Brooks. Se puso lívida de sólo pensar que pudiera habérsele caído en el cubo de la basura.

Volviendo a entrar en la casa, Jasmine se apoyó en la puerta con los ojos llenos de lágrimas. Aquel medallón lo era todo para ella, y lo había perdido. Tal vez no se le hubiese caído a la basura, tal vez se le hubiera caído en el jardín, pero aquello no suponía una perspectiva mucho mejor. Después de haberla encontrado en su propiedad esa noche quizá reforzase las medidas de seguridad, y entonces, ¿cómo podría recuperar su medallón?

¿Y si él lo encontraba? Probablemente al ver que se trataba de un objeto de valor pensaría que era de una de sus amiguitas, no de una mujer a la que había tomado por una mendiga.

Pasó al salón y se dejó caer en el sofá, preguntándose qué podría hacer. No quería pasar por la vergüenza de tener que volver allí, pero parecía que no había otro remedio.

Al día siguiente Wesley estaba de pie en la terraza de su apartamento, inhalando el aire fresco de la mañana con una taza de café en una mano y el medallón que había encontrado la noche anterior en la otra.

Frunció el ceño mientras lo estudiaba. No entendía mucho de joyas, pero estaba seguro de que era una pieza valiosa. Tomó un sorbo de café y decidió que sólo había una persona que pudiese ayudarlo a averiguarlo: Bruce Crawford.

Bruce, al que conocía desde hacía años, tenía un negocio de antigüedades y era un experto en joyería.

Wesley se preguntó cómo podía ser que una persona que no tenía qué comer pudiera llevar encima algo así. Reparó en que era uno de esos medallones en los que se podían poner fotografías, y al abrirlo obtuvo la respuesta que estaba buscando. Dentro había una pequeña fotografía de una mujer, que tenía un parecido inequívoco con la joven que había estado rebuscando en su basura.

Debía ser su madre sin duda, y a Wesley lo emocionó el pensar que lo había conservado todo ese tiempo, negándose a venderlo para conseguir dinero a pesar de su precaria situación. No pudo evitar admirarla por semejante sacrificio, y resolvió que haría lo que fuese para devolverle el medallón.

Movió la cabeza de un lado a otro. No era sólo por el medallón, lo cierto era que quería volver a verla. ¿Por qué?, ¿por qué sentía esa necesidad de volver a verla? Las ojeras indicaban que no había dormido en toda la noche pensando en ella.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había perdido el sueño por causa de una mujer. Pero había algo en ella que le hacía imposible apartarla de su mente. No podía olvidar la sonrisa que había asomado a sus labios cuando le había ofrecido comida, y no podía dejar

de preguntarse qué la habría llevado a esa situación de pobreza.

En ese momento sonó el teléfono, y Wesley volvió dentro dejando la taza de café en la mesita baja del salón frente al sofá.

—¿Diga?

—¿No te habrás olvidado de nuestra partida de cartas de mañana por la noche, verdad?

Wesley se rió entre dientes al oír la voz de Ian Danforth. Ian era el hijo mayor de Abraham Danforth, y por tanto primo de su amigo Jake. Cuando Abraham les había anunciado su intención de presentarse a las elecciones al senado, Ian había tomado las riendas de la empresa familiar, Danforth & Danforth. y además era socio de su hermano menor Adam y su primo Jake en la cadena de cafeterías D&D.

—No, no lo he olvidado —respondió Wesley—. ¿Has hablado con Jake y los otros?

—Sí, y hasta mi padre dijo que se pasaría.

Wesley enarcó una ceja. En todos los años que había ido a las partidas de cartas de los hombres del clan Danforth, aunque Harold, el padre de Jake sí se había unido alguna que otra vez a ellos, Abraham Danforth jamás lo había hecho.

Ian pareció leer sus pensamientos.

—Sí, a mí también me ha sorprendido, pero supongo que cuando te presentas a senador te da puntos el hacer el papel de buen padre —dijo con cierta amargura.

Wesley sabía que todos los hijos de Abraham:

Ian, Adam, Reid, Marcus, y Kimberley, no tenían recuerdos precisamente felices de su infancia.

Después de la muerte de su madre, su padre, que nunca se había preocupado por pasar tiempo con ellos, los había mandado a colegios internos, y la mayor parte de sus vacaciones las habían pasado en casa de su tío Harold, que se había convertido en una especie de segundo padre para ellos.

De hecho, el único motivo por el que habían accedido a apoyar la candidatura de su padre era que su tío, al que adoraban, les había pedido que lo hicieran.

Como hijo «adoptivo» de Harold y Miranda Danforth, Wesley había tenido estrecho contacto con sus cinco sobrinos además de con sus cuatro hijos: Jake, Tobias, Imogene, y Victoria, y todos se habían convertido en una piña.

Wesley no pudo evitar recordar en ese momento lo ocurrido a Victoria, la hija pequeña de Harold y Miranda, que había desaparecido cinco años atrás, a la edad de diecisiete años. Aunque los Danforth no se habían resignado a encontrarla con vida, tras infructuosas

investigaciones, la policía había acabado por archivar el caso.

—Nos vemos mañana, Ian. Prepárate para perder hasta la camisa —le dijo Wesley sonriendo.

—Más quisieras —se rió Ian.

Cuando colgó el teléfono Wesley bajó la vista a su mano, donde seguía el medallón, y la sonrisa se borró de sus labios. No se sentiría tranquilo hasta que no se lo devolviese a su dueña.

Verónica Strongman, sentada en el sofá, alzó la vista hacia su amiga Jasmine, que estaba caminando arriba y abajo por el salón de su piso, visiblemente agitada.

—Jazz, el que me gastes la alfombra no solucionará tu problema —le dijo.

Jasmine se detuvo y la miró.

—Ponte en mi lugar. Quiero conseguir una noticia que se convierta en primera plana, y estoy segura de que los Danforth pueden dármela. Primero encuentran el cadáver de una joven en las obras de reforma que estaban haciendo en Crofthaven, la mansión de Abraham Danforth, y yo tengo la intuición de que debe tratarse de su sobrina desaparecida, que fue asesinada por alguien de la familia, pero el examen de los forenses lo descarta. Luego descubro que uno de sus sobrinos, Jacob Danforth, tiene un hijo no reconocido, y él va y se casa con la madre y reconoce al niño y adiós noticia. Y después vas tú y me dices que un amigo de la familia, Wesley Brooks, ha estado reparando el ordenador de Abraham Danforth, y pienso que puedo sacar algo de ahí... y nada —farfulló dejándose caer en el sofá al lado de su amiga—. Y encima voy y pierdo la más preciada de mis posesiones. Ese medallón lo es todo para mí, y quiero recuperarlo, Ronnie.

Verónica asintió.

—Lo sé, lo sé. En fin, cabe la posibilidad de que se te cayera en el jardín de ese tipo, y que él no lo haya encontrado.

Jasmine dejó escapar un suspiro.

—Y si voy y me encuentro con que ha cerrado la verja? Es una de ésas con cierre electrónico, con una combinación numérica.

—Bueno, mujer, no te pongas en lo peor. Mira, te acompañaré a una hora a la que sepamos que no va a estar, y lo buscaremos juntas, ¿te parece?

El rostro de Jasmine se iluminó con una sonrisa, la primera desde que volviera de la cena dominical en casa de su padre.

—Gracias, Ronnie. No podré dormir hasta que no vuelva a tenerlo en mi cuello, donde debe estar.

Capítulo Dos

Cuando sonó el interfono sobre el escritorio de su despacho, Wesley dejó a un lado los papeles que había estado leyendo.

—Dime, Melinda —contestó a su secretaria, apretando el botón del interfono.

—Disculpe que lo interrumpa, señor Brooks, pero me dijo que le pasara con el señor Crawford si llamaba.

Wesley se irguió en su asiento sorprendido. No esperaba que Bruce lo llamara tan pronto.

—Gracias, Melinda. Pásamelo —contestó levantando el auricular y llevándoselo a la oreja—. Hola, Bruce, creí que tardarías al menos un par de días en darme una respuesta.

—Bah, la próxima vez dame algo que sea difícil, Wes. Ha sido coser y cantar.

Wesley esbozó una sonrisa.

—Bueno, ¿y qué has averiguado?

—Pues básicamente lo que te anticipé ayer cuando me lo trajiste: es una reliquia de familia que data de principios de mil ochocientos, oro puro, de estilo...

A Wesley no le interesaba el estilo del medallón, sino lo que pudiera decirle de su propietaria.

—Y qué me dices de la persona a la que pertenece? —lo interrumpió—. ¿Has podido recabar algún tipo de información sobre ella?

Bruce se rió entre dientes ante su impaciencia.

—La verdad es que sí. Me fijé en que el cierre había sido reemplazado por uno nuevo. Y hay muy pocos joyeros en Savannah que ofrezcan garantías suficientes en la reparación de piezas tan antiguas y valiosas. Así que hice unas cuantas llamadas y en efecto hay un joyero de la ciudad a quien le llevaron el año pasado este medallón para arreglar. Por suerte aún tenía la factura y los papeles de la reparación: el nombre de la propietaria es una tal Jasmine Carmody.

Wesley frunció el entrecejo, preguntándose de qué le sonaba ese nombre.

—¿Jasmine Carmody?

—Eso he dicho, y también tengo su dirección si la necesitas.

Wesley enarcó una ceja.

—¿Tiene una dirección?

Bruce volvió a reírse.

—Por supuesto que tiene una dirección. En algún sitio tiene que vivir, ¿no?

Wesley se quedó aturdido un momento. No le había contado a Bruce nada de la mujer a la que había descubierto revolviendo en su basura, por lo que era normal que no le extrañara, pero a él sí. ¿Una mendiga con casa?

—Bueno, supongo que sí —contestó a pesar de todo—. ¿Cuál es la dirección?

Bruce se la dio y, mientras la apuntaba, Wesley volvió a quedarse patidifuso. La calle Abercorn estaba en el centro de Savannah, y los apartamentos de esa zona no eran precisamente baratos.

—¿Estás seguro de que ésa es la dirección?

—Bueno, es la que pone en la factura. El joyero me mandó una copia por fax y la tengo delante ahora mismo. Pone incluso un número de teléfono, otro de oficina, y también un número de móvil.

Wesley se frotó la nuca, contrariado. Aquello no tenía ni pies ni cabeza. ¿Por qué una mujer con un trabajo iba a revolver en la basura de madrugada?, ¿y para qué querría una mendiga un teléfono móvil?

—¿Podrías darme esos números también?

Bruce se los dio.

—¿Hay algo más que quieras saber?

—No, con la información que me has dado creo que podré localizar a la dueña y devolvérselo. Te debo una.

—No hay de qué, hombre. Por cierto te he enviado el medallón de vuelta esta mañana con un mensajero. Supongo que te llegará en una hora o dos.

—Estupendo, gracias, Bruce.

Cuando hubo colgado, Wesley se recostó en el asiento y se quedó mirando el papel donde había apuntado la dirección y los números de teléfono. Parecía que aquella misteriosa mujer no era una sin techo después de todo.

Carmody... ¿Dónde había oído ese apellido? Recordaba haber asistido a una fiesta benéfica hacía unos meses, donde había conocido a un tal doctor Carmody, un afamado traumatólogo de la ciudad, y también recordaba haber conocido a su esposa... y a sus dos hijas. La señora Carmody no había perdido tiempo en presentárselas, diciéndole que las dos estaban en edad de merecer, por si le interesaba.

No sólo no le había interesado el matrimonio entonces, sino que seguía sin interesarle. No, el matrimonio tal vez estuviera bien para otros, como su amigo Jake, que parecía muy feliz desde que se había casado, pero no era para él.

Al pensar en su amigo recordó que Jake también había ido a aquella fiesta benéfica. Jake tenía muchísima mejor memoria que él para los nombres, así que quizá... De pronto se encendió una luz en su cerebro.

Hacía unas semanas había tenido una conversación con Jake y Larissa sobre una reportera que había descubierto que Jake era el padre de Peter, el hijo de tres años de Larissa. Los había amenazado con divulgar la historia como un escándalo, pero le había salido mal, porque Larissa fue inmediatamente a hablar con Jake para revelarle que tenía un hijo antes de que lo averiguara por los periódicos.

Jake había hecho lo honorable, pidiéndole a Larissa que se casara con él y, aunque al principio ella había aceptado sólo por el bien de Peter, su unión dejó de ser un matrimonio de conveniencia cuando se dieron cuenta de que estaban enamorados el uno del otro.

¿No se llamaba también Jasmine no sé qué aquella periodista que los había estado atosigando? Decidido a resolver el misterio de una vez por todas, agarró el teléfono y llamó a Jake.

Diez minutos después, colgaba el auricular furioso. La mujer que había invadido su propiedad y que había estado hurgando en su basura no era una sin techo, ¡era aquella misma reportera que había querido dañar a su mejor amigo y reventar la campaña de su tío, Abraham Danforth. Era una periodista, y él odiaba a los periodistas. Lo había engañado vilmente. El se había mostrado amable, y ella lo había hecho quedar como un idiota.

Se puso de pie y fue a la ventana. Empezó a observar a la gente que pasaba por la calle. Sin duda lo que había estado buscando en su cubo de basura no era comida, sino algo que pudiera servirle para desacreditar a los Danforth.

Así eran la mayoría en su profesión: no les importaba a quién hicieran daño mientras consiguieran una historia. No pudo evitar que volviera a su mente en ese momento el recuerdo de Caroline Perry. Caroline era una estudiante de periodismo con la que había estado saliendo en su época universitaria, cuando era miembro del equipo de rugby. Había estado muy colado por ella, y si le hubieran preguntado en aquel entonces incluso habría dicho que la amaba. Sin embargo, había descubierto, aunque demasiado tarde, que ella no sólo no había sentido nada ni remotamente parecido por él, sino que además si había salido con él había sido para sonsacarle y poder escribir un artículo en el periódico de la universidad sobre el uso de esteroides entre los miembros del equipo.

Cuando se enteró de que lo había estado utilizando se sintió destrozado Sus compañeros de juego se volvieron contra él, y fue expulsado del equipo.

Desde entonces no había vuelto a confiar en ninguna mujer lo suficiente como para abrirse a ella y arriesgar de nuevo su corazón. Regresó a su escritorio. Jasmine Carmody había cometido un grave

error, y le enseñaría que nadie, absolutamente nadie, dejaba en ridículo a Wesley Brooks.

«Ha faltado poco para que nos descubra», pensó Jasmine cuando entró en su apartamento.

Verónica y ella habían ido a la casa de Wesley Brooks durante su hora del almuerzo, pero se encontraron con que había cerrado la verja y sería imposible abrirla sin la combinación del cierre electrónico.

Sin embargo, no estaba dispuesta a marcharse sin su medallón, así que se había puesto a trepar por la alta verja de hierro cuando al rato su amiga la avisó de que se acercaba un coche. Se apresuró a bajar y, apenas hubo tocado el suelo, corrieron las dos a esconderse tras unos arbustos.

Al cabo de unos instantes se detenía delante de la casa el Corvette rojo del millonario. Habían pensado que siendo un ejecutivo probablemente no comería en casa, pero al parecer era un hombre bastante imprevisible.

Y, cuando bajó la ventanilla y sacó fuera medio cuerpo para inclinarse hacia el panel electrónico y pulsar los botones de la combinación, miró calle arriba y abajo, como si sospechara que estaba escondida por allí cerca, lo cual era ridículo. Era imposible que supiera que estaba allí, porque habían aparcado su coche a un par de manzanas, y además él ni siquiera sabía qué modelo era su coche.

Jasmine soltó el bolso en el sofá y entró en la cocina llena de frustración. Habían estado a punto de ser descubiertas y encima no había podido buscar su medallón.

Estaba sacando un envase de plástico con ensalada de pasta que le había sobrado del día anterior Cuando oyó el teléfono sonar en la sala de estar. Dejo que siguiera sonando para que saltara el contestador, no fueran a ser su madrastra o una de sus hermanastras. Sería lo único que le faltara, tener que hablar con alguna de ellas en ese momento.

Acababa de cerrar la puerta del frigorífico cuando oyó una voz profunda y aterciopelada, una voz de hombre:

—Buenas tardes, señorita Carmody. Soy Wesley Brooks, y tengo algo que creo que le pertenece. Si quiere recuperarlo, reúnase conmigo hoy a las ocho en la cafetería D&D. Y más le vale ser puntual. No me gusta que me hagan esperar.

Y colgó. Jasmine se quedó inmóvil en el sitio, con los latidos del corazón resonándole en los oídos. Sabía quién era, y había encontrado su medallón. Y, a pesar de que había hablado con mucha calma, por el tono de su voz se desprendía que estaba enfadado, muy enfadado.

Los nervios le atenazaron el estómago cuando miró su reloj de pulsera y vio que eran las siete y cuarto. Apenas le quedaban tres

cuartos de hora para prepararse y salir. Su primer pensamiento fue no ir, pero si no acudía a la cita no volvería a ver su medallón, y la sola idea hizo que sintiera una punzada en el pecho. No había otro remedio.

Dejó escapar un pesado suspiro, preguntándose qué clase de explicación podría darle que sonara razonable para justificar el hecho de haber invadido su propiedad aquella noche. Sencillamente no la había. La había pillado con las manos en la masa, y además había sido tan descuidada como para dejar una pista que lo había llevado hasta ella y a averiguar quién era. Como ladrona desde luego sería pésima.

Y aun así, ¿cómo habría conseguido su nombre y el teléfono de su casa a partir de un medallón? En todo caso, si quería llegar a tiempo al lugar en el que la había citado, aquello era lo de menos en ese momento, pensó, volviendo a guardar la ensalada de pasta en el frigorífico y dirigiéndose al dormitorio.

Wesley miró su reloj. A Jasmine Carmody le quedaban menos de cinco minutos para presentarse en la cafetería. No le concedería ni un segundo más.

Aunque no la había vuelto a ver desde aquella noche, tenía la impresión de que había estado merodeando cerca de su casa ese mismo día. Cuando había llegado allí a la hora del almuerzo y había bajado la ventanilla para marcar la combinación de seguridad de la verja había visto pisadas en el césped junto a la entrada.

Obviamente había regresado allí en busca de su medallón y, qué lástima, se había encontrado con la verja cerrada. Se alegró de haber cerrado la verja aquella mañana antes de salir. Si no lo hubiera hecho, aquella reportera entrometida habría vuelto a hurgar en su basura. Se iba a enterar de quién era él. Le iba a dar una lección que jamás olvidaría, y le iba a quitar las ganas de volver a husmear en las vidas privadas de la gente.

Justo en ese momento entró Jasmine, y los ojos de Wesley se vieron atraídos hacia ella como imanes. Le había parecido atractiva a la luz de la luna, pero se había quedado corto: era bellísima.

La estudió con la mirada, desde la masa de cabello rizado hasta las uñas pintadas de rojo carmín de sus pies, calzados con unas finas sandalias de tacón. Iba impecablemente vestida con una blusa Violeta de seda, y unos pantalones grises a medida que le daban una apariencia sofisticada.

Wesley sintió que sus hormonas se alteraban, y que ni siquiera la ira que sentía hacia ella lograba atenuar esa atracción.

Diablos, lo último que necesitaba era desear a una mujer a la que consideraba el enemigo. Sin embargo, enemigo o no, no pudo evitar que una ráfaga de excitación lo invadiera cuando la vio apartarse el

cabello de un hombro con la mano, y lamerse los labios con la punta de la lengua mientras lo buscaba con la mirada.

Un gruñido escapó de la garganta de Wesley. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que había estado con una mujer. Demasiado tiempo, se respondió, irguiéndose incómodo en el asiento, los negocios lo habían obligado a dejar en suspenso su vida sexual durante vario meses.

Sus ojos se encontraron, y Wesley observó que la respiración de ella se tornaba algo agitada, como la suya. Era como si, a pesar de que los separaban varios metros, se hubiese formado una especie de campo magnético entre ellos, o como si el aire se hubiese cargado de electricidad.

Jasmine vaciló un instante antes de avanzar hacia él y, mientras se le acercaba, Wesley, que se notaba la entrepierna tirante, decidió que sería mejor permanecer sentado. No quería dar un espectáculo.

—Señor Brooks —lo saludó ella con aspereza, antes de tomar asiento frente a él.

No le tendió la mano, y probablemente fue lo mejor, pensó Wesley, porque aunque lo hubiera hecho no se la habría estrechado. No eran amigos, ni tenían por qué fingir serlo.

—Señorita Carmody —respondió con un asentimiento de cabeza.

Saltaba a la vista que estaba molesta. Sin duda estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya, pero aquella vez las cosas iban a ser distintas. La miró fijamente a los ojos sin decir nada, pero ella no se mostró intimidada ni apartó la vista.

—Dijo que tenía algo que me pertenecía —dijo ella finalmente.

Una de las comisuras de los labios de Wesley se arqueó hacia arriba al advertir el matiz de impaciencia en su voz. ¿De verdad creía que iba a devolverle el medallón sin ponerle los puntos sobre las íes? En realidad le daba igual que hubiera entrado en su propiedad, lo que no soportaba era la idea de que hubiera querido hacer daño a los Danforth para subir un peldaño en su carrera por la vía rápida. Los Danforth eran buena gente. Los conocía desde hacía catorce años, y para él eran la única familia que había tenido. Por eso no iba a perdonar que una reportera sin escrúpulos intentase manchar su buen nombre y después pretendiese irse de rositas.

Se recostó contra el respaldo del asiento.

—Sí, así es, pero antes me gustaría saber por qué razón estaba revolviendo en mi basura aquella noche.

Quizá le vendría bien saber por una vez qué se siente al ser el tema de portada en un periódico. Ya puedo imaginarme los titulares, y no creo que a su jefe le hiciese mucha gracia. ¿Sabe que es un delito

invadir una propiedad privada?

Por la expresión de su rostro era obvio que no quería ni pensar en lo que diría su jefe si se enteraba, y mucho menos en la demanda que podría interponer contra ella.

—Sólo estaba haciendo mi trabajo —contestó.

Wesley ladeó la cabeza, como considerando su respuesta.

—¿Hay alguna cláusula de su contrato que le exija quebrantar la ley? Porque si es así, quizá debería cambiar de profesión.

Jasmine inspiró profundamente. Al fin y al cabo era normal que estuviese enojado. A ella le ocurría igual si el caso fuese al contrario.

—Mire, admito que fui demasiado lejos aquella noche. Nunca antes había hurgado en la basura de nadie. Estaba desesperada.

Wesley entornó los ojos. Si creía que aquello la excusaba, estaba equivocada. Caroline Perry también había estado desesperada por conseguir una historia y demostrar su valía al jefe de redacción de la gaceta de la universidad, pero eso no le daba derecho a hacer daño a otras personas sólo para conseguir lo que quería.

—Yo la entiendo, créame —contestó irónico—, pero, ¿sabe qué?, ya que está tan obsesionada con arruinar la reputación de los Danforth, he decidido darle a probar un poco de su propia medicina. Voy a hacer que sepa lo que es que la sigan y la observen cada día.

Jasmine lo miró aturdida, como si no comprendiera.

—¿Qué está diciendo?

Wesley esbozó una fría sonrisa.

—Lo que estoy diciendo es que ya que usted es incapaz de respetar la privacidad de los demás, voy a convertirme en su sombra.

Los ojos de Jasmine se abrieron como platos, y relampaguearon de indignación.

—Eso se llama acoso.

Wesley permaneció impasible.

—Llámelo como quiera. Aunque «acoso» me parece una palabra un poco fuerte. Para mí será sólo una manera de mantenerla a raya hasta que haya acabado la campaña de las elecciones al senado, a la que se presenta Abraham Danforth.

La periodista, que en un principio se había puesto lívida, enrojeció de ira, y parecía dispuesta a saltar sobre él como una pantera.

—Es mi trabajo, señor Brooks —le dijo agitada.

—Pues hágalo, pero no pasando por encima de gente inocente. Y si no puede evitarlo, pídale a su jefe que le encargue cubrir la sección de decoración del hogar, o la de maquillaje.

—Oiga, escúcheme… —comenzó ella, levantando un dedo en un gesto de advertencia hostil.

—No, va a ser usted quien escuche —la cortó Wesley bruscamente —: voy a seguirla le guste o no, y si avisa a la policía diciendo que la estoy acosando, le diré a mis abogados que los demanden a usted y a su periódico por invasión de la propiedad privada. Y por lo que respecta a su medallón, me lo quedaré hasta que considere que merece que se le devuelva.

—¡Eso es chantaje!

Wesley sonrió.

—Me ofende, señorita Carmody. Si voy a hacer esto es por su bien, para ayudarla a ver lo que se Siente cuando alguien se entromete en tu vida privada.., y para asegurarme de que dejará a los Danforth en paz.

Jasmine lo miró desafiante.

—No voy a dejar de hacer mi trabajo sólo porque no le gusten mis métodos.

—Ya veo. Entonces me quedaré con el medallón.

Jasmine resopló y apretó los puños sobre la mesa, inclinándose hacia él.

—¡No puede hacer eso! Ese medallón es mío y puedo probarlo —masculló mirándolo fijamente, con el ceño fruncido.

—No lo dudo, pero me parece que no le será muy fácil explicar en un juzgado cómo lo perdió en mi propiedad.

Irritada, Jasmine se puso de pie.

—No pienso seguir escuchándolo ni un minuto más.

Wesley se encogió de hombros.

—Nadie la obliga, pero no bromeaba: vaya donde vaya, yo no estaré muy lejos.

Si hubiera podido, Jasmine lo habría fulminado con la mirada. Se colgó el bolso en el hombro y giró sobré los talones, saliendo de la cafetería sin mirar atrás.

Decididamente aquel tipo estaba dispuesto a fastidiarla, pensó Jasmine irritada, mirando por el retrovisor. Wesley Brooks debía haber salido de la cafetería al poco de haberlo hecho ella, porque su coche iba unos metros por detrás del suyo.

Estaba cumpliendo su amenaza: iba a intentar sacarla de quicio siguiéndola a todas partes. Sólo podía cruzar los dedos y confiar en que se cansase antes de que eso ocurriera.

Exhaló un suspiro al recordar lo atractivo que le había parecido sentado en la cafetería. Mucho más que en las fotos de los periódicos, y más también que aquella noche en su jardín, a la tenue luz de la luna. Le había costado horrores concentrarse en lo que estaba diciéndole y no en el movimiento de sus labios. Tenía los labios más sensuales que había visto jamás. Eran carnosos y parecían tan suaves... Por no hablar

de su voz, con ese timbre profundo y resonante. El solo pensamiento hizo que un curioso cosquilleo la recorriera de arriba abajo. ¿Deseo?

Sacudió ligeramente la cabeza y a sus labios afloró una sonrisa de incredulidad. ¿Se podía ser más patética? El tipo quería venganza, y ella fantaseando con él... Quizá fueran sus instintos que estaban empezando a rebelarse, a acusar el que a sus veintiséis años todavía no lo hubiera hecho con nadie. Por Dios, que tonterías se le estaban ocurriendo. ¿Y qué si era virgen? No tenía por qué avergonzarse de ello, y le daba igual que sus hermanastras se burlaran de ella llamándola «la virtuosa María».

Alyssa y Mallory hacía tiempo que eran sexualmente activas, probablemente desde sus comienzos en el instituto, pero ella en aquella época había tenido cosas mejores que hacer con su tiempo que ir tirándose a sus compañeros de clase, como estudiar para entrar en la facultad de Periodismo. Y luego, en la universidad, aunque había tenido citas con varios chicos, había estado demasiado ocupada intentando sacar buenas notas como para ir en serio con ninguno. Además, sólo tenía veintiséis años, tenía toda una vida por delante, y no era Una perra en celo.

Giró al llegar al siguiente cruce y, tal y como esperaba, el automóvil de Wesley Brooks giró también. Y momentos después, cuando detuvo el coche junto a la acera frente al bloque de apartamentos donde vivía, no la sorprendió ver que el aparcaba justo al lado. Maldijo entre dientes mientras se quitaba el cinturón de seguridad y sacaba la llave del contacto. Cuando se bajó del vehículo, se encontró con que él ya se había bajado del suyo. Estaba mirándola con aire de autosuficiencia, los brazos cruzados y apoyado en el coche.

—Pisa usted demasiado el acelerador, señorita Carmody; es una conductora bastante temeraria —le dijo burlón.

—Y usted, señor Brooks, es insufrible —replicó ella entornando los ojos.

Wesley se encogió de hombros.

—Me han llamado cosas peores.

Decidiendo que lo mejor era no seguirle el juego, Jasmine le dio la espalda y se dirigió hacia la entrada del bloque de pisos. Cuando llegó a la puerta volvió el rostro, y comprobó que seguía allí, apoyado en su coche y observándola burlón.

Le dedicó una mirada de desdén entró rápidamente. Wesley, por su parte, vio con pesar cómo desaparecía tras la puerta. Habría dado cualquier cosa por haber entrado con ella, haber subido con ella a su apartamento, y hacerle el... ¿En qué estaba pensando?, se reprendió mentalmente. Lo mejor sería que regresase a la cafetería y esperase allí

a que apareciese Ian para la partida de cartas.

Diez minutos después Wesley aparcaba frente a la cafetería. Miró en derredor mientras entraba. El local ofrecía un ambiente relajado, pero no había habido nada de relajado en el encuentro que había mantenido allí esa noche con Jasmine Carmody. Incluso estando contra las cuerdas había seguido sin darse por vencida. No podía evitar admirarla a ese respecto. Frunció el ceño. ¿Admirarla? No quería admirar a esa mujer. Tenía que recordar que la había sorprendido revolviendo en su basura, y que él le había ofrecido quinientos dólares del dinero que tanto trabajo le había costado ganar porque había creído que era una necesitada.

Se sentó en una mesa al fondo, y pronto se acercó una camarera a preguntarle qué quería tornar. Cuando le hubieron servido, se recostó en el asiento con el ceño fruncido. Aquella mujer iba a volverlo loco.

—¿Todo bien, Wes?

Wesley alzó la vista y se encontró con su buen amigo Reid Danforth de pie junto a la mesa, con una expresión preocupada en el rostro. Reid era el segundo hijo de Abraham Danforth, y estaba al frente de la compañía naviera Danforth and Co.

—Sí, todo bien —contestó mientras Reid tomaba asiento frente a él —. ¿Han identificado ya el cuerpo?

Durante las obras de reforma que se estaban llevando a cabo en Crofthaven, la mansión de Abraham Danforth, los obreros habían encontrado el cadáver de una mujer en el ático. Se había abierto naturalmente una investigación policial, y aquel escándalo amenazaba con hundir la campaña senatorial de Abraham.

En un principio habían temido que se tratara de Victoria, la hija menor de Miranda y Harold Danforth, el hermano de Abraham, que había desaparecido cinco años atrás sin dejar rastro tras asistir a un concierto. Sin embargo, su ficha dental Y las pruebas de ADN lo desmintieron, y la identidad del cuerpo encontrado en el ático seguía Siendo un misterio. En cualquier caso había sido un alivio para todos que no hubiese resultado ser Victoria. También para Wesley. Había llegado a querer a Tori, como solían llamarla, como a una hermana, y había dado gracias a Dios de que no hubiese sido ella. Aún había esperanza.

—No, todavía no —respondió Reid.

Una camarera se acercó y Reid pidió un cortado.

Wesley tomó un sorbo de su café jamaicano y le preguntó por su prometida, Tina, con la que contraería matrimonio dentro de unos meses.

Reid sonrió.

—Bien —respondió—. Su madre la trae loca con los preparativos de la boda, pero los dos estamos impacientes por que llegue el día para empezar nuestra vida en común.

Wesley asintió con la cabeza, diciéndose que Reid y Jake habían tenido mucha suerte por haber encontrado unas mujeres tan encantadoras como Tina y Larissa, pero, por lo que a él se refería, mientras hubiese por ahí sueltas otras como Jasmine Carmody, mantendría los ojos bien abiertos, y en ningún caso dejaría que le echasen el lazo.

Una hora más tarde, Jasmine estaba ya metida en la cama cuando sonó el teléfono. Miró la pantalla para ver el número y, al ver quién era, levantó el auricular.

—Hola, Ronnie —contestó—. Veo que al fin te has decidido a llamar para comprobar que sigo viva.

Mientras se dirigía en coche a la cafetería había telefoneado a su amiga con el móvil para hablarle de la llamada que había recibido de Wesley Brooks y para decirle que iba a acudir a la cita.

—¿Qué te ha dicho? —inquirió Verónica impaciente.

Jasmine le resumió en pocas palabras su conversación.

—¿Que va a seguirte? —exclamó Verónica perpleja.

—Eso ha dicho —respondió Jasmine—, y parece que no lo dijo sólo para asustarme: esta noche me ha seguido hasta casa, y no me sorprendería encontrarlo sentado en su coche por la mañana, cuando salga para ir al trabajo. Está empeñado en darme una lección.

Verónica se rió entre dientes.

—Bueno, considerando el poco aprecio que nos tiene a los periodistas, no me extraña.

Jasmine enarcó una ceja.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

Sospechaba que sí, porque Richard, el hermano de Verónica, había estudiado en la misma universidad que Wesley Brooks y Jacob Danforth y eran aproximadamente de la misma edad, así que era probable que los hubiese conocido.

—Tu familia y tú sólo lleváis ocho años viviendo en Savannah, Jazz —le contestó su amiga—, pero entre los que somos de aquí de toda la vida es de sobra conocido que Wesley Brooks estuvo saliendo con una estudiante de periodismo durante su época de universitario. El estaba loco por ella, pero ella únicamente lo utilizó para conseguir información y escribir un artículo sobre el uso de drogas entre los deportistas para la gaceta de la Universidad. Cuando lo publicó, expulsaron a Wesley Brooks del equipo de rugby.

—Vaya —murmuró Jasmine—. Bueno, no dudo que aquello debió

ser un duro golpe para él —concedió, pero eso no es excusa para que la tome conmigo sólo porque sea periodista.

—Cierto, pero invadiste su propiedad y te pilló hurgando en su basura.

—Eh! ¿De parte de quién estás?

Verónica se rió.

—De tu parte, por supuesto. Yo también soy periodista, y también he hecho algunas locuras para conseguir un buen titular, pero si quieres mi opinión, me parece que estás obsesionándote demasiado con esto de los Danforth. Te veo capaz de hacer cualquier cosa para destapar un escándalo relacionado con ellos.

Jasmine frunció el ceño.

—Ronnie, eso no es justo. Lo dices como si no tuviera moral.

—No quiero decir eso, Jazz, pero piénsalo: desde que el jefe te asignó cubrir la campaña de Abraham Danforth, no has cejado en tu empeño de sacar a la luz algo que estropee su imagen.

—Lo único que quiero es contar la verdad —replicó Jasmine.

—Sí, pero, ¿por qué estás tan segura de que oculta algo?

—¿Y tú por qué estás tan segura de que no oculta nada?

Verónica se echó a reír.

—Bueno, como dije antes, he crecido en esta ciudad, y los Danforth se establecieron aquí hace décadas. No digo que sean santos, pero creo que son buena gente. Y en lo que respecta a Abraham Danforth, le cae bien a casi todo el mundo, razón por la cual hay muchas personas que apoyan su candidatura al Senado. Así que ve con cuidado, Jazz. A esas personas no les hará gracia que intentes tirar por tierra a su ídolo.

No hacía falta que lo jurara. Si sus simpatizantes eran la mitad de leales que Wesley Brooks, la creía.

Minutos después, cuando colgó el teléfono, Jasmine se quedó pensando en lo que su amiga le había dicho. ¿Tendría razón en que su obsesión por conseguir una historia a toda costa la estaba haciendo actuar de un modo injusto?

Tragó saliva, recordando lo agresiva que había estado con Larissa Nielsen intentando hacerle admitir que Jacob Danforth era el padre de su hijo.

Apagó la lámpara de la mesilla de noche, y cerró los ojos, pero estuvo al menos media hora dando vueltas en la cama antes de dormirse.

Capítulo Tres

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, Jasmine repasó la información que había recopilado sobre Abraham Danforth. Su vida hasta la fecha había sido una sucesión de impresionantes logros. Había sido el primogénito en su familia, y como tal sus padres habían esperado que fuera el mejor en todo. Había ingresado muy joven en el ejército, y alcanzó el rango de comandante en el cuerpo de los SEAL de la Marina; se había casado con Chloe Forsythe, que estaba entre la flor y nata de la sociedad de Savannah, y que le había dado los cinco hijos que tenía; también había averiguado que había participado en una peligrosa misión en Vietnam, durante la cual había resultado herido.

Cuando su esposa murió, estaba en la cima de su carrera militar, y sabiendo que no podría dedicarles a sus hijos el tiempo y las atenciones que necesitaban, los envió a los mejores internados y le pidió a Harold, su hermano menor, que se hiciera cargo de ellos durante las vacaciones cuando él no tuviera permiso.

Jasmine sacó de la carpetilla de plástico una foto en color de Abraham Danforth y la estudió mientras daba un mordisco a su tostada. La verdad era que resultaba atractivo para su edad. Tenía el cabello castaño oscuro y los ojos de un bonito tono de azul. A sus cincuenta y seis años poseía todavía un físico atlético, sin duda por las horas que pasaba poniéndose en forma en un gimnasio. Y además era viudo y rico. Se preguntó por qué no habría vuelto a casarse, y por qué ni siquiera se había oído que hubiese tenido alguna relación desde la muerte de su esposa. Quizá mereciera la pena indagar más en esa dirección, se dijo.

Exhaló un pesado suspiro y apartó la carpeta con recortes, fotocopias, y notas sobre Abraham Danforth. Tenía que haber algún tipo de escándalo en su pasado o su presente que pudiese destapar.

Miró su reloj de pulsera. Sería mejor que fuese a vestirse y se marchase al trabajo. Iría a la hemeroteca y seguiría buscando información que le pudiese servir. Después de todo, como se decía, la esperanza era lo último que se debía perder.

Una hora después, tras llegar a la oficina del periódico, su jefe la mandó a cubrir la rueda de prensa del alcalde de la ciudad, durante la cual el principal tema iba a ser el recorte en los presupuestos.

Cuando acabó, se quedó igual que otros compañeros terminando y repasando sus notas. Mientras hacía un apunte al margen en su cuaderno, Sintió de pronto el aliento de alguien en la nuca, y se giró bruscamente, chocándose con Wesley Brooks.

Dio un paso atrás, apartándose de él, y resopló de pura

exasperación, pero decidió que se comportaría con calma, y que no le dejaría entrever el fastidio que sentía por que la siguiera a todas partes.

—¿Le interesa la política, señor Brooks? —le preguntó con aspereza.

Wesley se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—No, pero sí me interesa asegurarme de que se mantiene alejada de los Danforth.

Jasmine entornó los ojos y alzó la barbilla desafiante.

—Mi trabajo consiste en informar de lo que es noticia. Es lo que he hecho hasta ahora, y…

—¿Y eso incluye rebuscar en los cubos de basura de los demás?

Jasmine puso los ojos en blanco.

—Mire, señor Brooks, usted es un personaje importante en Savannah. No creo que ésa fuera la primera vez que alguien invadía su propiedad. ¿O acaso pretende hacerme creer que nunca lo han perseguido los paparazzi? Todavía recuerdo las fotos de usted y esa modelo con la que estuvo saliendo el año pasado, en un conocido club nocturno de la ciudad.

Wesley se encogió de hombros.

—Eso es distinto.

Jasmine enarcó una ceja.

—¿Cómo?

—Aquello fue algo distinto, primero porque decidí pasarlo por alto, y segundo porque se trataba de mí. En cambio, el motivo por el que usted estaba hurgando en mi basura esa noche no tenía nada que ver conmigo. Sus motivos eran manchar la campaña electoral de un hombre por el que siento un profundo aprecio y respeto. Pero según parece usted de respeto y de aprecio no entiende nada.

Jasmine se sintió herida.

—Para su información, yo siento un profundo aprecio y respeto por mi padre.

—¿Su padre?

—Sí, mi padre —repitió ella—. ¿Pensaba que no tenía padre o qué?

Wesley la miró fijamente.

—En lo que se refiere a usted, le confieso que no sé qué pensar. La primera vez que la vi creí que era una indigente.

Jasmine recordó cómo le había ofrecido dinero y comida, y lo mal que se había sentido por ello. Cerró su libreta, la guardó en el bolso junto con el bolígrafo, y se dirigió a la salida. Como había esperado, él echó a andar tras ella hasta alcanzarla.

—Pues como puede ver no lo soy —respondió, tratando de ignorarlo.

Wesley la recorrió con la mirada.

—No hace falta que lo jure.

Jasmine se paró y se giró hacia él.

—Mire, lo siento mucho, ¿de acuerdo?

—Lo siente? —inquirió él como si no la creyera, mirándola a los ojos.

—No el haber estado rebuscando en su basura —aclaró ella—, sino haberle dejado pensar que era Una indigente. Fue muy amable por su parte ofrecerme dinero y comida.

—Seguro que pensaba que por ser un empresario millonario el sufrimiento de los demás me importaba un pimiento, ¿me equivoco? Pues ya ve, soy una persona amable… siempre y cuando no intenten utilizarme o reírse de mí.

Habían salido del ayuntamiento, y Jasmine se detuvo frente a su coche, aparcado junto a la acera, para descubrir que el de él estaba justo al lado. Se volvió hacia Wesley y lo miró irritada.

—Bueno, ¿dónde vamos ahora? —inquirió él, ignorando su enfado

—¿No le parece que está llevando esto un poco lejos?

—No más de lo que lo llevó usted invadiendo mi propiedad y hurgando en mi basura —contestó Wesley, apoyándose en su coche.

Jasmine iba a decir algo, pero justo en ese momento sonó su teléfono móvil.

—Diga? —contestó. Sus ojos se abrieron como platos—. ¿Cuándo? — dejó escapar un suspiro—. De acuerdo, gracias por avisarme.

Apagó el móvil, volvió a guardarlo en el bolso y se giró hacia Wesley.

—Acabo de saber algo que puede que le interese, señor Brooks.

Wesley enarcó una ceja.

—¿El qué?

—Era mi jefe. Me llamaba para decirme que han identificado el cuerpo encontrado en el ático de Crofthaven.

Wesley se irguió.

—¿Quién es? —inquirió quedamente.

Jasmine se aclaró la garganta. Sabía cuánto significaba aquella información para él.

—Martha Jones.

Wesley aspiró bruscamente. Martha Jones era la conflictiva hija de Joyce Jones, el ama de llaves de los Danforth, que, al igual que Victoria, también había desaparecido hacía tiempo sin dejar rastro. Sintió una punzada en el pecho al imaginar el dolor de la buena mujer. Miró a Jasmine.

—Y apuesto a que usted tiene intención de hablar con su madre y conseguir su exclusiva.

Jasmine frunció el ceño.

—Bueno, sí, me gustaría hablar con ella.

Wesley entornó los ojos.

—¿Es que no tiene corazón? —le espetó con dureza—. Lo último que necesita esa mujer ahora mismo es tener que responder a las preguntas de una reportera entrometida.

—No soy una mujer insensible, señor Brooks. Yo...

—¿Ah, no? Es curioso, me tenía engañado. Dio muestras de una gran sensibilidad cuando presionó a Larissa Nielsen para que admitiera que Jacob Danforth era el padre de su hijo.

Jasmine puso los brazos en jarras.

—Mi profesión consiste en sacar a la luz historias que sean noticia, que interesen a la gente y den que hablar. Y cualquier cosa relacionada con los Danforth interesa al público. Ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

Wesley resopló. Aquella mujer estaba acabando con su paciencia, y tuvo que hacer un esfuerzo para contener la ira y echarse a un lado cuando ella abrió la puerta de su coche. Sin decir nada más le dio la espalda y se dirigió a su propio vehículo; luego la siguió en dirección a Crofthaven.

Cuando Jasmine llegó a Crofthaven ya había varios cámaras y reporteros apostados frente a la entrada, a la espera de que se produjera un comunicado a los medios de comunicación por parte de alguno de los miembros de la familia.

La mansión, de estilo georgiano, se alzaba en el centro de una vasta extensión de jardines, cuidados sin duda por una legión de jardineros, pensó Jasmine mirando admirada en derredor. Los terrenos de la mansión llegaban hasta los acantilados, y desde allí podía aspirarse el aroma del Atlántico.

En ese momento vio a Brad Cabot, un compañero del Savannah Morning News, y agitó el brazo para atraer su atención. Brad contestó agitando el brazo también, y una amplia sonrisa se dibujó en su juvenil rostro. Estaba recién salido de la facultad de periodismo, y llevaba algo menos de un año trabajando en el periódico.

—¿Qué se sabe? —le preguntó Jasmine, cuando hubo llegado junto a él.

—No demasiado, pero la familia va a dar un comunicado dentro de unos minutos, así que llegas justo a tiempo.

Jasmine asintió, y justo en ese momento apareció el coche de Wesley. Nada más bajarse los reporteros y los cámaras corrieron a rodearlo, pidiéndole que hiciera unas declaraciones pero él se abrió paso entre ellos y se dirigió hacia la casa sin abrir la boca.

Unas horas después Jasmine estaba empezando a hartarse de verdad de Wesley Brooks. Se estaba convirtiendo en un auténtico fastidio. Incluso allí, en el supermercado, sabía que estaba en algún sitio, observándola.

Durante el comunicado a los medios en Crofthaven Abraham Danforth había hablado en nombre de toda la familia, confirmando que el cuerpo encontrado en el ático había sido identificado como la hija del ama de llaves. Había dicho que sus corazones lloraban con el de Joyce Jones y su esposo, y Jasmine no pudo menos de admirar la compostura con la que contestó las preguntas de los reporteros, reafirmando su imagen de honrado político. Les aseguró que su familia y él estaban dispuestos a colaborar con la policía en todo lo que les fuese posible para esclarecer las causas de la muerte de Martha Jones.

Mientras hablaba, Jasmine había visto a Wesley Brooks de pie entre los miembros de la familia Danforth, y sus ojos se habían encontrado. Ella había apartado el rostro, centrándose de nuevo en Abraham Danforth, pero había tenido la sensación de que sus ojos seguían fijos en ella, observándola el resto del tiempo, como seguramente estaría haciendo en ese momento. Resultaba enervante.

Volvió la cabeza y paseó la vista por el supermercado. No podía verlo, pero podía sentir su presencia.

—Cóbreme, por favor —le dijo a la cajera.

Y fue entonces, al mirar por encima del hombro, cuando vio aparecer a Wesley Brooks detrás de ella, cargado con varias cajas de comida precocinada y congelada.

—Abasteciéndose de alimentos sanos para la cena, señor Brooks? —le dijo, tomando el cambio que le tendía la cajera.

—Quién fue a hablar... Lo que se lleva usted tampoco son cosas de lo más nutritivas —farfulló, señalando con la cabeza las bolsas de aperitivos y los envases de helado que ella estaba guardando en una bolsa de papel.

—Son alimentos energéticos —contestó, molesta porque, no contento con seguirla a todos lados, también tuviera que espiar lo que compraba.

—Éstos también lo son —respondió él. Echó un vistazo a su reloj—. Espero que ya haya dado por finalizada la jornada y que vaya a volver a casa.

Jasmine enarcó una ceja.

—¿Y si no es así?

Wesley suspiró con comicidad.

—En ese caso tendré que continuar siguiéndola hasta que lo haga.

Jasmine sintió deseos de decirle que la dejara en paz de una vez y

se fuera al diablo, pero no le convenía enfadarlo, porque entonces jamás recuperaría su medallón.

De hecho, la noche anterior, después de darle muchas vueltas en la cama, había llegado a la conclusión de que la mejor manera de manejar aquella situación era precisamente ignorar a Wesley Brooks. Claro que proponérselo era una cosa, y otra muy distinta llevarlo a la práctica.

—Ya. Pues lo veo cansado —le dijo—. Me parece que le cuesta seguir mi ritmo.

—Bueno, por ahora voy haciéndolo, y debo confesarle que sus actividades de hoy me han parecido muy interesantes —respondió depositando las cajas de precocinados en la cinta de la caja.

—¿No tiene una empresa que dirigir, señor Brooks? —inquirió ella exasperada.

—Sí, pero el ser el dueño me permite tomarme libres unas horas si lo necesito, y organizarme como mejor me convenga.., en este caso para acomodarme a su horario.

—Vaya, qué suerte —farfulló ella.

Wesley sonrió.

—Sí, sí que es una suerte.

Jasmine frunció el ceño. Era la primera vez que se encontraban desde que se marchara de Crofthaven tras el comunicado a los medios. Brad le había dicho que había averiguado que Martha Jones y Victoria Danforth habían desaparecido con dos años de diferencia, y aquel hecho le parecía de lo más sospechoso. Se preguntó si Wesley Brooks habría entrado en el supermercado para hacerle saber que había estado siguiéndola todo el día y, por tanto, que sabía que había estado en la hemeroteca, buscando información sobre ambas desapariciones.

Decidiendo que lo mejor era no darle más conversación, agarró su bolsa y salió del supermercado, para dirigirse al aparcamiento, donde se habían encendido las farolas porque ya había anochecido.

Cuando llegó a su coche vio, cómo no, el de Wesley Brooks aparcado al lado, y al rato apareció él.

Intentó ignorarlo, pero él la miró mientras abría el maletero de su vehículo para guardar lo que había comprado.

—¿Sabe? Me sorprendió en Crofthaven. No hizo tantas preguntas corno esperaba que haría tras el Comunicado —le dijo.

—Pues no se sorprenda tanto. No hice muchas preguntas para demostrarle que no soy una mujer insensible, y habrá otros días, confíe en mí.

Wesley le sostuvo la mirada.

—Pero es que ése es el problema, señorita Carmody, que no confío en usted —le respondió cerrando el maletero—, y dudo que pueda

llegar a hacerlo jamás.

Rodeó el coche y abrió la puerta del conductor.

—Le sugiero que se vaya a casa antes de que se le derrita el helado que ha comprado.

Sin darle tiempo a contestar, entró en su vehículo y lo puso en marcha, pero no lo movió hasta que ella se metió en el suyo y arrancó enfadada.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Wesley cuando detuvo el coche en la acera, delante de su casa, y se encontró con Imogene Danforth sentada en su deportivo, esperándolo. Lo sorprendió hallarla allí, y también le agradó, porque no habían tenido ocasión de cruzar más de dos palabras horas antes en Crofthaven.

Imogene, hermana de Jake e hija de Harold y Miranda Danforth, era una mujer muy ocupada, una adicta a su trabajo de inversionista. Alguna vez incluso la había visto almorzando mientras hacía negocios por teléfono.

Y otra cosa que la definía era su obsesión por los detalles y el aspecto exterior. Siempre iba perfectamente conjuntada, bien maquillada, con un peinado a la última... Todo aquello le parecía esencial para triunfar en el competitivo mundo de las finanzas.

Después de bajarse del coche Wesley observó cómo ella hacía otro tanto y se dirigía hacia él. Iba impecablemente vestida con un traje de chaqueta y falda azul oscuro, y llevaba un portafolios en una mano y una barra energética en la otra, que iba comiéndose mientras hablaba con alguien usando el dispositivo «manos libres» de su teléfono móvil.

Cuando llegó junto a él su conversación debía haber terminado ya, porque se sacó el auricular del oído y lo metió en el bolso mientras se metía en la boca el último trozo de la barra de cereales.

—Wes, gracias a Dios que has llegado —lo saludó con la boca llena —, ya creía que me moriría de hambre esperándote

Wesley enarcó una ceja.

—Debes estar realmente hambrienta para admitir que lo estás, Imogene —le dijo—. Creí que le habías prometido a tus padres que ibas a mejorar tus hábitos alimentarios.

La atractiva rubia de ojos verdes enarcó una ceja también.

—Empezaré a mejorarlos cuando lo hagas tú —contestó mirando la bolsa del supermercado que había sacado del maletero—. ¿Qué hay de cenar?

Wesley sacudió la cabeza sonriendo.

—Espaguetis de microondas.

—Lo imaginaba —dijo ella divertida.

Media hora más tarde, Imogene había dejado limpio el plato de

espaguetis que Wesley le había servido, y estaba bajándolos con un vaso de agua. Sonrió a Wes, a quien consideraba como uno de sus hermanos.

—Viendo lo mucho que te gusta esta marca de precocinados, a lo mejor deberías considerar la idea de invertir en la compañía.

Wesley sonrió, y se recostó en el asiento.

—Ya hemos tenido esta conversación, Imogene, y mi respuesta sigue siendo no.

Ella le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros.

—Bueno, pensé que podrías haber cambiado de opinión.

—Pues ya ves que no —contestó él riéndose_. Tendrás que darle la lata a otro cliente.

Imogene se rió, recostándose también en su silla.

—De acuerdo, me rindo —dijo—. Bueno, ¿y qué te cuentas, Wes... aparte de que sigues alimentándote a base de precocinados? Parece que mamá nos tiene a los dos en su lista de preocupaciones: esta mañana me llamó y me pidió que viniera a echarte un ojo para asegurarme de que estabas comiendo bien.

Wesley movió la cabeza de un lado a otro.

—Mmm... Tiene gracia, porque a mí también me pidió que te echara un ojo a ti.

Imogene se rió.

—Típico de ella —murmuró—. Oye, y cambiando de tema... ¡Vaya miradas que estuviste echándole a cierta periodista hoy mientras el tío Abe hacía el comunicado a los medios! ¿Hay algo que yo no sepa, Wes? —inquirió maliciosa.

Wesley enarcó una ceja. Le resultaba sorprendente que Imogene se hubiera percatado de ello cuando había estado la mayor parte del tiempo hablando por el móvil.

—¿No es la misma que lleva un tiempo intentando encontrar algo turbio en la familia? —inquirió ella al ver que no contestaba.

Wesley tomó un sorbo de su vaso de vino antes de responder.

—Sí, es la misma, pero no siento por ella la clase de interés que sugieres.

—¿Y entonces? —preguntó Imogene curiosa.

—Sólo estoy asegurándome de que deje en paz a la que considero mi familia.

Imogene le sonrió con cariño.

—Me encantaría conocer los detalles, pero por desgracia tengo que irme ya. Tengo una cita de negocios dentro de media hora —dijo mirando el reloj de pared de la cocina—. Me voy pitando. Gracias por la cena.

Wesley se puso de pie y abrió la boca para decirle que tenía que tomarse la vida con más calma, pero sabía que sería perder el tiempo.

—Vuelve cuando quieras.

La acompañó a la puerta y esperó a que se hubiera metido en el coche y se alejara calle abajo para volver dentro y cerrar la puerta.

Miró la hora y decidió ponerse con el trabajo que se había llevado a casa, pero una hora después apagaba su ordenador portátil, incapaz de concentrarse, y se levantó para estirar un poco las piernas.

Fue a la ventana, y observó la superficie del río, que tenía un brillo plateado por la luz de la luna. Horas antes tampoco había podido concentrarse en las palabras de Abraham porque Jasmine Carmody lo distraía todo el tiempo. Y si Imogene se había dado cuenta, seguramente el resto de la familia también.

No sabría cómo explicarlo, pero sus ojos se habían posado automáticamente sobre ella entre la multitud de periodistas fotógrafos y cámaras, y se habían quedado pegados como imanes a ella, a su cabello rizado, sus hermosos ojos, y las curvas de su figura.

Lo curioso era que aunque no le faltaban precisamente admiradoras, ninguna de ellas había logrado ocupar jamás sus pensamientos como lo hacía aquella periodista. Era irónico que no pudiese apartar de su mente a una mujer a la que depreciaba, y a la que él tampoco le caía muy simpático. Se giró cuando oyó el teléfono sonar, y fue a contestarlo

—¿Diga?

—Hola, Wes, soy Ian.

—¡Ian! —exclamó Wesley esbozando una sonrisa—. ¿Qué pasa, colega? Te advierto que si llamas para refregarme otra vez por las narices lo de la paliza que me diste la otra noche jugando al póquer no...

—No es eso. Está aquí —lo interrumpió Ian—, en la cafetería.

Wesley frunció el ceño, tomando asiento en el sillón.

—¿Quién?

—La mujer de la que nos hablaste anoche, a la que pillaste hurgando en tu basura... esa reportera, Jasmine Carmody.

Wesley resopló. Cuando habían salido del supermercado la había seguido hasta el bloque de apartamentos donde vivía, y había supuesto que no iba a volver a salir, pero era evidente que lo había engañado.

De hecho, una de las razones por las que no lograba concentrarse era que no podía dejar de fantasear, imaginándola ligera de ropa, tumbada en un sofá frente al televisor, tomando uno de esos helados que había comprado.

—Un momento —le dijo a Ian contrariado—, ¿cómo sabes que es

ella si no la has visto antes?

—Porque Jake estaba aquí cuando apareció y me la señaló. Y una de las camareras me ha dicho que ha estado haciéndole preguntas sobre papá.

«Diablos», pensó Wesley, frotándose el rostro.

—Voy para allá.

Capítulo Cuatro

Jasmine se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa mientras paseaba la mirada por la cafetería. Estaba empezando a aburrirse.

Ya llevaba allí casi una hora, y todavía no había logrado averiguar nada sobre Abraham Danforth que no supiera ya. La camarera que le había servido tampoco se había mostrado muy abierta, y cuando al fin había conseguido que hablara, había sido para alabarlo.

Al fondo del local, detrás de la barra, había un hombre observándola fijamente. Sabía quién era: Ian Danforth. El hijo mayor de Abraham Danforth, además de director general de Danforth and Co. Había oído que frecuentaba la cafetería ya que era copropietario junto con su hermano Adam y su primo Jacob, y también había oído que era un playboy, lo cual no le sorprendería lo más mínimo, por lo que había podido averiguar del atractivo hombre de cabello rizado y ojos castaños.

Licenciado por la Duke University, se había casado a los veintidós años porque la chica con la que salía se había quedado embarazada, pero a los POCOS meses ella había perdido el bebé, y pronto quedaba en evidencia que nunca le habían importado ni el bebé ni Ian, sino sólo el dinero. Obviamente aquella relación había terminado del único modo en que podía acabar: en divorcio.

En los años siguientes la hermana y los primos de Ian habían intentado volver a emparejarlo, pero, por lo que le habían dicho sus fuentes, Ian Danforth ya sólo salía con mujeres con las que no corría el peligro de volver a enamorarse.

En sus esfuerzos por conseguir una exclusiva, Jasmine había llegado incluso a intentar ponerse en contacto con su ex mujer, Lara, para ver si tenía algo «jugoso» que contar, pero le fue imposible. Parecía que se la hubiera tragado la tierra.

Jasmine decidió apartar a los Danforth de su mente y pensar en cosas más placenteras como los mensajes con elogios y felicitaciones de sus compañeros que había recibido en el móvil por un artículo que había entregado a su jefe la semana anterior y se había publicado ese día.

Se trataba de un artículo que incluía una entrevista con una maestra de escuela que había regresado recientemente de Irak, y que había compartido con ella su experiencia como profesora allí durante un año.

Era una lástima que ese tipo de historias no ayudaran a un periodista a avanzar en su carrera, se dijo. La mayoría de la gente prefería leer sobre el sórdido pasado de alguna persona conocida, o de

los escándalos que envolvían su presente.

En ese momento se oyó la puerta de la cafetería, y al alzar el rostro en esa dirección vio que quien entraba era Wesley Brooks. Sus miradas se encontraron, y Jasmine inspiró profundamente. Parecía muy, muy enfadado. Y, aunque aquel no era el pensamiento más apropiado en un momento como ése, Jasmine no pudo evitar admitir para sus adentros que nunca había conocido a un hombre que se pusiese tan guapo al enfadarse.

Mientras se dirigía hacia ella, zigzagueando entre las mesas, Jasmine se propuso no dejarse intimidar. Alzó la barbilla, tratando con toda su fuerza de voluntad de no quedarse embobada con la sensualidad felina de sus andares, y con cómo se le marcaban los músculos bajo la ropa, aunque al parecer no era la única, porque más de una fémina volvió la cabeza para mirarlo.

«Ten piedad de mí, Señor», rogó para sus adentros. Aquel hombre parecía encender un fuego en su interior, hacía brotar en ella los instintos que todo aquel tiempo había reprimido en aras de su profesión. Siempre se había considerado una buena chica, pero esa noche los pensamientos que estaban invadiendo su mente no eran precisamente cándidos, sino todo lo contrario.

Se aclaró la garganta cuando él estaba sólo a unos pasos, y trató de ignorar el modo en que estaba reaccionando su cuerpo. Cuando se detuvo frente a ella, se echó hacia atrás estudiando su rostro enfadado. Enfadado... pero no sorprendido, pensó suspicaz. De hecho, había entrado como si esperara encontrarla allí, y recordó que al entrar había paseado la vista por el local hasta que sus ojos se habían posado en ella. Alguien lo había avisado. Giró el rostro hacia Ian Danforth, que le Sonrió con sadismo.

Jasmine frunció el ceño, irritada. Aquél era un país libre; nadie podía impedirle estar sentada en aquella cafetería. Si Wesley Brooks creía que porque tenía en su poder su medallón iba a poder decirle lo que tenía que hacer en su tiempo libre, estaba muy equivocado.

Por eso, con la mayor calma posible, alzó el rostro hacia él, y lo miró tan fijamente como él la estaba mirando a ella.

—Wesley... —lo saludó con una sonrisa forzada. No más «señor Brooks» y no más llamarlo de usted, se dijo, ya estaba bien de condescendencias—. Tiene gracia, no esperaba verte aquí.

¿Gracia? Para él aquella situación no tenía ninguna, pensó Wesley sin apartar los ojos de ella. Cada vez que estaba cerca de aquella mujer sentía que sus hormonas se volvían locas, y empezaba a tener visiones de sus cuerpos desnudos, hechos una amalgama de miembros entre sábanas de seda.

Sin esperar una invitación que sabía que no recibiría, se sentó frente a ella.

—Qué estás haciendo aquí, Jasmine? —inquirió, siguiendo su ejemplo y tuteándola. Ella le sonrió otra vez con idéntico sarcasmo.

—¿Qué te parece a ti que estoy haciendo? Lo mismo que cualquiera: estoy aquí sentada, sin meterme en los asuntos de nadie, tomando una taza de café y un bollo suizo. ¿Es eso un crimen?

—No lo sería si de verdad no estuvieras metiéndote en los asuntos de los demás, pero según me han dicho has estado haciendo preguntas sobre Abraham Danforth.

Jasmine resopló. Obviamente la camarera se había chivado.

—Hacer preguntas es parte de mi trabajo.

—Pues déjalo por hoy, y tómate la noche libre.

Jasmine entornó los ojos.

—¿Y si no quiero?

El ceño fruncido de Wesley fue reemplazado por una sonrisa que se dibujó lentamente en sus labios sin llegar a iluminar sus ojos.

—En ese caso tendré que obligarte.

Se puso de pie, sacó un par de billetes del bolsillo de sus vaqueros, y los dejó sobre la mesa.

—Vamos.

Jasmine parpadeó atónita.

—¿Perdón?

Wesley apoyó las palmas en la mesa y se inclinó hacia ella.

—He dicho «vamos». Es hora de que te olvides un rato del trabajo y te diviertas un poco. Sé el sitio perfecto al que llevarte.

Jasmine lo miró recelosa. Aunque no tenía intención de ir con él a ninguna parte, sentía curiosidad.

—¿Adónde?

—A la feria que han montado en las afueras de la ciudad.

Jasmine cruzó los brazos sobre el pecho.

—Para qué?

Wesley enarcó una ceja

—¿Para qué, qué?

—Para qué quieres llevarme a la feria —repitió ella.

—Ya te lo he dicho —respondió él sonriendo—. Me da la impresión de que trabajas demasiado, y creo que te vendría bien divertirte un poco. A mí me parece que no tienes ninguna razón para no Venir, a menos que...

Entonces fue ella quien enarcó una ceja.

—¿A menos qué, qué?

—A menos que temas estar a solas conmigo y no poder resistirte a

mis encantos.

Jasmine frunció el ceño. Lo cierto era que muy segura no estaba, pero hacía tiempo que había aprendido a no revelar a nadie sus debilidades.

—¿Te crees James Bond o algo así? —lo picó—. No me da ningún miedo quedarme a solas contigo —mintió mirándolo a los ojos.

La sonrisa de los labios de Wesley se hizo más amplia. Se inclinó un poco más y susurró:

—¿No, eh? Pues demuéstralo.

Jasmine parpadeó. Resultaba evidente que estaba acostumbrado a que las mujeres intentasen seducirlo. Para él aquello no era más que un juego, un juego cuyas reglas conocía al dedillo y al que había jugado mucho.

Jasmine suspiró, incapaz de pensar con claridad con esos increíbles ojos castaños frente a sí, y se preguntó si al día siguiente se arrepentiría de su decisión.

—Muy bien —dijo levantándose—, sólo por esta noche declararemos una tregua y nos divertiremos, pero mañana las cosas volverán a estar como estaban.

Wesley se rió, y momentos después salían de la cafetería.

—Iremos en mi coche y te traeré de vuelta después para recoger el tuyo —le dijo señalándole el lugar donde había aparcado su vehículo.

Cuando llegaron junto a él, Wesley le sostuvo la puerta caballerosamente, y Jasmine se deslizó dentro del coche, tirándose de la falda hacia abajo al ver los ojos de él fijos en sus muslos.

—Gracias, y ya puedes cerrar —le dijo cuando vio que no se movía.

—¿Eh? Oh, sí, perdona —balbució él, mirándola a los ojos una vez más antes de cerrar la puerta.

Subió la capota y rodeó el coche para sentarse al volante.

—Bueno —le dijo cuando se pusieron en marcha—, ¿y cuánto hace que vives en Savannah?

—Ocho años, desde que empecé la universidad. De hecho, vine aquí para estudiar en la Universidad Estatal de Savannah, y mi padre aceptó un traslado al hospital de la ciudad para poder estar cerca de mí.

—Tu padre no será por un casual el doctor James Carmody, el jefe de la sección de traumatología? —inquirió Wesley.

Desde que Bruce le dijera el nombre dejas- mine se había preguntado si habría algún parentesco entre ellos.

—Pues sí, sí que lo es —contestó ella sorprendida—. ¿Lo conoces?

—Hemos coincidido en varios acontecimientos sociales y fiestas benéficas —respondió él mirándola brevemente—. Y también conozco a tu madre y a tus hermanas. Hasta ahora creía que el doctor Carmody

sólo tenía dos hijas.

Jasmine volvió la cabeza hacia él, recordando la conversación que había tenido con su madrastra, Evelyn, al llegar a casa.

—Conoces a mi madrastra y a mis hermanastras —lo corrigió—. Soy hija única, y para mi padre mis hermanastras son hijastras, ya que nunca ha llegado a adoptarlas legalmente. Claro que eso a ellas les importa poco: usan su apellido siempre que les conviene...

Wesley recordó entonces la fotografía del medallón y cayó en la cuenta de que efectivamente no se parecía en nada a la que el doctor Carmody le había presentado como su esposa.

—Dices que sólo llevas ocho años aquí —dijo—. ¿Dónde vivías antes?

—Nací en Louisiana —contestó ella—, y viví allí hasta los nueve años, cuando murió mi madre. A mi padre le resultaba demasiado duro seguir viviendo en aquella vieja casa llena de recuerdos de ella, así que cuando le ofrecieron un puesto en un hospital de Los Ángeles nos trasladamos allí. Y allí fue donde conoció a mi madrastra. Se casaron poco después -de que yo cumpliera los dieciséis años.

Probablemente habría sido de esperar que le preguntara entonces a él por su vida, pero Jasmine ya sabía todo lo que había que saber, y no creía que le agradara recordar un pasado que no había sido muy feliz para él.

Se quedaron callados los dos, y Jasmine aprovechó aquel silencio para admirar la noche por la ventanilla. Las estrellas y una luna llena brillaban en el cielo y, como estaban cerca de la costa, el olor del océano se colaba por la ventanilla bajada, junto con el aroma de las flores silvestres. Le encantaban las flores, y la primavera era sin duda alguna su estación preferida.

Era una noche preciosa, y parte de ella se alegró de haber aceptado la invitación de Wesley, a pesar de los motivos de él para sacarla de la cafetería.

—Parece que la feria no está demasiado abarrotada —comentó él, sacándola de sus pensamientos cuando ya llegaban.

En cuanto detuvo el coche en el aparcamiento, la brisa trajo un olor a perritos calientes, algodón dulce, y palomitas.

—Probablemente porque mañana los niños tienen clase —dijo ella —. Supongo que es en fin de semana cuando viene más gente.

—Bueno, eso está bien porque así apenas tendremos que hacer colas en las atracciones —dijo Wesley con una sonrisa, sacando la llave del contacto—. Venga, vamos a divertirnos.

Tres horas después, cuando regresaban al coche de Wesley, Jasmine estaba sencillamente exhausta. Nunca había pensado que divertirse

pudiera agotar a una persona de esa manera.

—Seguro que no pasará nada si dejo el coche aparcado frente a la cafetería toda la noche? —le preguntó a Wesley—. Odiaría llegar por la mañana y encontrarme con que se lo ha llevado la grúa.

—Seguro. La cafetería no cierra en toda la noche.

Cuando estuvieron sentados dentro del coche y Wesley arrancó el motor Jasmine decidió aprovechar el trayecto para relajarse, apoyando la cabeza en el respaldo. No creía que pudiera conducir con lo cansada que estaba, así que había aceptado su ofrecimiento de llevarla a casa.

—Gracias por traerme aquí esta noche —le dijo a Wesley—. Lo he pasado muy bien, y lo de la montaña rusa ha sido genial. Verdaderamente necesitaba gritar.

Wesley enarcó una ceja.

—¿Necesitabas gritar?

Una sonrisa afloró a los labios de ella, que giró la cabeza hacia él.

—Sí, mi madrastra me puso de los nervios esta tarde. Cuando volví a casa me llamó por teléfono, y desde entonces tenía ganas de desahogarme —dijo antes de volver a girar la cabeza hacia el frente y cerrar los ojos.

De pronto el cuerpo de Wesley se puso tenso al imaginar otro método mucho más placentero de hacerla gritar. Durante las tres horas que habían pasado en la feria no había podido quitarle los ojos de encima, y en ese momento se sentía aún más consciente de su presencia. Hasta el suave ruido de su respiración, y el perfil de su cabeza echada hacia atrás con los ojos cerrados lo excitaban. Apretó el volante entre sus manos al recordar cómo prácticamente se había echado en sus brazos en la atracción de «El pasaje del terror».

—¿Tienes el día muy ocupado mañana? —le preguntó.

Jasmine abrió los ojos y volvió el rostro hacia él.

—No tengo que ir a la oficina, pero tengo unos cuantos recados que hacer, así que te agradecería que por un día dejases de ser mi sombra.

Wesley se rió suavemente y volvió la vista al frente. De repente, sin embargo, no podía imaginar todo un día sin verla.

—Lo pensaré —respondió—, pero necesitarás que te lleve a la cafetería a por tu coche.

—No hará falta. Le pediré a Ronnie que me lleve un momento.

Wesley le lanzó una mirada de reojo.

—¿Ronnie?

—Verónica Strongman, una compañera además de buena amiga.

Wesley, que no se había percatado de que había estado conteniendo el aliento, respiró aliviado. Por un momento había pensado que pudiera tratarse de un hombre, y aunque lo que había experimentado no podía

describirse más que como celos, jamás lo admitiría. Pero, ¿habría algún hombre en su vida? Era algo que se había preguntado desde el día en que se habían conocido.

—¿Y tu novio?, ¿no puede llevarte él?

Jasmine se rió como si le hubiera hecho gracia la pregunta.

—No, más que nada porque no tengo novio. No creo en las relaciones de pareja.

Había dicho esas últimas palabras con tanta convicción, que Wesley no pudo reprimir la curiosidad:

—¿Por qué no?

—Bueno, no es que no crea, es más bien que hace tiempo renuncié a tener novio para mantener la paz en mi familia. Mis hermanastras tienen una cierta tendencia a querer todo lo que es mío, incluso el único novio que he tenido hasta la fecha.

Wesley se alegró de que hubieran llegado a un semáforo, ya que así pudo girarse en el asiento y mirarla.

—Una de tus hermanas... ¿te quitó a tu novio?

Aun cansada como estaba, Jasmine no pudo evitar sonreír ante la expresión de incredulidad y espanto en el rostro de Wesley.

—Sí, y no fue sólo esa vez. También me quitaron a chicos con los que sólo había salido una o dos veces. Aunque ahora, echando la vista atrás, en el fondo pienso que me hicieron un favor en el caso de mi novio, Paul Sanders, con el que iba a casarme. Aquello me abrió los ojos y me hizo ver que él no merecía la pena.

Wesley sacudió la cabeza con incredulidad, y volvió a poner el coche en marcha cuando se abrió el semáforo.

—Pero, ¿cómo pudieron hacerte algo así? ¿Por qué?

—Porque no creían que yo mereciera nada, ni siquiera un poco de cariño y felicidad.

Se preguntó por qué estaría hablando de aquello con él. Debía estar más cansada de lo que creía para estar hablando con un hombre al que apenas conocía de algo que le había causado tanto dolor dos años atrás.

—¿Y cómo es que no le dijiste nada a tu madrastra para que...?

Jasmine lo interrumpió con una amarga carcajada.

—Porque ella fue quien lo orquestó todo —respondió—. Mi novio era abogado, y habíamos fijado una fecha para casarnos. A mi madrastra le había fastidiado desde el principio que Paul hubiese mostrado interés por mí y no por sus queridas hijas. Un día salí de la ciudad y ella lo organizó todo para que a mi regreso los encontrase a él y a su hija Alyssa en una situación más que comprometida. Por supuesto nada de eso hubiera ocurrido si Paul no se hubiese dejado manejar y si me hubiese querido de verdad, así que rompí nuestro

compromiso. Ese mismo día me fui de casa y no he vuelto a poner los pies en ella más que en las visitas de los domingos.

Wesley se quedó callado un momento.

—¿Y tu hermanastra y ese Paul siguen juntos?

—No, aquello fue hace dos años. Alyssa decidió que necesitaba a alguien como más dinero que un simple abogado, y desde entonces apunta más alto.

Minutos después Wesley detenía el vehículo frente al bloque de apartamentos donde vivía Jasmine.

—¿Seguro que no quieres que me acerque mañana por la mañana para que te lleve a recoger tu coche? —insistió una vez más.

—Sí, estoy segura —respondió ella.

Se dijo que lo mejor seria que saliera del Corvette, ahora que se le había pasado un poco el cansancio y volvía a estar alerta. Sin embargo, por alguna razón no podía moverse, y durante un instante que pareció eterno se quedaron mirándose a los ojos.

—Gracias otra vez por lo de esta noche —le dijo quedamente—. Estoy tan cansada que cuando me acueste seguro que duermo como un bebé.

Wesley se dijo que él, en cambio, no lograría pegar ojo en toda la noche pensando en ella.

—De nada —respondió—. Yo también lo he pasado muy bien.

Pero él tampoco se movió, sino que se quedó embelesado admirando la espesa mata de cabello rizado de Jasmine, sus ojos negros y sus gruesos labios.

Dios, aquello no era un sueño, era real, pensó, estaban los dos sentados a escasos centímetros el uno del otro y…

«¡Oh, qué diablos!», se dijo, sintiendo que lo inundaba una ola de deseo. Se inclinó hacia delante e hizo algo que en ese momento necesitaba tanto como el respirar: tomar posesión de sus labios.

En el momento en que su boca entró en contacto con la de ella, lo envolvió una ráfaga de calor húmedo, y en un instante el beso se hizo más profundo, sin la menor vacilación por parte de ninguno de los dos, como si aquello hubiera estado sencillamente predestinado.

Pronto pareció que sus venas se hubieran convertido en ríos de ardiente lava, y le dio la impresión de que jamás quedaría saciado de la dulzura y la suavidad de esos labios, de los que escapaban gemidos ahogados indicándole que a ella le estaba ocurriendo lo mismo.

Jasmine le rodeó el cuello con los brazos entregándose sin reservas al beso y momentos después, cuando se separaron, la escuchó exhalar un suspiro de decepción que pareció la réplica al gruñido de frustración que había escapado de su garganta.

Wesley se recostó en el asiento, sintiéndose como si los huesos se le hubiesen reblandecido y con la cabeza algo mareada. Quizá a la mañana siguiente cambiaría de opinión y se arrepentiría de haberla besado, pero en ese instante sentía un deseo abrasador por ella.

La miró y vio que tenía los ojos cerrados mientras intentaba recobrar el aliento. Los abrió lentamente, lo miró también, y murmuró:

—Esto no debería haber pasado, Wesley.

De algún modo él halló las fuerzas necesarias para encogerse de hombros.

—Pero ha pasado.

—Pues no podemos dejar que vuelva a pasar.

—¿De verdad es eso lo que quieres? —inquirió él, preguntándose si podrían siquiera impedir que volviera a suceder.

Jasmine sacudió la cabeza.

—No sé qué es lo que quiero, Wesley, porque en este momento soy incapaz de analizar lo que siento, pero esto no nos lleva a ninguna parte. Tú me consideras tu enemiga, y yo no voy a dejar de buscar información sobre Abraham Danforth sólo porque esta noche me hayas llevado a la feria y ahora me hayas besado.

Wesley se quedó mirándola. Probablemente debería devolverle el medallón en ese momento y que no volvieran a verse, porque aunque ella no pudiera analizar sus sentimientos en ese momento, él no necesitaba hacerlo. Estaba empezando a sentirse peligrosamente atraído hacia ella, y no le gustaba la idea de perder el control.

Lo de esa noche no había tenido nada que ver con Abraham Danforth, estuvo a punto de replicarle. Frunció el ceño, irritado consigo mismo. Diablos, Abraham era el motivo por el que se la había llevado de la cafetería, para evitar que pudiera seguir haciendo más preguntas, no pasarlo bien y acabar besándola.

—¿Significa eso que no vas a darte por vencida? —inquirió, sabiendo de antemano cuál sería su respuesta.

—No.

—Entonces continuaré siendo tu sombra, pero mañana te daré un respiro de todas maneras, porque tengo que hacer un viaje a Brunswick —le dijo. Se quedó callado un instante y dejó escapar un Suspiro—. Y hay algo que quiero que te quede claro, Jasmine. Aunque en un principio te saqué de la cafetería para que no siguieras haciendo preguntas sobre Abraham Danforth, para mí esta noche ha acabado siendo algo personal, y si te he besado no ha sido para seducirte y hacer que te olvides de los Danforth ni nada parecido. Y si queremos que esto vuelva a suceder o no es cosa nuestra, tampoco tiene nada que ver con los Danforth.

—No volverá a ocurrir, Wesley. No podemos ser a la vez amigos y enemigos.

Y, sin esperar una respuesta, abrió la puerta del coche y se bajó, alejándose hacia el bloque de apartamentos y dejando a Wesley pensando en sus palabras.

Capítulo Cinco

«Esto no debería estar ocurriendo», se repitió Jasmine por enésima vez ese día cuando empezó a pensar otra vez en Wesley. La noche anterior se había ido a la cama con pensamientos de él en su mente, había soñado con él, y desde que se despertara aquella mañana no hacía más que acordarse de él a cada hora.

Había hecho ya la mayor parte de las cosas que tenía que hacer: comprar fruta y verdura en el supermercado, pagar las facturas por Internet, y había hablado con su jefe por teléfono sobre los artículos que le había encargado para el resto de la semana, pero no podía sacarse de la cabeza las tres horas que Wesley y ella habían pasado juntos en la feria la noche anterior, y mucho menos el beso que habían compartido cuando él la había llevado a casa.

¡Y vaya beso! La había hecho arder por dentro de tal modo, que cuando se había metido bajo las frías sábanas, su temperatura corporal las había calentado enseguida.

Exhaló un profundo suspiro, sabiendo que tenía que ser realista. Sin embargo, sentía que necesitaba desesperadamente dejar de serlo aunque sólo fuera por un día. Quería olvidar que Wesley y ella eran enemigos, por una vez en su vida quería mandar la sensatez al diablo y dejarse llevar.

Con otro suspiro miró su reloj de pulsera. «Basta de soñar despierta, Jasmine», se reprendió. Había quedado dentro de una hora para cenar con una amiga del instituto que estaba de paso por la ciudad y tenía que empezar a prepararse.

Sólo podía cruzar los dedos y esperar que, para cuando volviese a casa, Wesley hubiese desaparecido de su mente, lo cual no le parecía muy probable.

—Bueno, Wes, ¿vas a contarme lo que te pasa, o no?

En los ojos castaños de Jake Danforth había curiosidad y preocupación a partes iguales. Al fin y al cabo lo conocía mejor que nadie, y aunque sólo estuviese un poco en baja forma, se daba cuenta con sólo mirarlo.

—¿Por qué lo preguntas? —respondió Wesley, recostándose contra el respaldo del sofá y alzando la vista hacia su amigo.

A su regreso de Brunswick había ido a casa de Jake y Larissa, que lo habían invitado a cenar, y en ese momento estaban charlando en el salón después de comer, mientras ella acostaba al pequeño Peter.

—Bueno, has estado toda la cena bastante callado, y esta mañana hablé con Ian y me dijo que ayer sacaste a esa jasmine Carmody de la cafetería.

Wesley asintió con la cabeza.

—Había estado haciendo preguntas sobre Abraham a una de las camareras, y me pareció que alguien tenía que pararle los pies. Tu tío es un buen hombre, Jake, y no comprendo por qué se empeña en intentar encontrar a toda costa algo turbio que pueda manchar su reputación.

—¿Sabes, Wes? A mí tampoco me hace gracia que los periodistas hurguen en nuestras vidas personales, pero creo que el tío Abe sabía a lo que se exponía cuando anunció su candidatura al senado.

Wesley sabía que tenía razón, pero eso no significaba que estuviera bien que Jasmine y la gente de su profesión recurriesen sin ningún escrúpulo al «todo vale» con tal de conseguir un titular, aun a costa de personas honradas.

Exasperado, miró su reloj de pulsera. Llevaba más tiempo en casa de Jake y Larissa del que había planeado. Una parte de él se preguntó que estaría haciendo Jasmine en ese momento. ¿Estaría levantada todavía, o se habría ido ya a la cama? Aunque no lo admitiría, lo cierto era que había echado de menos ser su sombra ese día, y estaba deseando que llegase la mañana siguiente para volver a serlo.

—Creo que me marcho ya, Jake. No te olvides de la partida de póquer de la semana que viene… si es que puedes separarte de Larissa y Peter unas horas —añadió con una sonrisa.

Jake se había convertido en un hombre muy familiar, y era obvio que adoraba a su esposa y su hijo.

Jake se rió.

—Bueno, supongo que por una noche podré hacer una excepción —respondió.

De camino a casa, Wesley seguía sin poder dejar de pensar en Jasmine. Había algo en ella que hacía que su solo recuerdo fuese capaz de controlar todos sus sentidos. Incluso en ese momento, conduciendo, no pudo evitar empezar a fantasear con ella. Se la imaginó acurrucada en su cama, vestida con un camisón endiabladamente sexy, y aquello bastó para ponerlo a cien.

Maldijo entre dientes, preguntándose por qué lo consumía aquella necesidad de verla, de escuchar su voz. Dejó escapar un pesado suspiro, tomó su teléfono móvil al pararse en un semáforo, y marcó su número, activando el «manos libres» e intentando convencerse de que lo hacía sólo para asegurarse de que había estado haciendo recados como le había dicho y no metiéndose donde no la llamaban.

Se quedó esperando un tono, dos, tres, cuatro... y ya iba a apretar el botón de apagado cuando escuchó que al otro lado de la línea se descolgaba el teléfono.

—¿Diga? —contestó la voz de Jasmine, como si le faltara el aliento.

Wesley sintió que su cuerpo se relajaba.

—Jasmine, ¿dónde estabas? —le preguntó sin poder reprimir un cierto deje de impaciencia en su voz.

—¿Y a ti qué te importa? —fue la impertinente respuesta de ella.

Wesley sonrió. Según parecía no había perdido esa dulzura y delicadeza que la caracterizaba.

—Sólo quería cerciorarme de que no te has metido en problemas mientras estaba fuera.

La escuchó emitir un gruñido muy poco femenino.

—Si te refieres a si he intentado averiguar algo sobre Abraham Danforth, la respuesta es no, pero te diré que mañana mismo tengo pensado hacerle una visita a primera hora de la mañana. Corren rumores de que alguien intentó sabotear su ordenador, aunque creo que eso tú ya lo sabes.

Wesley frunció el ceño, preguntándose cómo se habría enterado de aquello.

—Sólo le había entrado un virus —mintió—. Le pasa a todo el mundo. Además, de eso hace semanas.

—Lo sé, pero se dice que parece que alguien tiene algo contra él, y pienso averiguar quién es.

Omitió decirle que Manny, su jefe, le había comentado que una persona anónima había llamado al periódico diciendo que muy pronto se desvelaría el verdadero carácter de Abraham Danforth. Y por supuesto Manny quería que fueran ellos quienes se llevaran la exclusiva, se tratase de lo que se tratase.

—Pues yo te aconsejo que lo dejes correr —le dijo Wesley.

Jasmine advirtió la ira en su voz, pero decidió ignorarla.

—Mira, Wesley, me han encomendado este trabajo, me pagan por ello y voy a hacerlo, y ahora si no te importa voy a acabar esta conversación, porque se me está mojando el suelo.

Sus últimas palabras hicieron que a Wesley se le olvidara por un momento que estaba enfadado con ella.

—¿Se está mojando? — repitió él frunciendo el ceño—. ¿Por qué?

Jasmine resopló, apartándose el cabello del rostro.

—Porque cuando has llamado estaba en la ducha, y creyendo que pudiera ser una llamada importante he salido corriendo y ni siquiera me ha dado tiempo a liarme en una toalla —farfulló.

Wesley sintió que la entrepierna se le ponía tirante de sólo pensar en Jasmine de pie con el teléfono en la mano y sin nada de ropa. Levantó una mano del volante para aflojarse el nudo de la corbata, y se removió en el asiento, preguntándose si no sería que Jasmine

disfrutaba haciendo que sus hormonas se dispararan. Fuera como fuese estaba claro que para tratar con Jasmine Carmody necesitaría mantenerse distante, por mucho que le costara.

—En ese caso te dejo.

—Te lo agradezco —contestó Jasmine.

Y sin esperar a que él se despidiera colgó el teléfono.

El día siguiente, mientras observaba de pie, a unos metros de ella, a Jasmine, Wesley no acababa de explicarse cómo podía ser que siempre que le parecía estar recuperando su actitud serena y racional, al instante siguiente se sintiese más confuso que nunca, igual que en ese momento.

Jasmine estaba en uno de los escalones de la entrada del juzgado, entrevistando a un miembro del partido republicano que acababa de anunciar que iba a presentarse a las elecciones a la alcaldía. En torno a él había un grupo de cámaras, fotógrafos, y periodistas, entre los que se encontraba ella, pero Wesley no estaba prestando atención a las preguntas que le estaba haciendo o a las respuestas que estaba recibiendo.

No, estaba demasiado absorto escrutando sus hermosas facciones. La expresión en su rostro era seria e intensa, y Wesley se maravilló de lo sexy que podía resultar aun vestida con una sencilla blusa beige y una recatada falda gris oscura a la altura de las rodillas.

Sólo cuando el grupo en torno al candidato empezó a dispersarse se percató Wesley de que la entrevista había terminado. Jasmine se giró, sus ojos se encontraron, y se quedó allí parada, con una expresión entre agitada y recelosa en su mirada.

Parecía que habían vuelto a la casilla de salida. O quizá no, pensó. Después de todo, había habido un beso entre ellos, un beso que él al menos no había podido olvidar. Y a juzgar por cómo lo estaba mirando en ese momento, estaba seguro de que ella tampoco.

Jasmine le había dicho que pensaba entrevistar a Abraham esa mañana, y había pensado ahorrarle el desplazamiento hasta Crofthaven, avisándola de que había salido a primera hora de la ciudad por un asunto de negocios, pero finalmente había decidido no hacerlo. De todos modos seguramente no lo creería.

Sus ojos la siguieron mientras bajaba las escaleras, y se dirigió hacia ella, encontrándose los dos a medio camino.

—¿No te cansas de seguirme? —inquirió Jasmine.

Wesley advirtió una nota de fastidio en su voz.

—Ayer te di un respiro.

—Escucha, Wesley. ¿No te parece que deberíamos solucionar esto de otra manera? Me siento como si estuvieran espiándome.

—Bien, ahora ya sabes cómo se siente Abraham Danforth algunas veces —murmuró él sonriendo.

—El se presenta a un cargo público; yo no —replico ella entornando los ojos

—¿Y esa te parece una buena razón para fisgar en su vida privada? Todavía no te he visto haciendo lo mismo con su oponente, John van Gelder.

Jasmine resopló.

—Mira, Wesley, ya te he dicho que no lo hago porque me divierta. Me han asignado cubrir la candidatura de Abraham Danforth, no la de Van Gelder. Y ahora, si me disculpas, tengo que darme prisa o no llegaré para hacer la siguiente entrevista.

Cuando se alejaba, Wesley no pudo evitar fijarse en cómo se estiraba la tela de su falda al andar, marcando la suave redondez de sus nalgas. Y de pronto se encontró fantaseando otra vez con ella, como le había ocurrido la noche anterior, al llegar a casa. No había dejado de imaginarla desnuda, hablando por teléfono con él, y el intentar sacar fuera algo de trabajo atrasado había resultado completamente infructuoso, así que él mismo había terminado yendo a darse una ducha antes de acostarse, una ducha bien fría.

Y aun así le había costado conciliar el sueño, porque no había podido dejar de pensar en ella. ¿Quién hubiera dicho que un beso y una fantasía sexual podían ponerlo en ese estado?

Jasmine cerró su teléfono móvil y volvió a guardarlo en su bolso. Había acabado con la última entrevista del día, y se dirigía ya a casa. Aquella mañana se había levantado con esperanzas de entrevistar a Abraham Danforth como le había dicho a Wesley el día anterior, pero su secretaría le había dicho que había salido de la ciudad por un asunto urgente de negocios en Atlanta que reclamaba su atención. Jasmine se preguntó por qué no habría enviado en su lugar a su hijo Ian, que era quien lo había reemplazado al frente de la compañía desde que anunciara su salto al ruedo político.

Estaba a punto de salir de la carretera interestatal cuando un rápido vistazo al retrovisor le mostró el coche de Wesley detrás del suyo.

Suspiró irritada. Estaba empezando a hartarla. Miró su reloj de pulsera y vio que todavía era temprano. Bien, ya que pretendía seguirla hasta que se fuese a casa, se divertiría un poco. El día anterior no había podido hacer todos los recados que tenía previstos, así que decidió que aquel momento era tan bueno como cualquier otro. Esperaba que Wesley pudiera seguir su ritmo, pensó con una sonrisa malévola.

Primero se pararía en una estación de servicio para limpiar el coche, después iría a la carnicería, de allí a la floristería, luego a la

ferretería a por unas bombillas…

Si Wesley Brooks no tenía nada mejor que hacer con su tiempo que seguirla, no era problema suyo.

¿A qué diablos estaba jugando aquella mujer?, se preguntó Wesley. Le había dicho que el día anterior tenía que hacer unos cuantos recados, pero ya había hecho tres paradas en distintos sitios, aparcando el coche y entrando en varias tiendas de las que salía con una bolsita ridícula en la mano.

Su estómago rugió, recordándole que a esa hora normalmente ya habría cenado hacía rato, y sin embargo allí estaba, sentado en su coche, en el aparcamiento de un centro comercial esperando a que Jasmine saliese. Momentos después apareció finalmente, con una bolsa en la mano, pero no fue eso lo que captó su atención, sino otra vez el modo en que la falda se le estiraba sobre el trasero al andar, y el contoneo de sus caderas. Diablos, la falta de sexo estaba empezando a hacer mella en él.

Cerró los ojos y trató de recordarse por qué estaba siguiendo a Jasmine Carmody. No debía verla como una mujer, sino como Jasmine la reportera, Jasmine la piraña periodística que no se detendría ante nada con tal de encontrar algo con lo que poder destruir la reputación de aquellos a los que quería. Y sin embargo…, también era Jasmine, la mujer a la que había estado besando hasta quedar sin aliento un par de noches atrás, le recordó una vocecilla insolente en su cerebro.

Cuando abrió los ojos Jasmine ya se había metido en su vehículo y estaba saliendo del aparcamiento. Wesley rogó en silencio por que se dirigiera ya a casa, pero cuando giró en la dirección contraria supo que el suplicio todavía no había acabado.

No sería hasta cuarenta minutos después cuando Jasmine se dirigiera finalmente a casa, y a Wesley le había llevado varias horas figurarse lo que había estado haciendo con él.

Frunció el ceño. Si creía que iba a reírse de él, estaba muy equivocada. Al menos le había demostrado que no cejaría hasta que admitiese que lo que le estaba haciendo a los Danforth no estaba bien y depusiera su actitud.

Una hora más tarde Wesley estaba por fin en su casa. Se dio una buena ducha, cenó, y estaba a punto de tumbarse en el sofá a ver la televisión cuando sonó el timbre de la puerta. Otra vez había vuelto a dejarse la verja abierta, recordó, y se preguntó quién sería a esas horas.

Fue a abrir y, para su sorpresa, se encontró con Abraham Danforth de pie en el porche.

—Abraham, ¿qué hay? —lo saludó—. Pasa, por favor.

Siempre había sentido una profunda admiración y respeto por aquel

hombre, y sabía que sus aspiraciones políticas no se basaban en ambiciones personales, sino que tenía un deseo sincero de ayudar a la gente y mejorar la situación del estado de Georgia.

Quería muchísimo a sus cinco hijos, pero cuando su esposa falleció en un accidente de coche se había sentido incapaz de darles las atenciones que necesitaban y, según le había contado Ian, los había mandado a internados privados. Wesley sabía que Ian todavía le guardaba mucho rencor a su padre por ello, y por haber pasado gran parte de su vida intentando impresionarlo y acabando siempre con la impresión de que nada de lo que hiciera sería jamás suficiente.

—Hola, Wes, espero no molestarte —contestó Abraham entrando—. Sé que no es hora de visita.

—Tranquilo —replicó Wesley, haciéndole un gesto con la palma de la mano para que pasara al salón—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

Abraham negó con la cabeza y se sentó en el sofá.

—No, gracias. Creo que le habías dejado a mi secretaria un mensaje porque querías hablar conmigo.

Wesley se sentó a su lado.

—Sí, bueno, en realidad no era nada urgente. Me preguntaba si habías vuelto a recibir más de esas amenazas por correo electrónico.

Un mes atrás Abraham había recibido tres mensajes que contenían crípticas amenazas firmadas por una tal «Lady Savannah».

El primero decía «estoy vigilándote», el segundo «sigo vigilándote>, y el tercero «espera lo inesperado, esto aún no ha terminado». Ese último llevaba un archivo adjunto que contenía un virus que había reventado el sistema operativo del ordenador de Abraham. No sabían quién podía estar detrás de esas amenazas, ni por qué Abraham estaba siendo amenazado. Los únicos que sabían lo de aquellos mensajes eran los miembros de la familia, y así querían que siguiese siendo. Lo último que querían era que se filtrara a los medios de comunicación.

A Wesley no le costaba imaginar lo que Jasmine, sin ir más lejos, haría con esa información. Esperaba que Michael Whittaker, el especialista en seguridad que Abraham había contratado averiguara algo antes de que ella u otro periodista se enterase de aquello.

—No —respondió Abraham—, no desde aquel último que me estropeó el ordenador. Fue muy amable por tu parte encargarte personalmente de arreglarlo.

—Bah, no tiene importancia —replicó Wesley modestamente.

Abraham estudió su rostro unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Es eso lo único de lo que querías que habláramos, Wes? Por alguna razón tengo la impresión de que hay algo más.

Wesley sonrió. Igual que le ocurría a su hermano Harold, parecía que fuera un libro abierto para Abraham.

—Sí, hay algo más... una mujer llamada Jasmine Carmody. Estoy seguro de que sabes a quién me refiero.

Abraham se rió entre dientes y asintió con la cabeza.

—Ah, sí, la señorita Carmody. Esa reportera tan dedicada que tiene cierta tendencia a ser algo... persistente. Bueno, no digo que no me parezca que a veces se excede, pero supongo que sólo está haciendo su trabajo.

Conociéndolo, Wesley sabía que Abraham sólo estaba siendo diplomático.

—Hoy me dijo que había oído que tu ordenador había sido saboteado, y quería preguntarte sobre ello. Sólo quería ponerte sobre aviso, y también que la semana pasada la sorprendí hurgando en mi basura, probablemente porque esperaba encontrar allí algo que yo hubiera tirado tras reparar tu ordenador. Pero no tienes que preocuparte. Al ver que es tan obstinada he decidido mantenerla vigilada personalmente y darle un poco de su propia medicina.

Abraham se encogió de hombros.

—Aunque tengo tanto interés como todo el mundo por saber cómo murió Martha, no tengo nada que ocultar, Wes, así que por mí que hurgue en mi vida todo lo que quiera —dijo. Se quedó mirando a Wesley de nuevo, estudiando sus facciones en silencio—. Pero he decirte que estoy algo preocupado por ti.

Wesley enarcó una ceja.

—¿Por mí? ¿Por qué?

Abraham escrutó de nuevo el rostro de Wesley antes de contestarle.

—Porque sé el rencor que guardas a aquella estudiante de periodismo por lo que te hizo en la universidad, y no creo que debas, dejar que eso te haga tener prejuicios hacia otras mujeres. Sé que aquello fue muy duro para ti, y sé que no es fácil volver a confiar cuando te han traicionado, pero... —se quedó en silencio un instante, y luego añadió—: A menudo me preocupo por Ian y por ti. Los dos habéis sido heridos por una mujer, y no quiero que eso os impida poder encontrar un día el amor y la felicidad.

Una hora después Abraham se marchaba, y Wesley se quedó pensando en lo que le había dicho. No podía hablar por Tan, pero por lo que a él se refería, no era tanto que no creyera que el amor verdadero no existía, ya que de hecho tenía a Reid y Larissa como prueba de lo contrario, sino que no pensaba que él estuviera predestinado para ello. Estaba muy bien como estaba, soltero, y así tenía intención de seguir.

Capítulo Seis

Con los brazos en jarras, Jasmine resopló sin poder dar crédito a su mala suerte: una rueda pinchada. Estupendo. Trató de recordar lo que había aprendido en el cursillo de la autoescuela sobre cómo cambiar una rueda, pero de eso hacía demasiado tiempo. Intentó entonces llamar al servicio de asistencia en carretera que tenía contratado con el seguro, pero tenía el móvil sin batería. Genial, sencillamente genial, pensó con fastidio.

Acababa de estar en una rueda de prensa en Crofthaven. El informe del forense había determinado que la causa de la muerte de Martha Jones, cuyo cuerpo se había encontrado en el ático la semana anterior, había sido un ataque al corazón. Según parecía padecía una enfermedad cardíaca congénita, y se había escapado de casa varias veces por lo que, cuando desapareció, tanto los Danforth como sus padres pensaron que había vuelto a escaparse. De hecho, había tenido una acalorada discusión con su sobreprotectora madre la noche de su desaparición, pero parecía que no se había escapado como habían creído, sino que se había escondido en el ático, donde había sufrido el fatal fallo cardíaco, y dado que aquella parte de la mansión estaba en desuso, a nadie se le había ocurrido buscarla allí, y habían pasado tres años hasta que la encontraron.

Jasmine suspiró y miró en derredor. Pensando que tardaría menos tiempo, había tomado un desvío en vez de la carretera interestatal, lo cual había sido una mala idea, porque por allí no pasaban muchos coches. Y los pocos que habían pasado no se habían detenido a ofrecerle ayuda.

Quizá si le echase un vistazo a las herramientas que llevaba en el maletero recordaría lo que tenía que hacer. Lo dudaba, pero decidió intentarlo de todos modos. Justo cuando estaba sacando la rueda de repuesto oyó el ruido de un vehículo deteniéndose detrás del suyo. Parpadeó nerviosa, temiendo que fuera algún tipo peligroso, y dejando caer la rueda otra vez dentro del maletero agarró una llave inglesa por si acaso.

Lista para atacar, se giró sobre los talones, y soltó un suspiro de alivio al ver que se trataba de Wesley. Nunca hubiera creído que se alegraría tanto de verlo, ni de que la siguiera a todas horas.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí, por favor. Se me ha pinchado una rueda. ¿Sabes cómo cambiarla?

—Claro —respondió él sonriendo—. Si tienes prisa porque tienes que ir a otra entrevista, puedes llevarte mi coche. Yo me quedaré aquí

arreglando esto y luego iré a buscarte.

Jasmine agradeció su generosidad pero negó con la cabeza.

—No hace falta. Por hoy ya he acabado. De hecho iba para casa. He intentado llamar al servicio de asistencia en carretera, pero tengo el móvil sin batería.

—Ya veo. Bueno, ahora no tienes por qué preocuparte. Ya me encargo yo —dijo Wesley desabrochándose los puños de la camisa y remangándose—. ¿Por qué no vas a sentarte en mi coche y pones el aire acondicionado? Hace bastante calor aquí fuera —añadió, sin poder evitar fijarse en que su blusa estaba húmeda, y que estaba empezando a pegarse a sus perfectos senos.

—No, gracias, estoy bien.. Además, quiero ver cómo lo haces para aprender yo para la próxima vez.

Wesley la miró a los ojos antes de girarse hacia el maletero para sacar la rueda.

—Espero que no haya una próxima vez —le dijo. La idea de que se quedase tirada en una carretera solitaria no le gustaba nada. No quería ni pensar en lo que podría haberle ocurrido si no hubiese estado siguiéndola.

—Yo también, pero quiero aprender.

Momentos después, sin embargo, Jasmine se arrepentía de no haber seguido su sugerencia de ir a sentarse en su coche. Apenas prestó atención a lo que Wesley estaba haciendo, porque estaba demasiado fascinada con sus fuertes brazos y el modo en que se le marcaban los músculos bajo la mojada tela de la camisa mientras cambiaba la rueda.

Menos de quince minutos después había terminado.

—Ya está —anunció Wesley poniéndose de pie—, aunque mañana deberías llevar la que he quitado a arreglar para no quedarte sin rueda de repuesto.

Jasmine asintió. Quería agradecerle el favor de algún modo, y se le ocurrió que podía invitarlo a cenar. Sabiendo lo mucho que le gustaban los espaguetis, podría prepararle unos de verdad, no de microondas.

—¿Te apetecería venir a cenar a mi casa? —le preguntó.

Wesley la miró sorprendido.

—¿A cenar? —repitió mientras cerraba el maletero.

—Sí, bueno, una cena informal: una ensalada y unos espaguetis. Se lo mucho que te gustan.

Wesley vaciló. No podía imaginar ninguna razón por la que no debiera aceptar su invitación, a excepción de que no tenía hambre de ensalada y espaguetis, sino de ella.

—De acuerdo, gracias —contestó a pesar de todo.

—Ni hablar, gracias a ti por ayudarme —replicó ella con una

sonrisa—. Entonces, ¿me sigues hasta casa?

Wesley se miró el pantalón manchado y arrugado, y la camisa sudada.

—Bueno, creo que será mejor que primero vaya a la mía, y me dé una ducha y me cambie —dijo.

—De acuerdo. Así me dará tiempo de ir preparando la cena —respondió ella con una sonrisa—. ¿A qué hora quedamos? ¿Dentro de una hora?

—Sí, dentro de una hora está bien.

Y Wesley se dirigió a su coche, diciéndose que esa ducha que iba a darse tendría que ser una bien fría.

En cuanto entró en el apartamento de Jasmine un delicioso aroma a salsa de tomate envolvió a Wesley.

—Espero que tengas hambre, porque he hecho una cazuela enorme —dijo Jasmine cerrando la puerta detrás de él.

Intentó no prestar atención a lo bien que le sentaban los vaqueros y el polo que llevaba puestos, pero no pudo evitar que volviese a su mente el recuerdo de la primera vez que lo había visto en vaqueros, la noche que la había pillado rebuscando en su basura. Entonces, igual que en ese momento, le había parecido increíblemente sexy.

—Tranquila, tengo el récord mundial de comedor de espaguetis —bromeó él.

Jasmine se rió.

—Estupendo. Ven, vamos a la terraza. He puesto allí la mesa. No tengo una vista del río Savannah como tú, pero hay unos jardines comunitarios muy bonitos.

—Seguro que lo son —respondió él, siguiéndola.

La ducha fría no le había servido de mucho, pensó, fijándose en cómo resaltaba su figura la camiseta de tirantes y los pantalones cortos que se había puesto. Era un atuendo de lo más informal, pero aun así lo excitaba.

Cuando se hubo sentado, Jasmine fue a la cocina a por la fuente de pasta, y después a por una bandeja de pan de ajo recién horneado y una colorida ensalada. A Wesley se le hizo la boca agua.

Una vez se hubieron servido y ella hubo bendecido la mesa, Wesley probó los espaguetis.

—Mmmm... están deliciosos —dijo—. ¿La salsa es casera?

—Gracias —respondió ella sonriendo ante el cumplido—. Sí, es casera.

—¿Quién te enseñó a cocinar?

—Mi tía Rena. Estuve un tiempo viviendo con ella después de que mi madre muriese.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos seis meses. Mi padre quería muchísimo a mi madre, y le costó mucho superar su muerte. Necesitaba pasar ese periodo de duelo solo, así que me mandó con mi tía. A veces pienso que el único motivo por el que volvió a casarse era porque creía que a mí me vendría bien.

Aunque no dijo nada más, por lo que le había contado la otra noche, Wesley sabía que se había equivocado.

—¿Ves a tu tía a menudo?

Jasmine negó con la cabeza.

—No, murió hace cinco años.

La tristeza en su voz lo conmovió.

—Y, aparte de tu padre, ¿tienes alguna otra familia?

—No, mi padre era hijo único, y mi tía era la única hermana que tenía mi madre, y no llegó a casarse, así que tampoco tengo primos.

Wesley se quedó callado un momento y dijo:

—Tu madre era una mujer muy hermosa. Jasmine lo miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el medallón.

Jasmine se había olvidado por un momento de que todavía lo tenía él.

—Sí, sí que lo era —murmuró.

—Y tú te pareces a ella.

Jasmine se sonrojó y contuvo el aliento cuando sus miradas se encontraron. No estaba segura de cómo responder. Aquel cumplido velado la había pillado con la guardia baja.

—Gracias —contestó finalmente en un tono quedo.

Durante el resto de la cena charlaron de los temas más variados, sin que ninguno de los dos mencionara en ningún momento a Abraham Danforth ni la rueda de prensa en Crofthaven a la que ella había acudido hacía unas horas.

—Parece que va a haber tormenta esta noche —comentó Jasmine mirando el cielo, cada vez más encapotado.

Wesley se puso de pie.

—En ese caso será mejor que te ayude a recoger esto y a fregar y me ponga en camino antes de que empiece a llover.

—No hace falta que me ayudes a fregar, Wesley.

—Es lo menos que puedo hacer después de esta cena tan deliciosa —respondió él, guiñándole un ojo.

—Bueno, si insistes —contestó ella riéndose—, pero luego no te quejes y acuérdate de que fuiste tú quien lo propusiste.

Mientras él lavaba los platos y ella los iba secando, Wesley le habló

de su negocio y de cómo lo había puesto en marcha. Había aprovechado los contactos que había hecho en la universidad, y también había contado con el inestimable apoyo de los Danforth. A Jasmine no le sorprendía que sintiera hacía ellos la lealtad que demostraba, y que ‘os considerase su familia. Además, en parte lo comprendía porque ella también defendería a su padre con uñas y dientes si hacía falta.

—Listo —dijo guardando el último plato en la alacena—. ¿Quieres que te guarde los espaguetis que han quedado en un envase de plástico para que te los lleves?

—Oh, no, no te molestes.

—No es molestia —replicó ella sonriendo—. Será sólo un segundo.

Wesley apoyó la parte baja de la espalda en la encimera y la observó mientras sacaba un envase, pasaba a él los espaguetis y lo tapaba, y cómo le envolvía también en papel de aluminio las dos barritas de pan de ajo que habían quedado. Después de meter las dos cosas en una bolsa de papel, la colocó sobre la mesa y se volvió hacia él.

En ese preciso momento empezaron a escuchar las primeras gotas de lluvia golpeando los cristales, que pronto se convirtieron en una densa cortina de agua. Jasmine fue hasta la ventana y miró fuera.

—Vaya, menudo aguacero —murmuró—. Quizá deberías esperar a que pare un poco.

—Bueno, si a ti no te importa, me quedaré un rato más.

Jasmine se giró y sus ojos se encontraron.

—No, no me importa —respondió quedamente. Se sintió estremecer, pero no supo si era porque hacía un poco de frío, o por cómo la estaba mirando Wesley.

El, que lo había advertido, fue a su lado.

—Estás temblando —le dijo—. ¿Tienes frío?

—Un poco.

Wesley extendió las manos hacia ella y la atrajo hacia sí, rodeándola con esos fuertes brazos que ella había admirado hacía unas horas, cuando le había estado cambiando la rueda.

—¿Mejor así? —inquirió.

Le había susurrado la pregunta cerca del oído, y su aliento la hizo estremecerse de nuevo. Y él volvió a sentirlo.

—Todavía estás temblando —murmuró—. Debes haber pillado un poco de frío sentada en la terraza. ¿Quieres que te encienda la chimenea? Así entrarías en calor.

Jasmine se miró en sus ojos castaños, tentada de decirle que sus temblores no tenían nada que ver con la temperatura de la casa, sino

con él.

Fuera había una tormenta, pero en su interior se había desatado otra igual de turbulenta. Y la intensa mirada en los ojos de Wesley tampoco la ayudaba demasiado.

—No... no hace falta —balbució, pronunciando las palabras a duras penas.

—Prefieres entonces que nos sentemos en el salón, en el sofá? —inquirió él, sin apartar sus ojos de los de ella mientras le repasaba ligeramente las yemas de los dedos por el brazo.

Jasmine sintió que aquel contacto transmitía a sus terminaciones nerviosas deliciosas sensaciones que iban in crescendo, y lo único que pudo hacer fue asentir. Wesley se apartó de ella y le tendió la mano. Jasmine la tomó, salieron juntos de la cocina, y pasaron al salón, donde él se sentó en el sofá y tiró de ella suavemente, haciendo que quedara acomodada en su regazo.

De la garganta de Jasmine escapó un gemido ahogado, y sintió el calor de su mirada cuando alzó el rostro hacia él.

—Relájate y deja que te caliente —le dijo suavemente, rodeándola con los brazos y atrayéndola hacia sí.

Jasmine notó su aliento, cálido y húmedo, sobre su frente, y suspiró, decidiendo dejarse llevar y fundirse en su abrazo. Ninguno de los dos dijo nada mientras escuchaban la lluvia golpeteando contra los cristales, y algún que otro trueno rasgar la bóveda del cielo. Pero, de pronto, Jasmine advirtió que la respiración de Wesley se había tornado algo entrecortada… al mismo tiempo que notaba su excitación en la cadera. Una sensación cálida recorrió su espina dorsal, y levantó la cabeza de su pecho.

Sus ojos se encontraron, y Jasmine alzó la barbilla lentamente, al tiempo que él inclinaba la cabeza capturando sus labios a medio camino, y besándola como nadie la había besado jamás. Su lengua se entrelazó con la de ella en una danza frenética, y pronto el calor que estaba invadiendo a Jasmine había llegado hasta la unión entre sus muslos.

—Tienes una boca tan dulce... —murmuró Wesley, interrumpiendo el beso un instante para lamerle la línea de la mandíbula, la garganta y los labios—. No he podido dejar de pensar en ella desde esa noche...

Jasmine querría haberle dicho que ella tampoco había olvidado aquel primer beso, pero no fue capaz de articular’ palabra. Los latidos de su corazón se aceleraron cuando Wesley mordisqueó suavemente la piel de su hombro, y cuando deslizó una mano por debajo de la camiseta de tirantes para acariciarle los senos a través del fino encaje del sostén, un prolongado gemido escapó de su garganta. Nunca había

experimentado nada igual. Inspiró profundamente cuando Wesley levantó la camiseta y desabrochó el enganche frontal del sostén, dejando al descubierto sus pechos.

—Eres preciosa.

Eran unos senos firmes, de oscuras y tentadoras areolas, y Wesley no pudo resistir agachar la cabeza para engullir una de ellas en su boca, lamiendo el pezón con la lengua durante largo rato. Después, levantó la cabeza y se lanzó sobre el otro seno, dedicándole las mismas atenciones, mientras que los dedos de Jasmine se aferraban a su cabeza como garras para indicarle que no parara.

El cuerpo de Wesley estaba respondiendo ajas- mine como el de un adolescente. Despertaba en él sentimientos que no había experimentado jamás, y de pronto el besarla y saborear sus senos no fue suficiente. Lo quería todo. Estaba consumiéndolo un ansia que lo quemaba por dentro, y necesitaba depositar en ella todo ese fuego. Levantó la cabeza y la miró a los ojos. Necesitaba ver la reacción en su rostro cuando hablase.

—Quiero hacerte el amor —le dijo.

Contuvo el aliento mientras esperaba su respuesta. Podía ver que estaba sopesándolo, consciente de que, silo hicieran, todo cambiaría entre ellos. Extendió una mano y le tocó los labios con las yemas de los dedos.

—No tengo la respuesta a todas las preguntas, Jasmine —le dijo—, ni quiero considerar todos los «¿y si...?» en este momento. Lo único que sé es que te deseo como no he deseado a ninguna otra mujer en toda mi vida —le susurró con voz ronca—. Quiero darte placer, y convertir en realidad todas tus fantasías. ¿Me dejarás hacerlo?

Jasmine tampoco quería hacerse preguntas; lo que quería era esa noche, esos momentos con él. Al día siguiente se preocuparía del resto.

—Yo también quiero que me hagas el amor, Wesley —murmuró.

Una sonrisa adornó los labios de él, y Jasmine sintió que el deseo le atenazaba el estómago, haciéndole casi imposible respirar. Wesley hizo que le rodeara el cuello con ambas manos, deslizó un brazo por debajo de su espalda, el otro por debajo de sus rodillas, y e puso de pie.

Jasmine hizo que bajara la cabeza reclamando de nuevo sus labios, y se fundieron en otro apasionado beso, hasta que él, que ya no resistía más, levantó la cabeza para preguntarle:

—¿Dónde está el dormitorio?

—De frente, a la derecha —respondió ella en un hilo de voz.

En un par de zancadas Wesley la llevó allí y la depositó sobre la cama. Jasmine se recostó contra los almohadones y observó fascinada la expresión de su rostro antes de que se subiera a la cama, se colocara

sobre ella y empezara a quitarle la ropa. Comenzó por sacarle las sandalias, acariciando sus largas y sedosas piernas, le quitó después la camiseta de tirantes y el sostén, y luego los pantalones cortos, dejándola vestida sólo con unas braguitas negras de encaje.

Enganchando los pulgares en el elástico, Wesley tiró de ellas lentamente hacia abajo, y cuando se las hubo sacado por los pies las dejó caer al suelo y se quedó observándola en cuclillas a los pies de la cama. Era la mujer más hermosa que había visto jamás. Sólo mirarla lo dejaba sin aliento.

Se bajó de la cama y empezó a desvestirse él también. Mientras lo hacía, Jasmine no le quitaba los ojos de encima, y aquello lo excitó aún más. Y, aunque ella no pronunció una palabra, la expresión en su rostro lo urgió a apresurarse. La excitación también lo estaba sacudiendo a él por dentro con aquella misma ansia, pero quería tomarse las cosas con calma y saborear cada segundo.

Momentos después se subía de nuevo a la cama con ella, y volvía a besarla, uniendo su lengua con la de ella como quería que se unieran sus cuerpos. Sintió que los latidos del corazón le resonaban en los oídos cuando ella le respondió con fervor, y la notó estremecerse por las intensas emociones que estaban experimentando.

Deslizó una mano entre sus muslos, y palpó su monte de venus, caliente y húmedo de deseo. Empezó a acariciarla en esa parte tan íntima, y vio cómo el deseo oscurecía sus ojos.

Se deslizó hacia abajo, frotándose contra ella, y se colocó de nuevo en cuclillas a los pies de la cama. Le abrió las piernas, agachando la cabeza entre ellas, y su hambrienta lengua buscó el centro de su calor. Jasmine dio un respingo al sentir aquel contacto tan íntimo, y sus dedos se aferraron a la colcha mientras alzaba las caderas para estar más cerca de la boca de Wesley.

Tenía la sensación de que iba a perder la cordura con tanto placer. Emitió un largo gemido, y empujó las caderas frenética, mientras clavaba las uñas en la colcha.

Y entonces, de pronto, la tensión que había ido incrementándose en su interior alcanzó el pico, y fue como si algo dentro de ella explotara. Gritó, arqueándose hacia él, y jadeó su nombre una y otra vez mientras las repetidas caricias e incursiones de la lengua de Wesley la hacían olvidarse de todo.

Jasmine escuchó el ruido de un envoltorio rompiéndose, y luchó por recobrar el aliento. Wesley se colocó otra vez sobre ella, y sintió cómo su calor se hundía lentamente en ella. Lo vio fruncir el ceño contrariado al hallar resistencia, y echar la cabeza hacia atrás, inspirando profundamente antes de volver a intentar impulsarse más

adentro.

Jasmine le clavó las uñas en los hombros al sentir una punzada de dolor, y cuando él bajó la cabeza y sus ojos se encontraron supo que lo sabía. Pudo leer en su mirada la duda, la lucha interior. Tenía que hacerle saber que no le importaba, que quería aquello, que lo necesitaba.

Extendiendo las manos le enjugó el sudor de la frente, y lo besó con ardor, volviendo a encender en él la pasión y quebrantando su fuerza de voluntad. Sintió que los músculos de su vagina se tensaban, que él retrocedía, y cuando empujó de nuevo con más fuerza, rompiendo la barrera, la intensa punzada de dolor que sintió arrancó un grito de la garganta de Jasmine, que fue amortiguado por los labios de Wesley, aún sobre los suyos.

Segundos después el dolor había pasado, y Jasmine comenzó a responder de nuevo al beso. Wesley, advirtiéndolo, empezó a moverse dentro de ella, provocándole un placer increíble con cada embestida.

Jasmine notó como si una ola de calor invadiera poco a poco todo su cuerpo, y cuando él incrementó el ritmo, llevándola a otro nivel, sintió cómo sus pliegues se contraían en torno a él.

Toda ella ardía de deseo, y cuando él despegó sus labios de los de ella y la miró, jadeó:

—¡Ahora, Wesley!

Sus palabras fueron como clarines para él. La penetró una vez más, y el placer consumió sus cuerpos y sus mentes. El grito de satisfacción de Wesley se confundió con el de ella, y Jasmine lo notó tembloroso después de que el clímax hubiese pasado.

Wesley rodó sobre el costado y la atrajo hacia sí, rodeándola con sus fuertes brazos y manteniéndola apretada contra sí.

Al poco rato Jasmine se quedó dormida, y él la besó con adoración. Era tan preciosa, tan especial... Y la había hecho suya. El pensamiento de que había sido virgen hasta hacía unos instantes lo había dejado aturdido. Nunca antes había hecho el amor con una virgen.

Cuando se había dado cuenta había intentado detenerse, porque pensó que, si a su edad era virgen, tal vez fuera porque según sus valores morales no considerara correcto mantener relaciones sexuales fuera del matrimonio, y había estado dispuesto a respetarla, pero cualquier pensamiento de dar marcha atrás había desertado cuando ella lo besó y sintió que sus pliegues se contraían en torno a él.

Ninguna .mujer le había hecho antes un regalo tan hermoso y tan especial, y Wesley experimentó ante la idea un sentimiento de afecto hacia ella tan fuerte que se asustó.

En ese momento, sin que pudiera evitarlo, el recuerdo de Caroline

volvió a su mente. Ya le habían roto el corazón una vez, y no tenía intención de dejar que volviera a ocurrir, pensó sintiendo cómo su cuerpo se tensaba con el rencor.

Sin embargo, una mirada a la mujer que yacía dormida en sus brazos le hizo admitir que Jasmine era completamente distinta a Caroline Perry.

Lo había sentido aquella noche en la feria, y cuando la había visto haciendo entrevistas. Obtener exclusivas parecía ser una obsesión para ella, pero no necesariamente una pasión. Había llegado a esa conclusión tras leer su artículo acerca de aquella maestra que había regresado de Irak. Estaba bien escrito, y hacía pensar, y estaba lleno de calidez e interés humano.

Sin embargo, había algo que la empujaba a ir en pos de las noticias teñidas por la controversia o el escándalo, noticias que podían hundir la reputación de una persona de por vida. ¿Por qué?

Mientras apoyaba la mejilla en su frente, y la atraía más hacia sí, Wesley se prometió descubrir qué la movía a ello.

Capítulo Siete

Wesley parpadeó ante la luz del sol que penetraba por la ventana. La tormenta había acabado.

Paseó la vista por la habitación y le llevó un instante recordar dónde estaba. Con una sonrisa, se volvió hacia el otro lado de la cama, pero lo encontró vacío. Le sorprendía que Jasmine pudiese caminar después de sus actividades nocturnas. Jasmine se había despertado unos minutos después de que lo hicieran la primera vez, y habían empezado de nuevo a besarse, a acariciarse, y habían vuelto a hacerlo, y luego otra vez, y otra vez... Y cada vez que habían alcanzado juntos las cumbres del éxtasis, había sido mejor que la anterior.

Se bajó de la cama cuando oyó ruido de platos en la cocina, y llegó hasta él un aroma de café recién hecho. Estaba deseando verla, y sólo esperaba que no se hubiera arrepentido de lo que había ocurrido entre ellos. Se puso los vaqueros, y estaba abrochándoselos cuando sonó el teléfono. Salió del dormitorio, y mientras avanzaba por el pasillo el teléfono siguió sonando. Según parecía Jasmine no tenía intención de contestar. Estaba a punto de entrar en la cocina cuando oyó que saltaba el contestador, y se detuvo al oír una voz femenina dejando un mensaje:

—Jasmine, soy Alyssa, y sé que estás ahí, así que no finjas que no estás. No sé si vas a ir a la fiesta benéfica que da el hospital dentro de dos semanas, pero creí que debía decirte que Paul Sanders va a ser mi acompañante. Nos encontramos la semana pasada y hemos estado viéndonos..., tú ya me entiendes.

El tono de esas últimas palabras indicó a Wesley que había una sonrisa cruel en los labios de la mujer que hablaba, y la risita que soltó antes de volver a hablar lo confirmó:

—En fin, me pareció que lo menos que podía hacer era ponerte sobre aviso, eso es todo. Chao.

Wesley frunció el ceño. Paul Sanders... aquel era el nombre del abogado con el que Jasmine había estado a punto de casarse, el novio que una de sus hermanastras le había robado. Entró en la cocina, y sus ojos se posaron en ella. Se había puesto una bata corta de satén y estaba de pie frente a la ventana, de espaldas a él. Tenía la cabeza gacha, como si las palabras de su hermanastra le hubieran causado más dolor del que admitiría si le preguntaran.

Wesley se preguntó si no debería volver al dormitorio y dejarla sola unos minutos, para volver después, como si no hubiera oído nada, pero sintió que no podía hacer eso.

Cruzó la habitación y le rodeó la cintura, atrayéndola hacia sí, en

parte para confortarla, y en parte porque necesitaba volver a tocarla, a sentirla cerca de sí.

—La cama estaba vacía —le susurró al oído. La hizo volverse despacio hacia él para poder mirarla a los ojos—. Te echaba de menos —añadió rozando sus labios contra los de ella.

Cuando levantó la cabeza vio sus mejillas encendidas, y sonrió. La noche anterior se había comportado de un modo totalmente desinhibido con él y en ese momento, a la luz del día, no estaba segura de cómo actuar.

—Esta mañana he tenido que darme un baño —le confesó Jasmine quedamente con una sonrisa vergonzosa—. Me dolía todo.

Wesley extendió una mano y le acarició la mejilla.

—Lo siento, no pretendía hacerte el amor tantas veces.

—Bueno, yo también lo deseaba —reconoció ella—, y no me arrepiento.

Wesley se sintió aliviado. Miró hacia la cocina, y vio que Jasmine había puesto un par de sartenes, y que había sacado huevos y beicon del frigorífico.

—¿No quieres que te lleve a desayunar fuera?

—No, no hace falta. No me llevará más que un minuto preparar algo.

—¿Qué planes tienes para hoy? —inquirió Wesley.

Jasmine se encogió de hombros.

—Los sábados suelo dedicarlos a vaguear un poco —contestó—, así que no tenía planeado nada.

—¿Te apetecería pasar el día conmigo? Tengo que ir a Charleston, y me encantaría que vinieras.

Jasmine abrió la boca para rehusar la invitación, pero se sintió incapaz de hacerlo. Todavía no quería separarse de él. Buscó los ojos de Wesley. Iría con él a Charleston, pero antes necesitaba asegurarse de que tenía algo claro.

—¿Sería como si saliésemos?, ¿una cita?

Wesley enarcó una ceja.

—¿Por qué?

—Porque como te dije no creo en las relaciones de pareja.

—Anoche hemos hecho el amor —le recordó Wesley.

—Sí, pero eso no era una cita —contestó ella ruborizándose.

Wesley esbozó una media sonrisa, y la miró curioso.

—En ese caso supongo que, para contestarte, necesito saber antes qué entiendes tú exactamente por «salir».

—Pues cuando dos personas pasan juntas su tiempo libre con regularidad —respondió ella encogiéndose de hombros—: yendo a

cenar, al cine, a conciertos… cosas así. Anoche fue la primera vez que nos acostamos, y también será la última, Wesley. Por si se te ha olvidado, sigo siendo esa periodista a la que pillaste hurgando en tu basura, y no te caigo bien.

Se equivocaba. Todo había cambiado. Quizá siguiese sin gustarle su manera de conseguir exclusivas, pero la deseaba como no había deseado jamás a ninguna otra mujer.

—Nunca digas nunca jamás —murmuró tomándola de la barbilla y besándola con dulzura—. Pero aún no me has respondido. ¿Vas a venir conmigo a Charleston? —volvió a preguntarle, mirándola a los ojos, rodeándole la cintura con ambos brazos y atrayéndola hacia sí.

Jasmine sintió que se derretía, y sólo acertó a asentir antes de que él volviera a besarla.

El motivo por el que Wesley tenía que ir a Charleston no era por asuntos de negocios, como Jasmine había pensado en un principio, sino por una causa benéfica.

—¿Libros? —inquirió sorprendida, volviéndose en el asiento junto a él, en el Corvette, mientras Wesley ponía el motor en marcha.

—Eso es —respondió él con una breve sonrisa—. Un amigo mío de la universidad colabora en un centro para chicos sin recursos. Voy a verlos periódicamente para ver qué necesitan, y la semana pasada me dijo que necesitaban libros de texto y de lectura, así que me ofrecí a comprarles unos cuantos.

A juzgar por el número de cajas apiladas en el asiento trasero, había más de unos cuantos, pensó Jasmine sonriendo. Su padre siempre le había dicho que los actos de una persona reflejaban su yo interior, y una parte de ella se preguntó cuántas personas habrían tenido ocasión aparte de los

Danforth y ella de ver ese lado tan humano de Wesley. Se sintió privilegiada.

El trayecto de Savannah a Charleston se le hizo muy corto. Una oleada de tristeza la invadió cuando Wesley le habló de su infancia, de aquel periodo en el que había pasado constantemente de un hogar de acogida a otro. Escuchar por lo que había pasado hizo que lo que a ella le había ocurrido con su madrastra y sus hermanas le pareciera insignificante en comparación. Al menos ella había tenido el cariño de su padre, y el de su madre, aunque por desgracia hubiera sido por un corto espacio de tiempo. Wesley, en cambio, no había sabido lo que era una familia de verdad hasta que había conocido a los Danforth. Empezaba a comprender la lealtad que mostraba hacia ellos.

—Bueno, aquí estamos —anunció Wesley, deteniendo el vehículo delante de un enorme edificio.

De ladrillo—. Creo que Luke te caerá bien. Es un gran tipo. El y la demás gente que trabaja en este sitio se esfuerzan por mantener a los chicos alejados de las drogas y las mafias y por darles una buena educación.

—Ese es el nombre de tu amigo?, ¿Luke?

—Sí, Luke Murdock.

—¿Luke Murdock? —repitió Jasmine anonadada—. ¿Te refieres a Luke Murdock, el jugador de rugby?

—El mismo —asintió Wesley sonriendo.

Jasmine no podía creerse que fuese a conocer a Luke Murdock. Era casi una leyenda. Nacido en la pequeña ciudad de Blakely, había entrado a formar parte del equipo de rugby de la universidad politécnica de Georgia, y luego se había hecho profesional, convirtiéndose en uno de los mejores jugadores de la historia de la liga NFL antes de que una lesión que había sufrido hacía unos años le hubiera impedido volver a jugar y se hubiera retirado.

—¿Y dices que fuisteis compañeros en la universidad? —repitió, desabrochándose el cinturón de seguridad, aún sin creerse que dentro de unos minutos fuera a conocerlo.

—Sí, estábamos juntos en el equipo —respondió Wesley.

Lo que sin embargo no quiso compartir con ella fue lo ocurrido con Caroline, y que por ello él había sido expulsado del equipo. Luke había sido uno de los pocos que le había mostrado su apoyo y que no le había retirado su confianza ni su amistad.

—Cuando hayamos acabado aquí —le dijo—, ¿te gustaría que paseáramos un poco por la ciudad y que luego almorcemos en el puerto y alquilemos un velero?

Jasmine lo miró y esbozó una gran sonrisa.

—Me encantaría.

Y así, tras dejar a Luke, Wesley y Jasmine fueron a ver tiendas en el centro de la ciudad, recorrieron de la mano el parque Waterfront, admirando la belleza del lugar, y dieron un paseo en un coche de caballos por East Battery, un distrito cerca del puerto.

Después de almorzar en un restaurante del puerto que Luke les había recomendado, alquilaron un velero como Wesley había propuesto, y se pasaron la tarde navegando por la mar en calma hasta que empezó a caer el sol.

Cuando Wesley la llevó a casa, Jasmine lo invitó a pasar un momento antes de irse, pero él le dijo que no podía porque tenía que hacer unas llamadas. Sin embargo, le rodeó la cintura con ambos brazos y la atrajo hacia sí, besándola con una pasión que fue en aumento hasta que ella tuvo que agarrarse a sus hombros por temor a

que sus rodillas cedieran.

—Gracias por venir a Charleston conmigo —susurró Wesley cuando despegó sus labios de los de ella.

—Gracias a ti por invitarme —respondió ella con una sonrisa—. Lo he pasado muy bien.

—Y yo. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Pues iré a la iglesia a las once, y luego a almorzar a casa de mi padre. Es una especie de ritual, y por el trabajo de mi padre a veces es el único momento de la semana en que podemos vernos.

—¿Y por la tarde?

—He quedado con Ronnie para ir a ver varias películas. Un compañero del periódico que hace la sección de crítica de cine ha tenido que salir de la ciudad este fin de semana por asuntos personales y nos ha pedido el favor. Pero estoy segura de que nos tropezaremos más de una vez durante la semana, ¿me equivoco? —añadió con una sonrisa.

Sabía que Wesley tenía la intención de seguir actuando como su sombra, pero la idea ya no le molestaba en absoluto, sino todo lo contrario.

—No, no te equivocas —contestó él, sonriendo.

Volvió a besarla, le deseó buenas noches, y se marchó.

—¿Dónde estuviste ayer? Te llamé varias veces, pero no pude hablar contigo.

Jasmine giró la cabeza hacia su amiga Verónica. Estaban esperando a que empezase la siguiente película que tenían que ver, y habían ido a comprar más palomitas y refrescos.

—Pues.., por ahí —respondió vagamente—. ¿Y tú, qué hiciste ayer?

Se preguntó qué diría si supiera que Wesley Brooks había pasado la noche del viernes en su casa, y que habían estado juntos todo el sábado en Charleston. Lo cierto era que aún no se sentía preparada para compartir con nadie lo que había ocurrido entre ellos, y quería disfrutar de su pequeño secreto un poco más.

—Dan y yo fuimos a la playa. Fue divertido, pero sigo sin conseguir que se suelte la melena.

Jasmine se mordió el labio inferior para no sonreír. Verónica y su novio llevaban casi seis meses saliendo y, para decepción de ella, él todavía no había ido más allá de los besos. Le había dicho que la respetaba, y que no quería que se precipitasen, y aunque ella le había dicho que para ella el sexo prematrimonial no le parecería una falta de respeto ni nada parecido por su parte, él no había cambiado de opinión. A Jasmine le hacía gracia la insistencia de su amiga.

—No desesperes —le dijo—. Seguro que antes o después se rendirá.

—Mientras no tenga que esperar otros seis meses —dijo Verónica riéndose—. Pero, ¿sabes qué? Se me ha ocurrido que si me compro algo sexy quizá consiga que mande su moral decimonónica a paseo. ¿Te vendrías de compras conmigo mañana?

Jasmine se rió.

—Claro.

—Gracias, Jazz, eres una buena amiga —dijo Verónica—. Bueno, ¿y cómo vas con lo de cubrir la campaña de Abraham Danforth? —inquirió, cambiando de tema—. ¿Alguna novedad interesante?

Jasmine negó con la cabeza.

—No, nada de nada. Supongo que hasta que no entremos de lleno en la campaña la cosa seguirá igual de aburrida —contestó volviéndose para pagar las palomitas y los refrescos.

—Ya veo. ¿Y el asunto Wesley Brooks?

Jasmine dio un leve respingo, pero no levantó la vista mientras recogía el cambio del mostrador.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que si todavía te sigue.

Jasmine tragó saliva. ¡Si ella supiera...!

—Eh... sí.

—¿Y cómo lo llevas? ¿No te vuelve loca eso de que te siga a todas partes?

La volvía loca, sí, pero en otro sentido.

—No, lo llevo bien. Ya me he acostumbrado.

Verónica se encogió de hombros y miró su reloj.

—Todavía nos quedan diez minutos hasta que empiece la siguiente película —farfulló—. Oye, ahora que me acuerdo... Voy a cubrir esa fiesta benéfica del hospital dentro de unas semanas y me he enterado de que tu padre es uno de los médicos a los que van a galardonar. ¿Vas a ir?

—Sí, aunque el otro día recibí una llamada de Alyssa. Quería que supiera que ella va a ir con Paul.

Verónica frunció el ceño.

—¡Qué asquerosa! ¿Cuándo se buscarán una vida y te dejarán tranquila? ¿Cómo puede hacerte algo así? No puedo creerlo —dijo airada.

—No puedes creerlo porque tú no eres como ella —replicó jasmine sacudiendo la cabeza, y porque serías incapaz de hacer lo que ella me hizo. A mí me da igual que vaya con él, pero estoy segura de que cuando mi padre los vea aparecer juntos empezará a preguntarse qué está pasando.

—Esa es otra cosa que jamás comprenderé: por qué no le dijiste a tu

padre la razón de que Paul y tú rompierais, ni que tu madrastra tuvo que ver en ello. Si lo supiera ella y sus hijas serían historia.

—No podía hacer eso, Ronnie. ¿Qué habría sido de ellas?

—Y a quién diablos le importa? Si yo fuera tú me importaría un comino lo que pudiese pasarles. Además, tu padre estaría mejor sin ellas. O al menos su cuenta bancaria lo estaría.

Aquello era algo que Jasmine no podía negar.

—Aun así no podría hacer eso, por muy mezquinas que sean.

—Mezquinas es poco. Al lado de la bruja de tu madrastra, la de Cenicienta parece un ángel.

Jasmine se limitó a asentir con la cabeza.

—Bueno, ¿y a qué hora quieres que quedemos mañana... para ir a comprar? —inquirió, no queriendo pensar en ella ni en sus hermanastras un segundo más.

—Podemos ir después del trabajo —propuso Verónica. De pronto un pensamiento cruzó por su mente—. Wesley Brooks no nos seguirá, ¿verdad?

—No creo —respondió Jasmine frunciendo el entrecejo—. ¿Por qué?

—Bueno, es que quiero pasarme por una tienda de lencería sexy, y no querría que se le ocurriera ninguna idea rara sobre ti.

Jasmine sonrió. Después de la fogosa noche del viernes, probablemente Wesley estaba teniendo bastantes ideas de ese tipo, igual que ella.

Capítulo Ocho

No podía quitarse a Jasmine de la cabeza. Aún una semana después, mientras cenaba en casa de Harold y Miranda, con Jake, Larissa, y su hijo Peter, la mente de Wesley se veía inundada todo el tiempo por recuerdos de ella.

Queriendo darle tiempo a ajustarse a la nueva situación entre ellos, no había ido a su casa desde que la dejara allí el sábado por la noche, pero cada día la había visto.

—Wesley ¿estás bien?

La voz de Miranda hizo que levantara la vista, y se encontró con que todos en la mesa estaban mirándolo. Debían haberle dicho algo, y había estado tan absorto que no había oído una palabra.

—Sí. Sí, estoy bien —contestó sonriendo.

—Miranda te preguntaba si estás saliendo con alguien ahora mismo —dijo Harold riéndose entre dientes—. Ahora que Jake se ha casado-está decidida a hacer de casamentera contigo... ya que Toby e Imogene son causas perdidas —añadió con un brillo pícaro en la mirada.

Wesley sonrió. Tobias, a quien todos llamaban Toby, era otro de los hijos de Harold y Miranda Danforth. Tenía veintinueve años, vivía en Wyoming, y estaba divorciado. Igual que su primo Ian juraba que no volvería a casarse, y respecto a Imogene... bueno, Imogene era como si estuviera casada con su trabajo. De hecho, había llamado hacía un par de horas para decir que no podría ir a cenar con ellos porque estaba muy ocupada y había conseguido una cita con un potencial cliente que no podía dejar pasar.

—No, no estoy saliendo con nadie, aunque estoy... viéndome con alguien -contestó finalmente.

Miranda lo miró sin comprender. Y no le extrañaba. A él aquella situación también lo tenía confundido, pero Jasmine le había dicho que no quería tener citas, y por lo que a él respectaba, mientras pudiera seguir viéndola, le daba igual cómo quisiera llamarlo.

—Y cuándo podremos conocerla? —inquirió Jake, sonriendo malicioso.

Wesley le lanzó a su amigo una mirada furibunda. Jake era el único sentado en esa mesa que sabía que la mujer a la que estaba viendo era Jasmine Carmody, y aunque sólo Larissa y él la conocían, Harold y Miranda sabían sin duda de quién se trataba, porque a esas alturas-todos los Danforth habían oído - el nombre de aquella reportera que no hacía más que perseguirlos corno una plaga.

—Pronto —contestó, ignorando las toses de Jake, que casi se atragantó con el vino—. Es que es... algo tímida —añadió, y Jake tuvo

que taparse la boca con la servilleta para contener la risa—, pero ya la convenceré.

Miranda sonrió.

—Estupendo. Estoy deseando conocerla.

Wesley le devolvió la sonrisa. Lo cierto era que sí le gustaría presentar a Jasmine a las personas a las que quería como una familia. Quizá así viera que los Danforth eran buena gente, sin nada que ocultar.

Wesley llamó al timbre del apartamento de Jasmine, y se quedó esperando impaciente. Le había querido dar tiempo para que se adaptase al cambio que se había producido en su relación, y darle tiempo a su cuerpo para que se recuperase, porque hasta el viernes pasado había sido virgen, pero ya no podía aguardar más tiempo. Necesitaba volver a tenerla entre sus brazos, a hacerla suya.

Cuando al fin se abrió la puerta, sus ojos se encontraron y se quedaron mirándose durante casi un minuto que pareció eterno. Wesley vio a Jasmine tragar saliva, y advirtió que su respiración se había vuelto agitada. Había leído el deseo en su mirada, y sin esperar un instante más dio un paso atrás para dejarlo pasar, y cerró la puerta detrás de él.

Urgido por la necesidad de hacerle saber de qué modo lo había consumido el deseo todos esos días, Wesley la tomó por los brazos, inclinó la cabeza, y tomó sus labios en los suyos.

Con un suspiro de rendición, ella abrió la boca, y cuando la lengua de él se introdujo en ella y empezó a enredarse con la suya, sintió que una oleada de placer la recorría de arriba abajo, como si se tratase de corriente eléctrica.

Nunca la habían besado de aquella manera, con tal intensidad y tal fervor; era un beso absolutamente salvaje, y se dejó llevar por él. Necesitaba que la apretara entre sus fuertes brazos, sentirse envuelta por su amor… ¿Amor? Aquel pensamiento bastó para romper la sensual burbuja.

«Pon los pies en la tierra, Jasmine», se reprendió, «hace unas semanas te encontró revolviendo en su basura. ¿De verdad crees que se ha enamorado de ti sólo porque te has acostado con él? Acéptalo, esto es lujuria y no amor».

Sin embargo, cuando Wesley la tumbó sobre el suelo de moqueta y sintió sus manos impacientes levantándole la falda, dejó de importarle si aquello era sólo deseo o quizá algo más. De su garganta escapó un gemido lascivo cuando le quitó las braguitas, y cerró los ojos, concentrándose en el placer que sus labios y sus caricias estaban proporcionándole.

Wesley, al oírla gemir, sintió que los latidos de su corazón se aceleraban. Levantó la cabeza, y se echó hacia atrás, observándola, allí tumbada, con la falda subida y desnuda de cintura para abajo. Era tan preciosa…

Notó que la garganta se le ponía tirante, y se quedó como hipnotizado por su belleza. Jasmine abrió los ojos y Wesley leyó en ellos su confusión al verlo mirándola transpuesto. Nerviosa, hizo ademán de taparse con las manos, pero él la detuvo.

—No, por favor, me encanta mirarte —le susurró mientras se desabrochaba los pantalones—. Y eso —añadió sonriéndole, y señalando con la cabeza la parte de su cuerpo que ella había intentado ocultar—, eso me vuelve completamente loco, Jasmine.

Sacó la billetera de su bolsillo y extrajo de ella un preservativo, y se lo colocó, sintiendo la mirada hambrienta de Jasmine sobre él.

Deslizó una mano entre sus piernas y empezó a acariciarla, deleitándose en la humedad de sus pliegues, en su aroma, y en los sonidos que arrancó de sus labios.

De su propia garganta escapó un intenso gemido cuando se posicionó sobre ella y la penetró lentamente. Cuando sintió los músculos de Jasmine contraerse en torno a él perdió el control, y empezó a empujar las caderas con embestidas rápidas y profundas. Se inclinó hacia delante y la besó con una intensidad que la hizo estremecer. Wesley liberó sus labios, y Jasmine jadeó su nombre.

A los pocos segundos, el poco control que le quedaba a Wesley se desvaneció, y la embistió como un hombre desesperado que estuviera disfrutando de su última vez con la mujer que lo significaba todo para él.

Aquel pensamiento lo asustó, pero no podía luchar contra lo que sentía. Notó que el cuerpo de Jasmine se tensaba, la escuchó gritar, y se hundió hasta el fondo de su ser, perdiéndose en el placer que explotó en su interior.

Momentos después yacían los dos en la moqueta, el uno al lado del otro. Cuando hubo recobrado el aliento, Wesley se incorporó apoyándose en el codo, y la miró muy serio.

—Tenemos que hablar, Jasmine.

—¿De qué? —inquirió ella, rodando hacia un lado para mirarlo y frunciendo el ceño.

—De nosotros —respondió él—. Me gustaría que consideraras la posibilidad de salir conmigo. De hecho, me gustaría ser tu pareja en la fiesta benéfica del hospital de la semana que viene.

Jasmine se incorporó también, quedándose sentada, y apartó la mirada, mordiéndose nerviosa el labio inferior.

—No creo que sea una buena idea, Wesley.

—¿Por qué?, ¿porque tu ex estará allí?

Jasmine enarcó una ceja, preguntándose cómo podía saberlo, y entonces recordó la llamada de Alyssa el sábado por la mañana. Debía haberla oído dejando el mensaje.

—No, no es por eso. Paul ya no significa nada para mí.

—Ya, entonces simplemente vas a dejar que tu madrastra y tus hermanastras dicten cómo tiene que ser tu vida social, ¿es eso?

—No es eso, Wesley —insistió ella—. Es sólo que no quiero causar problemas. Si mi padre supiese lo que me han hecho todos estos años las pondría en la calle.

—Pues deja que lo haga —respondió él con brusquedad—. Es lo que se merecen.

Jasmine sacudió la cabeza.

—No puedo hacer eso, Wesley. Evelyn y mi padre llevan casados casi diez años; ella depende económicamente de él, igual que Alyssa y que Mallory. Serían incapaces de valerse por sí mismas.

—¿Y no te parece que ya va siendo hora de que vayan aprendiendo? — le espetó él, sin la más mínima compasión en su voz—. ¿Cómo es siquiera posible que tu padre no sepa cómo te tratan, cómo te han tratado todo este tiempo?

—Porque casi nunca estaba en casa, siempre tenía mucho trabajo, sin contar con el teatro que hacen mi madrastra y mis hermanastras cuando él está delante.

Wesley sacudió la cabeza y se puso de pie, ayudándola a ella a levantarse también.

—Sé que no eres de esas personas que se acobardan cuando las arrinconan —le dijo recordando la noche que la había citado en la cafetería—, no dejes que controlen tu vida, Jasmine.

—No lo haré.

Wesley la tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—¿Significa eso que dejarás que sea tu acompañante en la fiesta?

Jasmine esbozó una sonrisa, y asintió. Wesley la rodeó con los brazos, apretándola contra si, y ella sintió que toda la tensión la abandonaba.

Wesley lanzó una mirada al reloj en la mesilla de Jasmine cuando oyó sonar su teléfono móvil. Las seis de la mañana. Debía ser algo importante para que lo llamaran a esas horas. Incorporándose, estiró la mano para alcanzarlo.

—¿Diga? —contestó con voz soñolienta, sintiendo a Jasmine moverse a su lado.

—Wes, soy Jake. Sé que es muy temprano para llamar, pero acaba

de telefonearme Ian. Ha habido una explosión en nuestros almacenes del muelle. Por suerte no ha habido heridos, pero estoy llamando a toda la familia para ponerlos al corriente. Adam está fuera de la ciudad, pero Reid y Marcus están en camino y yo salgo ahora mismo. Dentro de unos minutos el muelle estará plagado de policía y reporteros.

Una decena de interrogantes se agolparon en la mente de Wesley, pero sabía que no era momento para hacer preguntas.

—Voy para allá.

Cuando hubo colgado sintió la mano de Jasmine en su espalda.

—¿Ha pasado algo, Wesley?

Se giró hacia ella.

—Sí, era Jake. Ha habido una explosión en los almacenes de Danforth & Danforth del muelle.

—¿Una explosión? —inquirió ella horrorizada—. ¿Ha resultado alguien herido?

Wesley se puso de pie y empezó a vestirse.

—No, por fortuna no. Está intentando ponerse en contacto con los demás miembros de la familia, y le he dicho que iba para allá.

Jasmine se bajó de la cama.

—Te acompaño.

Wesley, que estaba metiéndose la camisa por la cinturilla del pantalón se quedó quieto y la miró.

—No quiero acompañarte porque sea periodista —le aclaró Jasmine dolida—. Además, estoy segura de que ya hay algún compañero mío cubriendo la noticia. Sólo quiero ir allí como tu amiga. Has dicho que querías que considerara la posibilidad de que saliéramos juntos en serio, pero eso será imposible si sigues sin fiarte de mí. Para empezar podrías darme un voto de confianza en esto.

Wesley escudriñó sus ojos largo rato, no queriendo recordar cómo se había pillado los dedos por haber confiado en Caroline. Sin embargo, algo dentro de él quería creer que Jasmine era distinta.

—De acuerdo, Jasmine, confío en ti.

Una hora después estaban en el muelle. Cuando llegaron había un espantoso olor a quemado, y aunque el fuego originado por la explosión ya había sido extinguido, una fina columna de humo se elevaba todavía hacia el cielo. El lugar era un verdadero caos, con policías y bomberos buscando entre los escombros posibles indicios de lo que había causado la explosión, mientras fotógrafos, cámaras y reporteros intentaban conseguir imágenes o declaraciones. Por suerte los daños no habían sido importantes, y sólo habían afectado a parte del edificio.

Jasmine siguió a Wesley al interior. Ian Danforth estaba hablando con el inspector de policía cuando entraron, mientras sus hermanos Reid y Marcus y su primo Jacob esperaban a un lado, escuchando en silencio.

Wesley saludó con un gesto de la mano, deteniéndose junto a Jacob y cruzándose de brazos. Jasmine se quedó junto a él. Ninguno de los Danforth cuestionó su presencia allí, aunque la miraron con curiosidad. Probablemente el verla llegar con Wesley, y sobre todo a esas horas tan tempranas, los llevó a sacar sus propias conclusiones.

—¿Está seguro de que no se le ocurre nadie que pueda tener algo en su contra, ya sea por motivos de negocios, o de otra índole? —le estaba preguntando el inspector en ese momento, mirándolo de un modo penetrante.

Ian se mantuvo calmado.

—No, ya se lo he dicho. Que yo sepa no tengo ningún enemigo, inspector. Ni nadie de la familia.

—Está bien. Eso es todo por ahora. Si recuerda alguna cosa que pueda sernos de utilidad, póngase en contacto conmigo —le dijo entregándole una tarjeta.

Todos en la habitación siguieron con la mirada al inspector mientras salía.

—Por qué no le has contado al inspector lo de Sonny Hernández y tus sospechas sobre él, Ian? —inquirió Jake mirando a su primo. Wes enarcó una ceja.

—¿Quién es Sonny Hernández?

Ian se frotó el rostro con una mano.

—Es un proveedor de café que vino a verme hace unos meses con una propuesta, pero la rechacé.

—¿Qué clase de propuesta?

La pregunta la había hecho su hermano Marcus, que era además el hijo menor de Abraham Danforth y trabajaba como abogado para Danforth & Danforth.

—Nada limpio, seguramente —intervino su otro hermano, Reid, antes de que Ian tuviera oportunidad de contestar.

—Quería que hiciera negocios con ciertos proveedores que no tienen precisamente buena fama —dijo Ian.

—Y crees que ese tipo puede tener algo que ver con la explosión de esta noche? —inquirió Wesley.

—Pues no lo sé —respondió Ian—. La verdad es que se enfadó bastante cuando me negué a lo que me proponía, pero...

—¿Lo bastante como para hacer algo así? —preguntó Jake.

—No lo sé —respondió Ian lleno de frustración—, supongo que cabe

esa posibilidad —admitió—. Tuve un presentimiento de que lo que me proponía podría implicar algo ilegal, y por eso rehusé, pero no quería mencionárselo a la policía porque no tengo nada con lo que respaldar mis suposiciones.

Todos se quedaron callados, hasta que de pronto Ian se volvió hacia Jasmine.

—¿Crees que podrías ayudarnos a averiguar algo más sobre ese tipo? —le preguntó.

Jasmine tragó saliva. No se había atrevido a ofrecerse, pero al pedirle aquello Ian estaba indicándole que si Wesley había confiado en ella, él también estaba dispuesto a hacerlo.

—Sí, creo que sí —balbució—. Tengo contactos en la comisaría. Podría averiguar si ese Sonny Hernández está metido en alguna actividad ilegal.

Ian asintió con la cabeza.

—Te estaríamos muy agradecidos.

A Jasmine no le llevó demasiado conseguir la información. Dos días después Wesley y ella volvían a reunirse con Ian, Reid, Marcus, y Jacob Danforth de nuevo.

—Aquí está todo —le dijo a Ian, entregándole un informe sellado—. Parece que tu intuición no te engañaba: la compañía de ese Sonny Hernández no es más que una tapadera de una operación de blanqueo de dinero.

Ignorando el largo silbido de Reid, continuó:

—Y no es sólo eso. También está relacionado con un cártel de la droga. Probablemente querría utilizar vuestra empresa para encubrir sus actividades como narcotraficante. Hiciste bien en rechazar su propuesta.

—Sí, pero si él es el responsable de lo que ocurrió anoche, vaya una manera de tomar represalias... —farfulló Jake—. ¿No podríamos llevarle ese informe a la policía y que hagan algo?

—Me temo que no —respondió Marcus, sacudiendo la cabeza—, no si no podemos demostrar que fue él quien lo hizo.

—¿Y qué se supone que debemos hacer entonces? —intervino Ian irritado—, ¿cruzarnos de brazos y esperar a que ese tipo y su mafia nos vuelen otro almacén?

—No —dijo Jasmine, poniendo una mano en el brazo de Ian para calmarlo—. Si están detrás de esto no debes dejar que lo que han hecho te exaspere. Lo del almacén podría ser su manera de darte a entender que les ha molestado que te negases a hacer lo que querían y de advertirte que los tomes en serio. Probablemente creen que con lo que han hecho conseguirán acobardarte y esperarán a que pase un poco de

tiempo para que recapacites y cambies de opinión.

—¿Para que cambie de opinión? ¡Antes muerto! —replicó Ian,

Jasmine sonrió. Aquel arranque apasionado le recordó a los que había visto en Wesley. Verdaderamente era como uno más de la familia Danforth.

—Jasmine tiene razón —intervino Marcus—: sin pruebas concretas de que está relacionado con la explosión en el almacén, ante la ley estamos atados de pies y manos, pero gracias a ella ahora al menos sabemos a qué carta juega ese tipo.

Jasmine también lamentaba que no se pudiese hacer nada más, pero cuando Wesley le rodeó los hombros con un brazo y la miró orgulloso y agradecido, se sintió como si le hubiesen dado el premio Pulitzer.

Capítulo Nueve

Jasmine exhaló un suspiro nervioso cuando entró sola en el salón del hotel Savannah Hyatt Regency Riverfront donde se celebraba la fiesta benéfica organizada por el hospital. Wesley se había marchado a Dallas hacía tres días por motivos de trabajo, y la noche anterior la había llamado para decirle que unas negociaciones de empresa se habían retrasado y tendría que quedarse allí un día más, por lo que no podría acompañarla a la fiesta.

Paseó la mirada por el enorme salón, reconociendo rostros de personalidades destacadas e influyentes en la vida de Savannah. No vio a su madrastra ni a sus hermanastras, pero sí a su padre, charlando con tres hombres. El también la vio a ella, y enseguida en su rostro se dibujó una amplia y afectuosa sonrisa. Jasmine se acercó y le dio un beso y un abrazo.

—Cómo me alegra que hayas podido venir, cariño —le dijo el doctor Carmody.

—No me habría perdido esta fiesta por nada del mundo —respondió ella—, no cuando van a darle a mi padre un galardón tan merecido —añadió con una sonrisa.

Su padre procedió a hacer las presentaciones de rigor. Los ojos de uno de los hombres, el doctor Simon Duncan, que debía rondar la treintena, recorrieron el cuerpo de Jasmine.

—No sabía que tuviera una tercera hija —le dijo a su padre.

—En realidad Jasmine es mi única hija —aclaró el doctor Carmody—, de mi primer matrimonio. Alyssa y Mallory son mis hijastras.

—Ya veo —murmuró el doctor Duncan—. Espero que me reserve un baile, señorita Carmody.

—Lo haré encantada —respondió ella con una sonrisa.

Tras unos minutos más de charla, Jasmine se alejó hacia la mesa del buffet. Iba a alcanzar un plato cuando una voz burlona dijo a sus espaldas:

—Ya veo que has venido sin pareja. Aunque debo decir que no me sorprende. Quizá Mallory o Alyssa podrían darte algún consejo sobre cómo atraer la atención de los hombres.

Jasmine se volvió.

—Te agradezco tu preocupación, Evelyn —dijo con frialdad—, pero no necesito sus consejos.

Su madrastra esbozó una sonrisa burlona.

—Como quieras, pero deberías considerarlo. Con tus métodos no consigues resultados —murmuró, tomando un sorbo de la copa de champán que tenía en la mano—. Por cierto, te he visto hablando con

el doctor Duncan, y creo que debo prevenirte para que no te hagas ilusiones, porque parece muy interesado en Mallory. Y Alyssa... ya lo sabes, ¿verdad?, ha venido acompañada de Paul, aunque el hombre que de verdad le interesa todavía no ha llegado —otra desagradable sonrisa afloró a sus labios—. Vaya, parece que he hablado antes de tiempo. Ahí está.

Jasmine giró la cabeza para mirar por encima del hombro, y vio sorprendida que quien había entrado en el salón era Wesley. ¿Cómo podía ser que estuviese allí? ¿Y había oído bien lo que había dicho su madrastra?, ¿Alyssa iba detrás de él?

Jasmine lo vio saludando a unas personas y tomando una copa de vino de un camarero que pasaba. Estaba increíblemente guapo de esmoquin, y según parecía finalmente había podido escaparse de sus compromisos en Dallas y asistir a la fiesta después de todo.

—Ese es —dijo su madrastra—, Wesley Brooks, uno de los hombres más influyentes y ricos de la ciudad, y dicen que los Danforth lo consideran como uno más de la familia. Cada vez que asiste a uno de estos eventos públicos me encargo de que tu padre nos lleve. De hecho, en el cóctel de la inauguración de la nueva galería de arte, me pareció que Alyssa no lo dejó indiferente con ese vestido lila que le arreglé el mes pasado. Y ya sabes cómo es Alyssa. No cejará hasta que caiga en sus redes —concluyó con una risita.

Jasmine sintió que la ira se apoderaba de ella. Wesley había dejado a las personas con las que había estado hablando, y estaba mirando en una y otra dirección, como buscándola. En el momento en que la vio sonrió, y se dirigía hacia ella cuando a su lado aparecieron Harold y Miranda Danforth y se paró con ellos.

—Vaya, habría jurado que venía hacia aquí —murmuró Evelyn—. Quizá se acuerde de mí y quiera saludarme y preguntarme por Alyssa. ¡Es tan atento...!

Jasmine sacudió la cabeza. Era increíble que aquella mujer pensase que el mundo giraba en torno a ella y sus hijas. El golpe sería bastante duro cuando, dentro de unos instantes, se diera cuenta de que no era así.

Inspiró profundamente y decidió desaparecer un rato hasta que pudiera hablar a solas con Wesley y prevenirlo respecto a Alyssa. Su hermanastra era una malcriada y tenía muy mal perder cuando las cosas no le salían como ella quería.

—Excúsame un momento, Evelyn —le dijo a su madrastra, y se dirigió al servicio de señoras.

Cuando Jasmine salió del servicio, minutos después, se sintió como si hubiera caído en una trampa. Ya no habría manera de que previniese

a Wesley, porque ya había entrado en el ojo del huracán. Estaba a unos metros de pie, en un grupo formado por el doctor Duncan, Harold, Miranda, su padre, su madrastra, sus hermanastras, y Paul Sanders.

Por un momento pensó en volver a los servicios, pero Wesley alzó la vista y se quedó mirándola, como hipnotizado, con una sonrisa en los labios, y-pronto los demás miembros del grupo giraban la cabeza también hacia ella.

Wesley la había considerado hermosa desde su primer encuentro, pero aquella noche, ataviada con ese vestido azul prusia le pareció un sueño hecho realidad. Parecía que lo hubieran diseñado pensando en ella. Se apartó del grupo y fue junto a ella, besándola suavemente en los labios.

—¿Dónde te habías escondido? —le dijo en un tono de suave reproche—. Te vi al llegar, pero luego de repente, cuando me volví, ya no estabas. Te llamé hace un par de horas para decirte que al final sí iba a poder venir, pero debías estar hablando con alguien, porque comunicaba.

El resto del grupo se había quedado mirándolos, y fue finalmente el padre de Jasmine quien rompió el silencio:

—No sabía que conocía a mí hija, señor Brooks.

Wesley deslizó una mano por la cintura de Jasmine y se volvió hacia él.

—Bueno, la verdad es que, de hecho, llevamos viéndonos unas semanas —contestó, y procedió a presentarla a los Danforth.

—Entonces es la joven de la que nos hablaste el otro día —dijo Miranda sonriendo.

Wesley sonrió también.

—La misma.

—Pe-pero es imposible —balbució Evelyn. Estaba a la vez sorprendida y enfadada, y se reflejaba en su rostro—. Jasmine siempre está demasiado ocupada con su trabajo como para salir con nadie.

Wesley se rió entre dientes, atrayendo a Jasmine hacia sí.

—Razón de más para sentirme afortunado, ya que se esfuerza en sacar tiempo para que podamos vernos.

—Tampoco tiene un trabajo tan agotador, sólo es una reportera —intervino Mallory despectiva, como si aquella fuera la más vulgar de las profesiones.

Wesley sintió a Jasmine tensarse, pero, sabiendo que tenía más educación que ella y que no querría disgustar a su padre, decidió poner a aquella desvergonzada en su sitio.

—Sí, es una reportera, y por los artículos que he leído, puedo decir que es una reportera excelente —dijo—. ¿Y usted?, ¿a qué se dedica,

señorita?

Mallory se había quedado de una pieza.

—Yo no... no trabajo —respondió quedamente.

Wesley enarcó una ceja.

—Ah, ya veo —murmuró. Se volvió hacia Jasmine—. ¿Te apetece bailar?

Al diablo con las hermanastras con lengua de serpiente y la bruja de la madrastra. Lo que quería era tener a Jasmine entre sus brazos. La había echado terriblemente de menos aquellos tres días.

—Señor Brooks... —lo llamó Alyssa en un tono zalamero, desenganchándose del brazo de Paul Sanders y dando un paso hacia él —, ¿no habrá olvidado que me ha prometido hace un rato bailar conmigo, verdad?

Wesley sonrió.

—Recuerdo perfectamente que usted me lo pidió —contestó—, pero no recuerdo en absoluto haberle dicho que sí, y mucho menos haberle prometido nada.

Alyssa, al igual que su madre y su hermana, miró a Wesley espantada de que la hubiera dejado en evidencia de ese modo. El, sin embargo, permaneció imperturbable. No iba a consentir que trataran así a Jasmine.

—Oh, discúlpeme —dijo Alyssa, volviendo al lado de Paul—, debí malinterpretar su respuesta.

Jasmine miró a su padre, y vio que tenía la mandíbula apretada, y que sus ojos, llenos de indignación e incredulidad, estaban fijos en sus hijastras. Aunque ella no habría querido que sucediera algo así, sin duda aquella noche estaba abriéndole los ojos.

—Sí, debió malinterpretarla —asintió Wesley—, porque soy el acompañante de Jasmine, y como es lógico, es con ella con quien bailaré y con quien estaré la mayor parte de la velada.

Evelyn no pudo mantener la boca cerrada por más tiempo.

—Me sorprende, señor Brooks, que un hombre de su inteligencia se lo juegue todo a una sola carta —dijo.

Wesley le dedicó una mirada de desprecio absoluto.

—Pues no sé por qué la sorprende —replicó—. Un hombre inteligente reconoce algo bueno cuando lo ve.

Puso la mano de Jasmine en su brazo, y se alejó con ella hacia la pista, mientras el doctor Carmody, verdaderamente enfadado, le decía a su esposa y sus hijastras que quería hablar en privado con ellas.

Momentos después estaban entre las demás parejas en la pista de baile, meciéndose al ritmo de una romántica melodía.

—Estás preciosa esta noche, Jasmine —murmuró Wesley, que no

podía dejar de mirarla.

Jasmine notó el leve roce de su mano sobre la piel desnuda de su espalda, y se sintió estremecer.

—Gracias —respondió quedamente esbozando una pequeña sonrisa —. Siento lo de mi madrastra y mis hermanastras. Quería haberte prevenido respecto a Alyssa, porque mi madrastra me había dicho que iba detrás de ti, pero se me adelantaron antes de que pudiera hacerlo. Y, como has podido comprobar, cuando se le mete algo en la cabeza, no se detiene ante nada.

Wesley se encogió de hombros.

—Con esa clase de gente sólo se puede tratar de una manera: siendo igual de grosero. En fin, no creo que vuelva a intentar acercarse siquiera a mí. Sólo lamento que tu padre haya tenido que presenciar una escena tan desagradable. Sé que no querías que supiera lo que son en realidad, pero no he podido morderme la lengua viendo cómo te estaban tratando, y creo que ha sido lo mejor, Jasmine, porque supongo que después de esto tu padre les hará saber que han ido demasiado lejos.

Jasmine alzó la vista hacia él e inspiró temblorosa, queriendo olvidar aquel desagradable incidente.

—Me alegra que estés aquí conmigo, Wes —murmuró—. Te he echado tanto de menos…

—Yo a ti también —susurró él, inclinando la cabeza y frotando su nariz contra la de ella—, y estoy deseando que se acabe la fiesta para llevarte a mi casa y hacerte el amor toda la noche.

Jasmine se sonrojó, pero sonrió y apoyó la cabeza en su pecho, deseando también que llegara ese momento.

Wesley cerró la puerta tras de sí, y se quedó apoyado en ella, observando a Jasmine quitándose el abrigo de espaldas a él.

—¿No te parece que ha sido una fiesta maravillosa? —inquirió con voz soñadora, habiéndose olvidado ya por completo del incidente con su madrastra y sus hermanastras.

—Um-hum —asintió él vagamente.

—Y me he sentido tan orgullosa de mi padre cuando le han dado ese galardón —añadió, colgando el abrigo en el armario del vestíbulo —. Nadie se lo merece más que él.

—Um-hum —asintió de nuevo Wesley.

—¿Y no te parece que fue un bonito detalle por parte del doctor Duncan pedirme un baile? —añadió, esbozando una sonrisa maliciosa antes de volverse hacia él.

Wesley enarcó una ceja. En eso no estaba de acuerdo. Se había sentido muy posesivo toda la noche, y no le había gustado nada que

aquel tipo se la robara, aunque sólo hubiera sido durante una canción.

—No —respondió—, me entraron ganas de estrangularlo. No soy celoso, pero esta noche, al verlo bailar contigo…

Sin acabar la frase, Wesley dio un paso hacia ella, le rodeó la cintura, y reclamó sus labios en un beso apasionado y profundo. Jasmine le respondió con fervor, y segundos después él la alzaba en volandas y subía con ella en brazos a su dormitorio.

Después de depositarla en la cama, retrocedió y empezó a quitarse la ropa.

—Eres preciosa —murmuró, arrojando la camisa a un lado—, y hoy había muchos hombres mirándote. ¿Sabes lo celoso que me he sentido?

La vio inspirar temblorosa y echarse hacia atrás, apoyando la cabeza en los almohadones sin apartar los ojos de él.

Controlando su deseo con un esfuerzo que hizo que casi sintiera dolor, Wesley se desabrochó el pantalón, se bajó la cremallera, y empezó a quitárselos.

—Lo único en lo que podía pensar mientras estábamos en la fiesta era en traerte aquí, tumbarte en mi cama y hacerte perder la razón.

Después de ponerse un preservativo, se acercó a la cama.

—Me encanta ese vestido, pero me va a gustar aún más cuando te lo quite —dijo inclinándose sobre ella y bajando la cremallera que tenía en el lateral.

Cuando se lo hubo quitado, se quedó admirándola fascinado. Sólo la cubrían unas medias, y un sostén sin tirantes y un tanga de encaje negro. Tragó saliva, sintiendo que el deseo que se había ido acumulando en él a lo largo de la velada resquebrajaba su control.

Aunque la imagen que tenía frente a sí era perfecta, faltaba algo. Se acercó a la mesilla de noche, y del cajón sacó el medallón de Jasmine. Se volvió hacia ella, la hizo incorporarse, y le desabrochó el sostén antes de ponerle el medallón en el cuello.

—Creo que es hora de que te devuelva esto —murmuró con voz ronca, dejando que cayera entre sus senos.

—Gracias —respondió ella suavemente.

Wesley se subió a la cama con ella, y empezó a besarla y a acariciarla sensualmente mientras le iba quitando las medias. Luego, inclinándose, rozó con los labios la piel desnuda sobre la cinturilla del tanga. Notó a Jasmine estremecerse, y la agarró por las caderas para mantenerla quieta mientras empezaba a lamerle el estómago.

Comenzó a bajarle lentamente el tanga, consumido por una necesidad abrasadora de saborear la parte más íntima de su ser, y la escuchó inspirar bruscamente cuando su boca descendió sobre ella.

—Oh, Wes… —jadeó, hundiendo los dedos en su cabello, y de su

garganta escaparon palabras incoherentes de placer.

El pasó la lengua por sus pliegues, acariciándola, paladeándola una y otra vez, y cuando sintió que su cuerpo estaba a punto de explotar, la hizo rodar con él, sentándola a horcajadas en su regazo, y se hundió en ella, penetrándola hasta el fondo y haciéndola completamente suya.

Consumida por el mismo fiero deseo que empujaba a Wesley, Jasmine empezó a subir y bajar las caderas, imitando el movimiento de la lengua de él invadiendo su boca, y cuando Wesley tomó sus senos en las palmas de sus manos, en su interior estalló en una explosión de placer que se extendió por todo su cuerpo.

Wesley gritó su nombre, los dos se estremecieron por la fuerza del clímax que les sobrevino, y de pronto Jasmine supo que lo amaría siempre.

Capítulo Diez

Sentada, Jasmine se recostó en su silla, tras su mesa en la redacción, y repasó las notas que había hecho sobre Jacob y Larissa Danforth. Aunque se habían casado, su jefe, Manny, estaba empeñado en que escribiera sobre ellos, y le había advertido que si no lo hacía ella, haría que lo hiciese otra persona. Querría haberlo hablado con Wesley, pero sabía que los Danforth era un tema en el que nunca se pondrían de acuerdo.

En ese momento sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Hola, preciosa —respondió la voz de Wesley al otro lado de la línea—. Me temo que tengo malas noticias. Estoy en el aeropuerto porque ha surgido un problema con un cliente en Dallas, y no tengo más remedio que ir.

—Oh —musitó Jasmine. Habían planeado salir a cenar e ir a ver una película—. Está bien, no pasa nada —contestó intentando que su voz no sonara muy decepcionada—. Aprovecharé para intentar acabar el artículo que estoy escribiendo. ¿Cuándo volverás?

—Si todo sale bien este fin de semana —respondió—. Mi idea es estar de regreso el sábado por la noche. ¿Me harás un favor?

—¿Cuál?

—Me gustaría encontrarte en mi cama cuando vuelva.

Una sonrisa afloró a los labios de Jasmine.

—Bueno, veré qué puedo hacer —murmuró divertida.

Wesley se rió.

—Así podrás usar la llave que te he dado.

La sonrisa de Jasmine se hizo más amplia.

—De acuerdo —respondió. Wesley le había dado un duplicado de la llave de su casa, pero todavía no lo había utilizado—. Cuídate, Wes.

—Tú también.

Jasmine colgó el teléfono y se recostó en el asiento. Ya lo echaba de menos. Con un pesado suspiro volvió a tomar los folios con sus notas sobre Jacob y Larissa y comenzó a releerlos. Minutos después dejaba la última hoja sobre su mesa y se cruzaba de brazos, mordiéndose el labio inferior pensativa.

Decididamente allí había una historia que contar, e iba a ser ella quien la contara.

—Cuándo has dicho que lo publicamos, el domingo? —le preguntó Verónica a Jasmine tras terminar de leer el artículo en el restaurante donde habían ido a cenar.

—Sí —asintió su amiga, tomando un sorbo de agua.

—¿Y ya le has hablado de esto a Wesley? —inquirió Verónica.

—Todavía no, pero pienso hacerlo.

Tenía tiempo. El sábado por la noche cuando llegara se lo explicaría.

—¿Y cómo van las cosas entre vosotros?

Aunque hubiera querido mantenerlo en secreto un poco más de tiempo, como Verónica iba a cubrir para el periódico la fiesta benéfica del hospital, finalmente le había contado que estaban saliendo. No quería que su mejor amiga se cayese de espaldas cuando los viese llegar juntos.

—Bien, supongo —contestó Jasmine encogiéndose de hombros—, pero estoy empezando a querer algo más de nuestra relación.

—¿Y lo has hablado con él?

—No —suspiró Jasmine—. Nos va bien como estamos, y tengo miedo de fastidiarlo. Pero, aun así, siento como si faltara algo. Salimos por ahí, hacemos cosas juntos... pero falta algo.

—¿El factor amor?

Jasmine enarcó una ceja.

—¿El factor amor? —repitió.

—Vamos, admítelo. Te has enamorado perdidamente de él.

Jasmine esbozó una media sonrisa.

—Está bien, lo admito. ¿Y ahora qué?

—Pues que tu problema es que no sabes si él siente lo mismo por ti o es sólo sexo. Lo que tienes que hacer es hablarlo con él y conseguir que se sincere contigo.

Jasmine suspiró. Lo cierto era que había pensado hacerlo varias veces, pero nunca había llegado a decidirse.

—Si no lo haces ya luego te costará más —insistió Verónica—. Cuando dos personas están al principio de una relación todavía no conocen los defectos del otro, y están más receptivos. ¿Tienes problemas para hablar con él?

—No —respondió Jasmine.

Y era cierto. Hablaban muchísimo. Él le hablaba de su negocio, y ella de los artículos que escribía, y habían hablado de política, de religión... Incluso había empezado a acompañarla los domingos a almorzar a casa de su padre.

En ese aspecto el cambio que se había producido desde la fiesta benéfica había sido notable. Su padre le había dejado muy claro a Evelyn y a sus hijas que no toleraría que volvieran a tratarla de esa manera, y no sólo estaban suaves como la seda, sino que incluso le habían pedido perdón.

Suspiró para sus adentros, apartando a su madrastra y sus

hermanastras de su mente y volviendo a Wesley. Verónica tenía razón. Tenía que hablar con él.

El perfume de Jasmine invadió las fosas nasales de Wesley en cuanto atravesó el umbral de su casa el sábado por la noche. Cerrando la puerta tras de sí, dejó la maleta en el suelo y subió las escaleras de dos en dos. No podía esperar más para ver a Jasmine.

Nada más entrar en su dormitorio la vio dormida en su cama, y sintió una agradable sensación de calidez en el pecho. Nunca hubiera creído que pudiera volver a confiar, a amar, después de lo que le había hecho Caroline, pero Jasmine había conseguido romper la coraza de hielo que se había formado en torno a su corazón.

Al principio no había hecho más que repetirse que lo único que sentía por ella era deseo, que sólo era algo físico, pero estaba empezando a comprender que era mucho más. La amaba.

Una necesidad acuciante de abrazarla lo invadió. Se quitó la ropa, se acercó a la cama y se tumbó junto a ella, rodeándola con sus brazos y besándola.

—Wes... —murmuró Jasmine soñolienta contra sus labios—. Ya estás en casa...

—Sí, cariño, ya estoy en casa.

Se incorporó un poco para apartar la sábana y la colcha y meterse debajo con ella, y de inmediato volvió a tomar sus labios en un beso largo y apasionado con el que quería transmitirle lo mucho que la había echado de menos.

—Wes, tengo que decirte algo... —murmuró Jasmine, despegando su boca de la de él.

—Luego, mi vida —susurró él, besándola de nuevo—. No quiero hablar ahora. Quiero que vuelvas a dormirte y abrazarte toda la noche. Ya hablaremos mañana. Yo también tengo algo que decirte.

Quería decirle lo mucho que la amaba, lo mucho que la necesitaba. Y es que, aunque en un principio había luchado con todas sus fuerzas para no enamorarse de ella, Jasmine había conquistado su corazón, sin que él pudiera evitarlo.

A la mañana siguiente fue Wesley el primero en despertarse. Se bajó de la cama, se puso unos pantalones y una camisa, y miró a Jasmine, dormida en su cama. Allí estaba su sitio, pensó con una sonrisa, en su cama, en su hogar, a su lado.

Se frotó los ojos y se estiró, ahogando un bostezo. Necesitaba una buena taza de café para despejarse. Bajó las escaleras, fue a la cocina, y puso la cafetera. Se preguntó si ya habría pasado el repartidor de periódicos. Abrió la puerta principal y salió al jardín, donde efectivamente encontró el Savannah Morning News... medio oculto

entre las adelfas. El chico que hacía el reparto tenía una puntería malísima.

Aprovecharía para leer las noticias y la sección de economía mientras Jasmine dormía, pensó. Volvió a la cocina, se sirvió una taza de café, se sentó, y plantó el periódico delante de sí, paseando la vista por los titulares de la portada.

—¡¿Qué diablos...?!

Su mirada se había detenido en un titular que decía: El secreto de Jacob Danforth ha dejado de serlo.

Inspiró profundamente y apretó los dientes, no queriendo creer lo que le decían sus ojos cuando vio que era Jasmine quien firmaba el artículo. Sintió una punzada en el corazón, y soltó el periódico como si quemara. ¿Cómo había podido? Había confiado en ella, se había enamorado de ella… y había acabado haciéndole lo mismo que Caroline. Lo había utilizado, había jugado con él y había pisoteado la confianza que había depositado en ella. Agarró el periódico y subió las escaleras furioso. Ninguna otra mujer volvería a burlarse de él.

Jasmine, que se había despertado hacía unos instantes, se desperezó en la cama e inhaló el delicioso aroma a café recién hecho. Oyó las pisadas de Wesley en la escalera, y se giró en la cama hacia la puerta con una sonrisa, pero ésta se desvaneció en cuanto vio la expresión de ira en su rostro.

—Wes, ¿qué ocurre? —inquirió incorporándose.

Cuando él le mostró el periódico en su mano comprendió enseguida.

—Puedo explicarlo.

Wesley dio un paso adelante.

—¿Puedes explicarlo? —repitió él en un tono áspero—. ¿Cómo?, ¿cómo puedes explicar una deslealtad como ésta, Jasmine? ¿Cómo has podido hacerme esto?

—No he tenido otro remedio, Wesley —intentó hacerle entender ella—. Si no lo hubiera hecho yo, se lo habrían asignado a otra persona. Pero, por favor, léelo antes de enfadarte conmigo; no es lo que piensas.

Wesley no estaba escuchándola.

—¿Cómo has podido? Creí que eras diferente.

—Wesley, por favor, te equivocas, yo no...

—¡Cállate! No quiero oír una palabra más. No quiero oír nada de lo que tengas que decir. Quiero que recojas tus cosas y te vayas de aquí ahora mismo. Cuando regrese no quiero que haya nada que me recuerde que llegaste siquiera a pisar esta casa. Y deja la llave en la cómoda. Si vuelves a poner un pie en mi propiedad haré que te arresten, Y si vuelves a acercarte a cualquiera de los Danforth, haré que

te arrepientas de haber nacido.

Salió del dormitorio dando un portazo. Estaba furioso, estaba deshecho, tenía que salir de allí. No quería estar bajo el mismo techo que ella. Fue al garaje y se subió a su Corvette.

En cuanto cruzó la verja marcó en su móvil el número de Jake. Dios, ¿cómo iba a explicárselo? ¿Cómo iba a explicarle que había vuelto a ser tan estúpido como para dar su confianza a una mujer que no la merecía?

Jake no contestaba, y Wesley sintió que se le revolvían las entrañas al pensar que hacía sólo unas horas había estado pensando en confesarle su amor a Jasmine. ¿Cómo, cómo había podido enamorarse de una mujer así?

Después de dar vueltas con el coche durante casi una hora, se dirigió finalmente a casa de Jake, alegrándose de ver que su coche estaba allí. Detuvo el Corvette, apagó el motor, se bajó, y fue hasta la puerta. Llamó a la puerta, no queriendo usar el timbre, para no despertar a Peter por si estaba dormido, y al poco le abrió Jake.

—¿Wes? ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

Por la expresión sonriente de su amigo, Wesley dedujo que no debía haber leído todavía el periódico.

—Te... te he llamado, pero no contestabais —farfulló entrando en la casa cuando Jake se hizo a un lado para dejarlo pasar.

Jake se rió entre dientes y cerró la puerta.

—Bueno, es que el domingo es uno de los pocos días que Peter no se despierta temprano, así que Larissa y yo descolgamos el teléfono para tener un poco de tiempo para nosotros, tú ya me entiendes.

—Oh, vaya, lo siento —balbució—. No quería molestar...

—Tranquilo, no molestas —replicó Jake—. Aunque si hubieras venido hace un par de horas no habría podido decir lo mismo —añadió con una sonrisa pícara—. Ven, pasa a la cocina. Larissa está preparando el desayuno.

Larissa se volvió hacia ellos cuando los oyó entrar.

—¡Wes! Llegas a tiempo para desayunar —lo saludó sonriente.

—No tengo hambre, gracias —farfulló él—. Yo... tengo que hablar con vosotros. Me temo que tengo malas noticias.

Larissa fue junto a Jake, y una expresión de preocupación se dibujó en el rostro de ambos.

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió Jake, tomando la mano de su esposa.

Wesley dejó escapar un pesado suspiro.

—Jasmine ha escrito un artículo sobre vosotros y aparece en el periódico de hoy.

Jake frunció el ceño y asintió con la cabeza.

—Sí, ¿y qué?

—Bueno, pues que habla de ti, de Larissa, y de Peter.

—Sí, lo sabemos —intervino Larissa sonriente.

Wesley la miró patidifuso.

—Entonces… ¿lo habéis leído?

—Sí, claro —respondió Larissa—, aunque yo ya había leído el borrador. Jasmine me dio una copia.

Wesley parpadeó.

—¿Qué? Espera, espera, espera… ¿Qué quieres decir con que Jasmine te dio una copia?

—Pues eso, que me dio una copia del borrador de ese artículo esta semana, cuando quedamos a almorzar juntas.

Wesley enarcó una ceja, sorprendido.

—Jasmine y tú… ¿quedasteis para almorzar?

—Sí, mientras tú estabas en Dallas. Pensé que ella te lo habría comentado. En fin, quería explicarme por qué estaba escribiendo el artículo. Parece ser que su jefe le había dicho que si no lo hacía ella se lo encargaría a otra persona.

—¿Y a ti te pareció bien?

—Claro —asintió Larissa alegremente.

—Y nos parece que ha hecho un trabajo estupendo, además —intervino Jake.

—¿Un trabajo… estupendo? —repitió Wesley, que no salía de su asombro.

—Sí. ¿A ti no? —respondió Jake, mirándolo extrañado.

—No lo he leído —admitió Wesley.

—Pues hazlo —lo instó Jake con una sonrisa—. Larissa y yo estamos muy agradecidos por la delicadeza con que ha tratado el tema.

Tomó el periódico de la mesa y se lo tendió a su amigo.

—Léelo antes de ponerte furioso con ella, Wes. Es un gran artículo. No lo enfoca como un escándalo, sino como lo que en realidad ha sido, una historia de amor entre dos personas que se han reencontrado y han hallado la felicidad, juntas —dijo mirando a su esposa con afecto.

A Wesley le daba vueltas la cabeza mientras sus ojos pasaban de una línea a otra del artículo.

—Dios mío… —farfulló horrorizado—. Las cosas que le he dicho, las cosas de las que la he acusado…

Tenía que ir a buscarla, tenía que pedirle perdón cuanto antes.

Cuando Wesley volvió a casa Jasmine ya no estaba allí, y no había rastro de ella. Al fin y al cabo no sabía de qué se extrañaba, se dijo, era lo que le había pedido. Intentó llamarla a su apartamento, pero no

contestaba, y decidió acercarse hasta allí de todos modos.

Sin embargo, cuando llegó se percató de que el coche de Jasmine no estaba allí. Usando la llave que ella le había dado entró, pero la casa estaba a oscuras y Jasmine tampoco estaba allí. ¿Habría ido quizá a casa de su padre?

Una media hora después llamaba al timbre de la vivienda del doctor Carmody.

—Wes, qué agradable sorpresa —lo saludó sonriente cuando fue a abrir—. ¿Qué te trae por aquí?

—Señor, estoy buscando a Jasmine, y me preguntaba si estaría aquí o si sabría dónde puede estar.

El doctor Carmody frunció el ceño contrariado.

—Pues, no, no está aquí, pero hará cosa de una hora llamó para decirme que el domingo no vendría a almorzar porque iba a estar unos días fuera de la ciudad.

—¿Y no le dijo dónde iba?

El padre de Jasmine negó con la cabeza.

—No, me dijo que necesitaba alejarse de Savannah unos días, pero no me dijo dónde pensaba ir. ¿Ha ocurrido algo, hijo?

Wesley suspiró.

—Hemos tenido una pelea.

—Ya veo. Bueno, seguro que no es nada que no podáis resolver —le dijo dándole una palmada en el hombro.

—Eso espero —murmuró Wesley—. Por favor, si vuelve a llamarlo, dígale que se ponga en contacto conmigo.

—Lo haré.

Wesley se despidió del señor Carmody y regresó a su coche. Se pasó la mayor parte del día sentado al lado del teléfono, esperando que Jasmine lo llamara, pero el teléfono no sonó.

Desesperado, decidió llamar a su oficina, y le confirmaron que había pedido unos días de permiso y que no regresaría hasta el miércoles. Pidió que le pasaran con su amiga Verónica Strongman con la esperanza de que pudiera decirle algo más, pero le respondieron que estaba fuera de la ciudad por motivos de trabajo y que tardaría una semana en regresar.

Wesley suspiró cuando colgó el teléfono. No había nada más que pudiese hacer por el momento. Le esperaba una tarea difícil cuando Jasmine regresase. Tendría que encontrar la manera de demostrarle que estaba arrepentido de cómo había reaccionado, sin darle oportunidad de explicarse, y tendría que convencerla de que la amaba.

Capítulo Once

—Bienvenida, Jazz.

Jasmine sonrió a Brad, cuya mesa estaba junto a la de ella en la redacción.

—Gracias.

—Por cierto, buen artículo el del domingo pasado, sobre Jacob y Larissa Danforth.

La sonrisa de Jasmine se tomó triste.

—Gracias:

Viendo que no estaba muy habladora, Brad volvió a su trabajo. Jasmine suspiró, y mientras se sentaba frente a su ordenador rogó al cielo por no ponerse a llorar allí, delante de todos sus compañeros. En los últimos tres días no había hecho otra cosa.

Necesitaba estar sola, y por eso había decidido salir de la ciudad. Había recogido sus cosas de casa de Wesley, y se había ido a Fernandina Beach, en Florida. Allí había tomado una habitación en un hotel junto a la playa, y prácticamente no había salido de ella.

Había tratado de borrar a Wesley de sus pensamientos y de su corazón, pero no lo había conseguido. Se suponía que el amor no tenía que ser algo doloroso, sino algo bello. Sabía que a Wesley le habían hecho daño en el pasado, pero eso no le daba derecho a ser tan injusto con ella como para juzgarla por el mismo rasero que aquella Caroline Perry.

No queriendo acordarse más de lo mucho que le había dolido cómo había reaccionado a su artículo, pensó en la conversación que había tenido aquella mañana temprano con su padre. La había llamado para invitarla a desayunar con él en la cafetería del hospital, ya que había tenido turno de noche, y le había comunicado su decisión de divorciarse de Evelyn. Le había confesado que hacía tiempo que las cosas no iban bien entre ellos, que con el tiempo había ido descubriendo cosas que no le gustaban de ella, y que en el fondo sólo se había casado porque creía que ella necesitaba la figura de una madre. Iba a ver a su abogado más tarde para recoger los papeles que tenían que firmar, y tenía intención de concederle a Evelyn lo que consideraba una compensación más que generosa. Jasmine no sentía aprecio por ella ni por sus hijas, pero lamentaba sinceramente que las cosas hubieran tenido que acabar así.

Alzó la vista sorprendida cuando Polly, la secretaria del periódico, colocó un enorme cesto con tulipanes delante de ella, sacándola de sus pensamientos.

—Acaban de traer esto para ti, Jazz. Bonito regalo. Sea quien sea,

yo que tú le echaría bien el lazo —le dijo con un guiño antes de irse.

Jasmine notaba la mirada de Brad y otros compañeros sobre ella. Con la mayor calma posible tomó la nota que acompañaba a las flores y la leyó. En ella había escritas dos palabras: Lo siento.

Jasmine inspiró profundamente. Aunque no iba firmada, imaginaba quién las había mandado. Temiendo que se pusiera sensiblera y se le saltaran las lágrimas al empezar a pensar otra vez en Wesley, guardó la nota en un cajón, pero media hora después volvía a aparecer Polly con otro centro de flores, estaba vez rosas rojas.

—Parece que el tipo va en serio —dijo.

Cuando se hubo alejado, Jasmine tomó la nueva nota y la leyó: Te quiero.

Un gemido ahogado escapó de su garganta.

—¿Desde cuándo? —preguntó enfadada en voz alta sin darse cuenta, la vista fija en la nota.

—Desde el primer momento en que te vi.

Jasmine se giró, encontrándose con Wesley de pie junto a su mesa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —inquirió casi sin aliento.

—He venido a verte, y a intentar que me perdones.

Varios más de sus compañeros estaban mirándolos con curiosidad. Jasmine se notó enrojecer.

—He recibido las flores y te doy las gracias por ellas, pero no tenemos nada que decirnos.

—No es cierto, Jasmine. Yo… hay muchas cosas que necesito decirte.

—Pues no quiero escucharlas, y éste no es el lugar ni el momento.

Wesley apoyó las palmas de las manos en su mesa y se inclinó hacia ella.

—Cuando algo es importante, cualquier lugar y cualquier momento son buenos.

—Me… me da igual. No quiero hablar de ello —balbució ella aturdida.

—Está bien, puede que tú no, pero yo necesito hablar de ello. Te debo una disculpa, y a eso es a lo que he venido, Jasmine, a decirte que lo siento, que estoy avergonzado del modo en que reaccioné. Me comporté de un modo prejuicioso, dejando que una mala experiencia de mi pasado se interpusiera entre nosotros. No tenía derecho a decirte las cosas que te dije sin dejar siquiera que te explicaras. Lo siento de verdad.

Jasmine frunció el ceño, irritada al notar que los ojos se le estaban llenando de lágrimas.

—Estupendo, lo sientes mucho —farfulló con un nudo en la

garganta, apartando el rostro para no mirarlo—, y ahora, ¿podrías dejarme volver al trabajo?

—Y te quiero, Jasmine.

La joven cerró los ojos e inspiró profundamente. Decirle que lo sentía era una cosa, pero que le dijera que la amaba era muy distinto.

—No, no es cierto.

—Sí que lo es. Esa es la razón por la que me sentí tan dolido al pensar que habías traicionado mi confianza. Si no te quisiera no me habría puesto ni la mitad de furioso de lo que me puse. Te quiero, Jasmine, es la verdad, y quiero que te cases conmigo. Si es necesario esperaré, aunque tenga que pasar el resto de mi vida demostrándote que soy digno de tu amor.

Las lágrimas rodaban ya libremente por las mejillas de Jasmine, y toda la redacción estaba ya pendiente de ellos. Incluso su jefe, Manny, había salido de su despacho para averiguar qué ocurría. Y fue entonces, en ese preciso momento, cuando el letrero electrónico que estaba conectado al servicio de noticias empezó a emitir el pitido intermitente que anunciaba una noticia de última hora, y todas las cabezas se volvieron para leer el mensaje que parpadeaba en la pantalla: «Wesley Brooks ama a Jasmine Carmody y quiere que se case con él».

Jasmine se volvió hacia él y lo miró sorprendida, preguntándose cómo habría hecho aquello, y al encontrarse sus ojos supo que Wesley haría cualquier cosa con tal de ganar su corazón.

Ignorando las miradas de los demás, Wesley se arrodilló frente a ella y la tomó de la mano.

—Te quiero, Jasmine, y más que nada en este mundo quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. ¿Quieres casarte conmigo?

Jasmine se secó las lágrimas con el dorso de la mano, pero seguían afluyendo a sus ojos sin cesar, sólo que ya no eran lágrimas de dolor, sino de felicidad. Sabía que Wesley era un hombre muy reservado, e imaginaba lo que le habría costado reunir el valor para ir allí no sólo a disculparse, sino también a declararle su amor y hacerle una proposición de matrimonio en público.

—Yo también te quiero, Wes, y sí, quiero casarme contigo.

La redacción entera estalló en aplausos, vítores y silbidos, que únicamente aumentaron de tono cuando Wesley le puso un anillo en el dedo y la besó apasionadamente.

Aquella noche Jasmine yacía dormida en los brazos de Wesley, desnuda a excepción del medallón en su cuello y el anillo de compromiso en su dedo.

Wesley inspiró profundamente mientras observaba la expresión de paz que había en su rostro. Le acarició suavemente el vientre, y su

mente se llenó de imágenes de ella embarazada.

Nunca se había planteado ser padre, y de hecho todavía no podía creerse que su amigo Jake se hubiese hecho a ese papel con tanta facilidad, pero viendo lo mucho que quería a su hijo, y lo feliz que parecía, lo cierto era que no le importaría seguir sus pasos.

Con cuidado de no despertar a Jasmine, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. A punto como había estado de perderla, en ese momento más que nunca necesitaba sentirla cerca.

Jasmine se movió y abrió los ojos soñolienta.

—Eh, estás despierta —la saludó Wesley suavemente.

Jasmine lo miró, y la sonrisa cálida y seductora en sus labios hizo que una sensación de ternura invadiera su pecho.

Wesley se inclinó hacia ella y tomó su boca en un beso dulce y apasionado. Jasmine se sintió estremecer, y supo que lo que sentían el uno por el otro duraría siempre.

Cuando finalmente Wesley despegó sus labios de los de ella, se quedaron mirándose largo rato. Jasmine todavía no podía creerse que no estuviera soñando, que de verdad le hubiese pedido que se casase con él, pero aquella no era la única sorpresa que Wesley le había dado.

Aquella tarde, después de salir del trabajo, la había llevado a casa de Harold y Miranda Danforth, donde les habían preparado una cena informal con toda la familia presente para felicitarlos por su compromiso. Jasmine recordó cómo se le habían llenado los ojos de lágrimas ante el improvisado pero sentido discurso de Abraham Danforth dándole la bienvenida a la familia.

Wesley y ella habían planeado hacer una boda íntima en una pequeña parroquia a orillas del río Savannah donde la había llevado de picnic varias veces. Era un lugar especial para ellos, donde habían pasado horas charlando y compartiendo sus sueños, y por eso habían pensado que sería el lugar ideal para pronunciar los votos que los unirían, y por los que vivirían el uno para el otro el resto de sus vidas.

—Te quiero —le susurró Wesley.

—Yo también te quiero.

Unas horas antes, cuando habían llegado a casa de Wesley, antes de que él le hiciera el amor, se había sentado con ella en el sofá del salón, los dos abrazados, y le habían contado toda la historia de Caroline Perry, de cómo su traición lo había hecho temer volverse a enamorar.

Jasmine lo había comprendido, y se había propuesto en ese mismo momento curar las heridas que aquella mujer había dejado en su alma.

—¿De verdad me has perdonado? —inquirió Wesley, acariciándole la mejilla con el índice.

—Pues claro que sí —asintió ella, besándolo.

—¿Y qué pasará con esa gran exclusiva que querías escribir?

Jasmine consideró la pregunta un instante antes de contestar.

—En cierto modo creo que contar la historia de Jake y Larissa ha sido más importante para mí que cualquier escándalo que pudiera haber destapado. A la gente le ha gustado mucho, y a mis compañeros... incluso a mi jefe. Creo que me he dado cuenta de que la cuestión no es sobre qué escribes, sino cómo lo escribes.

¡Y pensar que había querido por todos los medios hundir a los Danforth!, pensó avergonzada de sí misma. No podía haber unas personas más amables que ellos.

—Y tienen razón —dijo Wesley—: hiciste un trabajo increíble con ese artículo. Jake y Larissa están tan enamorados como lo contabas en él.

—Lo sé —murmuró Jasmine con una sonrisa—. Por eso quise ser yo quien escribiera su historia, para hacerle justicia. Cuando los miras la primera palabra que surge en tu mente es «amor».

—¿Y qué palabra se te ocurre mirándonos a nosotros? —inquirió Wesley.

Jasmine lo miró a los ojos y volvió a sonreír

—Pasión… amor... felicidad —respondió—. ¿Y tú?, ¿en qué piensas tú cuando me miras?

Wesley se rió suavemente.

—Pienso en un hombre que ha encontrado a su media naranja, a un hombre que ha encontrado a la compañera de su vida.

La sonrisa de Jasmine se hizo más amplia.

—¿Y eso es bueno?

Wesley se inclinó, y antes de besarla contestó en un susurro:

—No puedo imaginar nada mejor.